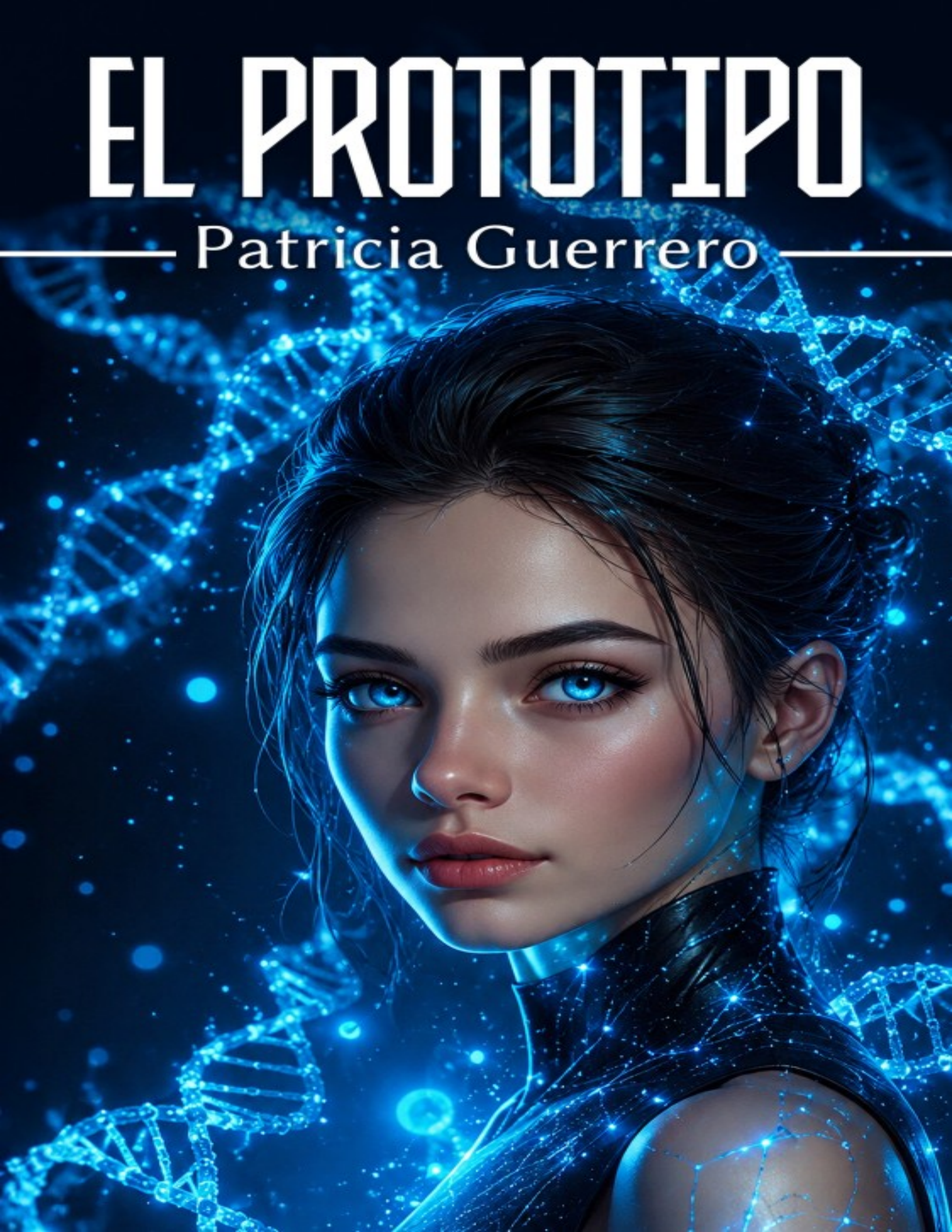
EL PROTOTIPO

Patricia Guerrero



EL PROTOTIPO

Patricia Guerrero

Copyright © 2026 Patricia Guerrero

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Diseño de portada y maquetación:
Virginia Salazar
@vi.the.designer

Depósito legal: M-19172-2026

A mis hijos, mis únicos dos aciertos en esta vida. Gracias por elegirme como madre cada día. Nada me hará nunca más feliz que saber que ocupo ese lugar privilegiado en vuestro corazón.

CAPÍTULO 1

Hacía ya algún tiempo que no era la misma chica alegre y dinámica de siempre. En el trabajo, sus compañeros también lo habían notado; aunque para su jefa, Mara, lo importante era cumplir objetivos y dar el ciento veinte por ciento cada día de la semana. El resto, era cosa de cada quién y de su vida privada.

Desde que entró en el *HUB*[1] de Investigación, Desarrollo e Innovación Tecnológica de Microsoft España (I+D+I) y comenzó con las investigaciones sobre modelos de Inteligencia Artificial destinados a mejorar la experiencia de los usuarios, Irune había sido una empleada ejemplar. Dedicada en cuerpo y alma al trabajo. Pero ahora, al llegar el jueves, se le terminaban las reservas de energía que solía acumular durmiendo todo el fin de semana como una marmota. Los viernes, ya bajo mínimos, los pasaba arrastrando la vida y los zapatos por los rincones, como si llevara un yunque sobre su espalda.

Hace un par de meses, sin ir más lejos, cogió una especie de gripe que la tuvo en cama cuatro días con escalofríos, mareos y náuseas. Desde entonces, sufría un cansancio crónico que la tenía desconcertada. Sin embargo, como su trabajo en el departamento era tan estresante, aquello no le pareció del todo extraño.

Irune caminaba despacio por aquel laberinto de callejuelas del viejo Madrid donde tenía su pequeño, pero coqueto, apartamento. Aquel día, había decidido salir del trabajo antes de la hora habitual. Estaba agotada y con un terrible dolor de cabeza que latía en sus sienes y golpeaba tras los ojos como si estos se le fueran a salir de las órbitas.

Después de la intensa semana de trabajo que tuvo, en cierto modo, era normal que se sintiera como si una manada de elefantes

le hubiera pasado por encima. «Ya no soy tan joven como cuando empecé», se decía; aunque solo tenía treinta y tres años.

Así pues, llegó a casa, se dio una ducha rápida y cogió algo de ropa cómoda para pasar el fin de semana en el chalet que su novio Sasha tenía alquilado en Rivas Vaciamadrid. Pensaba darle una sorpresa llegando antes de lo habitual. Su plan era dejarse mimar, dar un paseo entre los pinos cogidos de la mano, recargar energía y rebajar sus niveles de estrés junto a la chimenea, con música de fondo, arropada bajo una manta, con un libro en las rodillas y una taza de chocolate caliente humeando entre las manos.

ΔΔΔ

Irune buscó en su bolso y sacó las llaves de la casa de Sasha. Abrió primero la cancela exterior y luego la puerta de acceso a la vivienda; tras echar un vistazo al jardín, que aún conservaba restos de la última nevada.

—«Qué manía tiene este chico de no echar dos vueltas a la cerradura. Cualquier día…», piensa Irune para sí al girar la llave.

Dio una voz, llamándolo por su nombre. Todo estaba tan en silencio que no parecía que hubiera nadie. Soltó la bolsa de viaje en el suelo y posó su bolso sobre la mesa del comedor. Dejó las llaves dentro y rebuscó hasta encontrar el móvil. Luego se echó de nuevo la bolsa al hombro y se dirigió al piso superior, a la habitación de matrimonio, mientras le mandaba un WhatsApp a su novio contándole que había salido antes del trabajo y que estaba ya en Rivas.

El «clin-clin», de mensaje recibido de WhatsApp, sonó dentro de la habitación en el mismo momento en el que se guardaba el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón con una mano y abría la puerta con la otra.

Al adentrarse los vio. Sus ojos se abrieron de par en par, al tiempo que la bolsa resbalaba de su hombro, y se llevó, atónita, la mano a la boca. No supo cómo debía reaccionar ante aquella escena que tenía delante.

—¿Cómo…? ¿Quién es ese…? —logra balbucear horrorizada, antes de echar a correr escaleras abajo.

—¡Espera! No… —apenas atina a decir Sasha, sabiendo que la explicación no iba a resultar nada sencilla.

Irune no lo pensó. Con las lágrimas inundando sus ojos, bajó los escalones de dos en dos, salió de la casa. Recorrió los cinco metros de jardín delantero con grandes zancadas y abrió la cancela de fuera con tal impulso que rebotó en la pared y volvió sobre sí misma, para cerrarse tras ella de un portazo. Solo pensaba en huir de allí a toda velocidad, quemar la adrenalina que recorría su cuerpo y encontrar un lugar tranquilo donde poder sentarse a digerir lo que acababa de ver.

Entonces sucedió. Se lanzó al paso de cebra sin mirar y sintió un fuerte impacto, además de un dolor agudo que la hizo encogerse, dejándola sin aire unos segundos. Tras el golpe seco, cayó sobre el capó del coche y rodó hasta el suelo.

Todo se tiñó de negro en un instante; como si el mundo se le desdibujara o alguien hubiera apagado la luz de repente.

ΔΔΔ

El conductor del vehículo quedó paralizado. No sabía bien de dónde había salido aquella mujer; pero acababa de atropellarla y su cuerpo yacía inconsciente en el suelo.

Con el pie aún en el freno, y las dos manos aferradas al volante, tarda un par de minutos en reaccionar. La gente se arremolina alrededor y el aire se llena de un murmullo que le parece lejano. Sacude de pronto la cabeza para tomar conciencia de lo que ocurre. Pone el freno de mano, abre la puerta delantera del coche y…

—¡Apártense, apártense, por favor! Soy inspector de policía —grita, al tiempo que saca la identificación del bolsillo trasero del pantalón y la muestra, abriéndose paso con el brazo.

Se arrodilla, apoya levemente su mano derecha en el hombro de la víctima para separarlo del cuello y localiza el pulso.

«Sigue con vida», se dice. Entonces, se pone de pie y saca su móvil. Al marcar el 112 de emergencias, ve sus dedos manchados de sangre. En cuanto termina de hablar, vuelve a agacharse junto a la víctima. La recorre con los ojos, buscando el origen del sangrado, y en seguida ve que el rastro proviene de la parte posterior del hombro izquierdo. Como un acto reflejo, mira a su alrededor inspeccionando visualmente la cara de la gente, las puertas, las ventanas próximas... Sabe que es demasiado tarde. Acto seguido se levanta y, abriéndose paso de nuevo entre la muchedumbre allí agolpada, busca algo de intimidad para llamar a su comisaría.

—Soy Líam, pásame con el comisario Gómez. Es urgente —dice en cuanto le cogen el teléfono.

—Líam, ¿qué ocurre? —pregunta el comisario.

—He atropellado a una chica cuando iba hacia la comisaría —comenta consternado—, pero….

—Pero qué, ¿está muerta? —le interrumpe su jefe, sin dejarle acabar.

—No, no. Es que… además tiene un impacto de bala en el hombro.

—¿¡Cómo de bala!? —exclama preocupado Raúl Gómez— ¿No has dicho que la habías atropellado?

—Sí, bueno; no sé.

—¿Cómo que no sabes? —interrumpe el comisario, alterado.

—Se me ha echado encima y no pude esquivarla. Yo no he sido, pero tiene una herida de bala y por más que miro alrededor no veo de dónde ha podido venir el disparo —aclara—. La única gente que hay es la que se ha acercado a mirar. Nada sospechoso.

—Bien, tranquilízate. ¿Has llamado ya a emergencias? —pregunta Raúl.

—Sí, claro.

—Pues cuando llegue la ambulancia la sigues hasta el hospital. Cuando veas el ingreso te vienes para acá.

—De acuerdo, jefe. Ahora llega la policía local.

—No digas nada de momento. ¿Me oyes? —indica su superior—. Identifícate y cuando llegue la ambulancia la sigues. Nada más —ordena—. Para cualquier cosa que hablen conmigo.

—Así lo haré. Descuida, jefe.

La ambulancia tardó doce eternos minutos en llegar. Durante ese tiempo, Líam trató de presionar fuertemente la herida con un pañuelo, pero… estaba perdiendo mucha sangre.

El médico de la ambulancia medicalizada, en cuanto llegó, le colocó un collarín y la inmovilizó en la camilla. Luego la subieron entre dos al furgón y, mientras cerraban las puertas, el inspector pudo ver cómo le estaban cogiendo una vía en el dorso de la mano.

—¿Dónde la llevan? —pregunta.

—Al Marañón —indica el conductor.

—De acuerdo, les sigo; si no les importa.

Quince minutos más tarde, la ambulancia accedía por la entrada de urgencias del hospital. Abrieron las puertas traseras, desbloquearon las ruedas y arrastraron la camilla hacia el exterior. Todo se desarrolló con gran rapidez.

Líam había aparcado su coche de cualquier forma, aunque sin taponar la entrada, y se acercó hasta la puerta. Apenas oyó que la llevaban al quirófano cuatro supo que no tenía que dar más explicaciones de momento. Su presencia allí estaba de más. Volvió a meterse en el coche y, tras una profunda respiración para infundirse calma, se dirigió a la comisaría.

ΔΔΔ

En el hospital, enfermeras, auxiliares y celadores se movilizaron en cuanto llegó la ambulancia. Cuando la camilla atravesó las puertas de entrada, se activó el protocolo de emergencia y luego… todo fue un caos.

—Mujer, de treinta a treinta y cinco años. Indocumentada. Presenta fuerte golpe en la cabeza, contusiones en tórax y herida de bala en el hombro izquierdo —vocean los de la ambulancia, mientras recorren el pasillo hacia el abarrotado hall de urgencias—. Ha perdido mucha sangre.

—¡Vamos, vamos! ¿Qué tenemos? —pregunta ahora el médico de guardia, acercándose a ellos para hacer su propia valoración.

—Quirófano cuatro, yo la atenderé. ¡Vamos! —indica el doctor Serrano—. Hoy hay luna llena y se prevé movimiento.

—Sí, doctor —asiente la enfermera.

—¿Anestesista de guardia? —pregunta en voz alta el cirujano, sin dirigirse a nadie en especial.

—Pacheco, pero está terminando en el quirófano tres —dice.

—Que alguien le diga que es urgente y que, en cuanto termine, vaya al quirófano cuatro —añade—. ¿Mi ayudante? —pregunta.

—El doctor Boiro —responde ella.

—Avisadle y que se vaya lavando —ordena.

—Le avisamos —dice Ana—. Pero no hay enfermera de quirófano. Está con la urgencia del tres.

—Pues vente tú —ordena, sin darle opción a negarse—. Pasadle un salino —grita el médico—. En cuanto yo entre canalizo vía central y empezamos.

—Si, doctor —asiente—. ¿Mantenemos la de la mano?

—No. Mejor cogemos la femoral.

—De acuerdo —contesta ella dándose la vuelta para hacerse con el instrumental necesario.

—Mientras la sedamos sacadle la analítica y que le crucen sangre de su grupo. Y… dos de universal para ya —añade.

—Sí, doctor.

—Voy a prepararme; ahora nos vemos.

ΔΔΔ

En quirófano, el doctor Serrano valora la mejor opción para acceder a la bala alojada en el hombro.

—Entró por detrás, pero se aloja en la parte delantera —indica —. Accederemos por aquí —dice, pintando la zona con yodo.

—¿Dónde está Pacheco? ¿Lo habéis avisado ya? —pregunta impaciente, lanzando la pregunta al aire.

—Sí, se está lavando —contesta Ana.

—No podemos esperar. Prepara la sedación y controla monitores, Boiro.

Lucas Boiro lo mira con ciertas dudas ya que, siendo residente, aún no se siente muy seguro con ello.

—Venga, Lucas. ¡Sedación! Ya lo has hecho antes y seguro que aparece Pacheco antes de que termines.

—Como diga, doctor.

Apenas unos minutos después, sedada y relajada la paciente, la puerta se abre y Serrano gira la cara.

—¡Doctor Pacheco! ¿Dónde andabas?

—¡De vacaciones en el tres! —contesta el anestesista poniendo una mueca de medio lado.

—Muy gracioso —replica—. ¡Boiro, deja a Pacheco con la anestesia y ven aquí! —ordena—. ¡Empezamos!

—Bisturí.

—Bisturí —repite Ana entregándoselo.

—Pinzas —dice Lucas.

—Separadores —pide Serrano.

Y Ana va instrumentando la operación según lo van solicitando los doctores.

—Ana, acércame más esa luz.

—¿Así?

—Más a la derecha.

—¿Ahí?

—¡Mierda! La arteria. Lo estaba viendo venir —dice el cirujano, al tiempo que un chorro de sangre sale disparado hacia Lucas, salpicando también su cara—. Ahí estaba la condenada. La he visto, pero… ¡Joder!

—Espera, que limpio —dice la auxiliar de quirófano.

—Cauteriza, Lucas. ¡Solo nos falta que pierda más sangre! —exclama Serrano.

En ese instante, el monitor comienza a pitar avisando de alteraciones en la frecuencia cardíaca.

—Alerta PCR —comenta Pacheco—. Adrenalina, ¡ya! Y palas preparadas —grita de nuevo algo nervioso.

—Adrenalina en vía —confirma Ana, que acaba de administrarle un centímetro cúbico por la vía femoral.

—¿Palas? —pregunta Boiro.

—No, no. Recupera —grita Pacheco.

Tras un momento de tenso silencio continúan.

—¡Sudor! —pide el doctor Serrano.

—Voy —dice Ana, llevando su mano con unas gasas a la frente del cirujano—. Sudor y sangre, que no dio tiempo a limpiarte antes —añade.

—¿Ritmo cardíaco? —solicita Serrano.

—Estable

—¿Tensión arterial?

—En valores. Justito, pero en valores —comenta el anestesista.

—Mete sangre —dice el doctor, dirigiéndose a Ana.

—Enseguida.

—¡Sudor! —pide Serrano—. ¡Uffff! Por poco la perdemos.

Pasado el momento crítico, las conversaciones se vuelven de nuevo más distendidas.

—Parecía limpia —dice Lucas, rompiendo el silencio.

—Sí, pero tan cerca de la arteria que no pude evitar rozarla —responde Serrano, levantando los ojos hacia Boiro—. A ver, pinzas —pide de nuevo.

—Pinzas. —Entrega Ana.

—¡Aquí estás! —exclama, mostrando la bala y dejándola caer sobre la bandeja riñón[2] que le ofrece su ayudante.

—Lucas, limpia la zona. Vamos a coser.

Unos minutos después…

—Hilo y aguja.

—Aquí tiene.

—Lucas, tijeras. Corta aquí.

—Bonito bordado —comenta Ana, para terminar de destensar el ambiente.

—Ja, ja, ja —ríe Serrano, mucho más tranquilo.

Y añade…

—¿Ves? Por eso te quiero conmigo en quirófano. Eres la única que puede sacarme una sonrisa tras un momento crítico.

Ana se sonroja bajo la mascarilla, sin que nadie se dé cuenta de ello.

—Bien, limpiadla y, aprovechando que aún está dormida, vamos a llevarla a la reso[3] antes de que despierte —ordena Serrano.

—Pero… ¿reso o escáner? —pregunta Pacheco, por asegurarse.

—Reso, reso. Quiero descartar hemorragia en cerebro y tejidos blandos —matiza el cirujano.

—Bien —contesta el anestesista.

—Ana, termina de prepararla y avisa al celador —dice, mientras se quita los guantes y la ropa de quirófano.

—Lucas, déjale pautado en el informe los sueros y el antibiótico —ordena el doctor antes de salir—. Y… ya sabes: protocolo de custodia de bala; que seguro que viene la policía preguntando.

ΔΔΔ

Después de lavarse las manos a conciencia y refrescarse la cara, Ana y Serrano se ponen una bata limpia y otra mascarilla. El celador aparece para llevarse a la paciente. La trasladan a la cama, sitúan el respirador y el monitor portátil a sus pies y se dirigen a la máquina de resonancia magnética.

Cuando el técnico la coloca en el tubo, Ana se asegura de tener una buena visión de cada uno de los monitores y sueros. Mientras, Serrano observa desde detrás del cristal cómo terminan de prepararlo todo.

—Esperemos que no despierte ahí dentro —comenta el doctor—. ¡Ya no me fío! Era una cirugía sencilla y se nos ha complicado —añade mirando a Ana, quien mantiene los ojos clavados en sus monitores.

—Llevo el maletín por si acaso —responde ella sin mirarle.

—¡Esa es mi chica! —bromea él.

El técnico sale de la sala y se reúne con ellos tras el cristal. Comienza la prueba. Empiezan a salir las imágenes y Serrano observa fijamente la pantalla sin dar crédito a lo que allí aparece.

—¿¡Qué demonios es eso!? —pregunta Serrano al técnico.

—¿A qué se refiere, doctor? —dice este, acercándose más a la pantalla.

—Ahí, mira. ¿Qué ves?

—Ni idea. ¿Quiere que llame al radiólogo?

—Ya venía, pero sí; avísalo.

En ese momento, Ana sale corriendo y…

—¡Taquicardia! —grita.

—¿Qué? —pregunta Serrano, levantando la vista hacia el cristal.

—Fibrilación —grita Ana, ya dentro de la sala de scanner—. ¡Joder, joder! ¡Está despertando! —murmura entre dientes.

—Palas, prepara las palas —ordena Serrano, que irrumpe tras ella.

La enfermera, acercándose al desfibrilador, pone gel en las palas y se las entrega.

—Retírate, ¡voy! —vocifera él—. ¡Adrenalina! —ordena seguidamente.

—¡La perdemos, la perdemos! ¡Carga! —exclama de nuevo.

Ana vuelve a echar gel conductor y le entrega las palas.

—Retírate, ¡voy! —grita Serrano, aplicando las palas—. ¡Adrenalina! —vocea otra vez.

—Bajando a ritmo normal —dice Ana, con los ojos fijos en el monitor al que está conectada la paciente—. ¡Ya vuelve, doctor! —dice aliviada.

—¡Ufff! —suspira Serrano—. ¡Ya está, joven! ¡Ya estás con nosotros! —susurra.

Fuera lo que fuera que habían visto en las imágenes tendrían que analizarlo más tarde. Ahora el protocolo exigía otra cosa.

—Avisa al intensivista para que la trasladen a UCI. Vamos a sedarla y que la estabilicen. ¡Lo demás tendrá que esperar! —exclama más tranquilo.

Al poco, llegan Luis Zarca y Mateo Rubio; intensivista y radiólogo respectivamente. Serrano le cuenta a Luis la situación mientras Mateo y Ana asisten en silencio a la conversación.

—Preparen un box con respirador —informa Zarca por teléfono a la UCI— y una bomba de perfusión de dopamina.

Suena el «bip, bip» del busca.

—Luis, me entra otra urgencia —dice Serrano—. Cuando tenga un rato me paso a ver cómo evoluciona. Avísame al busca si hay

novedades.

Ana y el intensivista acompañan a la paciente a la UCI mientras Serrano se entretiene unos instantes informando a Mateo Rubio sobre los cuerpos extraños que aparecieron en las imágenes y sobre las dos paradas que han tenido en quirófano y rayos.

—Lo voy estudiando y mañana vemos el caso —dice Mateo.

—Sí. Lo dejo en tus manos —dice, apretándole el antebrazo y saliendo a toda prisa hacia urgencias.

ΔΔΔ

Serían las cuatro de la madrugada cuando el doctor Serrano, tras la última intervención, y aprovechando un rato de tranquilidad, se acercó a la recepción de urgencias.

—Buenas noches. ¿Qué tal va todo por aquí? —pregunta, con rostro visiblemente cansado.

—Atareados, doctor. Como buena noche de luna llena: puñaladas, tráficos, peleas… ¡Lo de siempre!

—Ya, odio las guardias de luna llena —dice, frotándose la frente —. Respecto a la joven que llegó con herida de bala en el hombro…

—¿La que vino indocumentada?

—Sí.

—Tenemos aquí el móvil que traía en el bolsillo del pantalón.

—¿Habéis localizado a la familia? —quiere saber el doctor.

—No. Está bloqueado. Necesitamos la huella o la cara para desbloquearlo —comenta la auxiliar.

—Está en la UCI. Yo voy para allá ahora. Que venga alguien con el móvil y lo desbloqueamos —ordena.

—Enseguida le envío a alguien, doctor.

Acto seguido, sube a la planta primera para acceder a la zona UCI. Teclea el código de acceso y nada más entrar al recinto ve a Clara, la enfermera, saliendo de un box.

—Clara, buenas noches. ¿Dónde está la paciente que han traído del scanner hace unas horas?

—Está en el box tres. Es doble, pero no tenemos otro de momento —explica la enfermera.

—La hemos monitorizado y desde aquí está controlada. No te preocupes —dice Zarca acercándose a ellos.

—Y… ¿cómo va? —se interesa Serrano.

—Va bien. Frecuencia cardíaca y tensión en rango. Le ha bajado la saturación y le hemos subido el oxígeno —responde el intensivista.

—No os confiéis, que ya nos ha dado dos buenos sustos esta noche.

—No te preocupes, que no me muevo de aquí —dice Clara—. Si me levanto será para cantarle algo. Ja, ja, ja —añade riendo.

Serrano y Zarca la miran por encima de sus gafas frunciendo el ceño.

—¿¡Quéééé!? —comenta la enfermera sonriendo—. Muchos pacientes en coma regresan diciendo que oían las conversaciones y yo… ¡canto fenomenal!

—Te creo, Clara —dice Luis, dándole unas palmaditas en el hombro.

—Cántale si quieres, pero no la pierdas de vista que nos la juega —añade Serrano mostrando una amplia sonrisa.

—No os preocupéis. Toooodo está controlado —responde, arrastrando la «o».

Justo cuando se disponían a marcharse, Serrano se vuelve y dice:

—Otra cosa, Clara. Van a mandar a alguien de recepción con el teléfono de la chica. Desbloquéalo con su dedo o con su cara. Hay que localizar a algún familiar.

—Vale.

—¡Ah! Y solo una persona por paciente en el box. No queremos que oiga conversaciones y se altere —añade el doctor con sonrisa sarcástica.

CAPÍTULO 2

Cuando la doctora Izel Arnaiz recibió una llamada de madrugada, desde el teléfono de Irune, se puso en lo peor. Su corazón parecía querer salirse del pecho.

—Hola cariño, ¿estás bien? —pregunta con preocupación en la voz—. ¿Qué ocurre? Son las cuatro y media.

—Hola, buenas noches. Perdone si la hemos despertado —dice una voz desconocida—. Llamamos del Hospital Gregorio Marañón de Madrid. ¿Es usted la madre de la titular de este teléfono? —pregunta la auxiliar—. Es que figura como AA-mamá —añade.

—Sí, soy su madre; pero… ¿por qué llama usted en vez de…? ¿Ha dicho que me llama del hospital? —Izel pasa de preocupada a asustada.

—Efectivamente, señora. Siento decirle esto, pero su hija ha sufrido un atropello esta noche y la han operado de urgencia. El caso es que… venía indocumentada y hasta ahora no hemos logrado desbloquear su teléfono.

—Pero, por favor, soy doctora —explica—. Puede decirme exactamente qué ha sucedido y cómo se encuentra —dice, aparentando una serenidad que en realidad no siente.

—Bueno, yo no sé exactamente qué ha sucedido. Solo soy la auxiliar administrativa, pero parece que todo ha ido bien y se encuentra en la UCI en observación —informa.

—¿¡En la UCI!? Pero… ¿Cómo…?

—Disculpe. Cuando venga le darán todos los detalles, pero, como le digo, viene indocumentada y necesitamos unos datos para que los doctores puedan subir el informe mañana. ¿Sería tan amable de decirme nombre, apellidos y edad de su hija?

—Sí… claro, claro. Disculpe. Me ha pillado por sorpresa —dice, reaccionando—. Se llama Irune Salazar Arnaiz y tiene treinta y tres años.

—Gracias, con esto es suficiente de momento. Cuando venga, pásese por la recepción de urgencias para completar todos los datos. ¿De acuerdo?

—Sí, sí. No se preocupe. Yo vivo en Vitoria, pero cogeré el primer vuelo que haya.

—De acuerdo, señora…

—Arnaiz, Izel Arnaiz.

—Perfecto señora Arnaiz. Mi nombre es Sara.

—Buenas noches, Sara. Y… gracias.

—A usted.

Izel aún sentía el corazón desbocado cuando cortó la llamada. Como doctora, intentó tener el aplomo que habitualmente mostraba en su trabajo, pero lo cierto es que ya no pudo concentrarse en nada más. Desde que recibió la llamada de Sara, no hacía más que mirar un reloj que parecía empeñado en alargar sus horas hasta hacerlas eternas. Como comprobó años atrás, cuando se separó de su marido, y luchó con garras y dientes hasta sacar a Irune de México, una hija es una hija y, como madre, no podía dejar de estar angustiada si le pasaba algo cuando ella no estaba a su lado.

Ambas hablaban casi a diario, pero como estaba de guardia en el Universitario Araba-Txagorritu de Vitoria, no se dio cuenta de que su hija no la había llamado esa noche.

Su cabeza era una bomba a punto de estallar así que, antes de terminar su turno, marcó la extensión de recursos humanos para dejarle un mensaje a Aritz contándole lo sucedido y comunicándole que se marcharía para Madrid en el primer vuelo que encontrara. Tenía algunos días de vacaciones sin disfrutar y los iba a tomar ahora.

Al llegar a casa, reservó por internet un vuelo de Vitoria a Madrid que salía a las diez y cuarto. Sabiendo que no tenía tiempo de descabezar, se dio una ducha para despertarse del todo. Acto seguido, se vistió con ropa cómoda y preparó una maleta pequeña con la bolsa de aseo y cuatro cosillas. Lo indispensable para pasar unos días.

Un Uber la llevó hasta el aeropuerto con tiempo suficiente como para tomarse un café bien cargado y comprar un libro que la

entretuviera; que le impidiera pensar demasiado sobre cómo estaría su hija, qué habría pasado y sobre lo que podía complicarse la cosa si aquello llegaba a oídos de quien no debía. Iban a ser unos días difíciles y ella lo sabía; aunque no quería adelantar acontecimientos.

El vuelo, de apenas una hora y diez minutos, se le hizo interminable. Aunque tenía sus ojos puestos en el libro, miles de imágenes desordenadas cruzaban por su mente sin poder evitarlo y la sacaban de la lectura. Sacudió la cabeza en varias ocasiones intentando ahuyentarlas, pero no era capaz de pasar aquel párrafo que había leído ya varias veces.

ΔΔΔ

En cuanto aterrizó, cogió un taxi que la llevó directa al Gregorio Marañón. Una vez allí, se identificó en el mostrador de recepción y respondió a las preguntas formuladas por la auxiliar, quien debía completar la ficha de ingreso que necesitaba el doctor. Luego le indicaron cómo llegar a la UCI y le dieron el código de acceso. Allí debía preguntar por Luis Zarca, el intensivista, o por Clara, la enfermera. Ellos la informarían de todo con detalle.

Izel sube a la primera planta y teclea el código de acceso a la zona UCI.

—Buenos días. Soy la señora Arnaiz, la madre de Irune. La paciente que fue operada anoche y que, según me han dicho en recepción, está aquí ingresada —explica, a la primera persona con bata que ve.

—Sí, debe ser el box número tres —comenta una enfermera—. Pregunte por Clara, al final del pasillo.

Izel se acerca al box indicado y una enfermera intercepta su paso.

—Buenos días.

—Buenos días. Soy la madre de Irune Salazar Arnaiz, la paciente que subieron anoche.

—¿Irune? ¿Ese es el nombre entonces? —dice, anotándolo en los papeles que llevaba en la mano.

—Sí. Disculpe, ¿sería tan amable de informarme sobre el estado de mi hija?

—Bueno, de momento está estable. Según pone aquí, fue atropello y herida de bala. No le puedo decir mucho más porque la enfermera de noche ya se fue y el doctor aún no ha subido el informe —le explica—. Cuando entre de guardia esta tarde, él mismo le informará de todos los detalles.

—Pero, ¿por qué está en la UCI? ¿Ha habido alguna complicación? Y… ¿qué es eso de una herida de bala? —quiere saber Izel—. Soy su madre, pero además soy doctora. Puede decirme lo que sea.

—Mire, lo que sé es que la operaron y entró en parada un par de veces, así que creyeron conveniente inducirle el coma para poderla controlar y terminar de hacerle pruebas hoy—dice.

—Más pruebas, ¿¡eh…!? —dice Izel pensando en voz alta.

—Sí, siento no poder decirle más.

—¿Puedo entrar al box?

—Sí, claro. Tome. Póngase esta bata, la mascarilla y estos escarpines. Es un box compartido —añade—. Por favor, téngalo en cuenta.

—Sí, gracias. ¿Puedo dejarle aquí la maleta? —pregunta.

—Lo siento, no está permitido.

—Por favor, vengo directa del aeropuerto. Será por poco tiempo —ruega Izel—. En cuanto la vea un rato me marcharé para dejar esto en el apartamento y volveré después de comer —añade, suplicante.

Las dos mujeres se miran unos instantes en silencio. Viendo la preocupación reflejada en la cara de aquella madre, la enfermera no puede negarse.

—De acuerdo —asiente benévolamente—. Pero solo un rato, que si viene mi jefe… Mi turno acaba a las tres. A esa hora tiene que haberse llevado esto de aquí —añade, señalando la maleta.

—Sí. Muchas gracias.

Izel se pone la ropa que le han entregado y accede al box. Por su profesión, ha visto muchas veces gente en esas condiciones, pero ver a su hija entubada y conectada al respirador la sobrecoge.

—Hola cariño. Soy mamá —le dice, tocándole la frente con dulzura—. No te preocupes que ya estoy aquí. ¡Todo va a salir bien!

Entonces, acerca a la cama una silla que hay bajo el ventanal que da al pasillo, a través del cual la enfermera vigila a la paciente. Luego, Izel coge la mano de Irune entre las suyas y comienza a hablarle en voz baja. Unos minutos después, apoya la cabeza en la barandilla de la cama, abatida como está, mientras las preguntas, para las que aún no tiene respuestas, desfilan caóticamente por su mente hasta sumirla en un ligero sopor.

ΔΔΔ

Poco antes de las tres, tal y como había prometido, Izel sale del box, desecha la bata y los escarpines en la papelera de la entrada y recoge la maleta.

Tras agradecerle nuevamente el detalle que había tenido con ella, se despide de la enfermera y se dirige al ascensor.

Una vez en la calle, se quita la mascarilla y coge un taxi de los que están estacionados delante de la puerta principal, dándole la dirección del apartamento de su hija al conductor.

Como el juego de llaves de repuesto solía estar dentro, colgado en el armarito de la entrada, llama al telefonillo del conserje para que le abra.

—Hola, señora Arnaiz. ¿Qué, a ver a la niña?

—Sí, bueno… Más o menos.

—¿Qué ocurre? —pregunta el conserje —Trae mala cara.

—Es que no he dormido, pero quería comentarle que voy a quedarme unos días por aquí. Irune ha sufrido un accidente y está ingresada.

—¡Vaya! ¿Qué ha pasado?

—Pues sinceramente… aún no sé mucho. Está en la UCI y no me han dado demasiadas explicaciones de momento.

—¡Cuánto lo siento, señora Arnaiz!

—Gracias, Julián.

—Pues no se apure. Le abro para que se instale y cualquier cosa que necesite me lo dice. No tiene más que llamarme —se ofrece solícito—. Yo siempre ando por aquí.

—De acuerdo —dice, esbozando una forzada sonrisa.

El conserje acompaña a Izel hasta el tercer piso, le abre la puerta del apartamento y se dispone a marcharse de nuevo hacia el ascensor.

—Esto… Julián —dice Izel, llamando su atención—. ¿Ha venido alguien a casa de Irune en los últimos días?

—No. Ya sabe, algunas veces viene su novio…

—Sasha —le ayuda Izel con el nombre.

—Sí, Sasha. Pero no lo he visto en toda la semana —aclara el conserje—. ¿Por qué lo pregunta?

—No, por nada. Curiosidad. No querría encontrármelo en la ducha —miente ella.

—¡Ah! ¡Claro, claro! Pues ya le digo que hace ya tiempo que no lo veo y la puerta tenía las dos vueltas echadas, así que entre tranquila —añade.

—Gracias, Julián.

Izel entra en el apartamento y localiza las llaves de repuesto en el armarito de la entrada. Al quedarse sola, echa el par de vueltas a la cerradura y deja la llave puesta por si acaso alguien trata de entrar. Lo del disparo… no acaba de entender qué podía estar pasando, pero mientras no supiera algo más debía tomar precauciones. Nunca le gustó demasiado ese chico.

CAPÍTULO 3

Serían las diez y media de la noche cuando Líam Ferrero llegó a la comisaría y se dirigió, directamente, al despacho del comisario.

Raúl Gómez era muy amigo del padre de Líam y, por esta razón, le había seguido los pasos en el cuerpo hasta que, hace un año, llegó a ser inspector. Recientemente lo había reclamado para tenerlo en su comisaría y Líam estaba encantado de trabajar con él.

—Hay un aviso en … —intenta abordarle un oficial de policía en cuanto Líam cruza las puertas de la comisaría.

—Ahora no, Morales —dice él, con premura en la voz y levantando la mano para que no le moleste con eso.

—¿El comisario? —pregunta sin detenerse, mientras se adentra en la oficina y deja la cazadora en el respaldo de su silla.

—En su despacho —comenta Morales, volviéndose de nuevo hacia su mesa.

Líam se mete los dedos, de delante hacia atrás, entre los cabellos, como suele hacer cuando está nervioso, y da unos toques con los nudillos en la puerta.

—Comisario, ¿da usted su permiso? —Entreabre la puerta y asoma la cabeza.

—¡Líam! Pasa, hijo. Déjate de formalidades que estamos solos. Te estaba esperando —dice Gómez, al tiempo que señala la butaca que tiene frente a él invitándole a sentarse.

—Raúl, aún no sé lo que ha pasado. —Haciendo uso de la confianza que tenían en privado, se dirige a él por su nombre —. Yo venía hacia aquí. Iba por una calle de Rivas, amplia y sin tráfico. Venía un poco justo de hora, eso es verdad. Entonces, un vehículo me adelantó a toda velocidad —explica—. Yo fijé la vista en el coche unos segundos tratando de retener la matrícula; deformación profesional supongo. Pero al regresar la vista al paso de cebra… la

chica ya estaba encima del coche. Salió de la nada, te lo juro. No había gente por la calle y tampoco la vi salir de ninguna casa.

—Continúa, hijo —le anima el comisario.

—Pues nada —sigue diciendo—, sentí el topetazo y frené por instinto. Lo siguiente que vi fue el cuerpo de esa chica en el capó y luego cayendo hacia el suelo. Salí del coche y la gente, saliendo también de la nada, se acercó y empezó a hacer corrillo—comenta el inspector.

—Ya —dice el comisario mientras sigue el discurso de Líam atentamente.

—Entonces me acerqué a ella. Parecía inconsciente. Le tomé el pulso en el cuello. Era débil, pero había pulso; así que lo primero que hice fue llamar al 112. Ellos debieron dar aviso a la policía local, pues fueron los primeros en llegar.

El comisario lo observa en silencio. No lo juzga, pero de algún modo lo evalúa.

—Y… ¿cuándo viste la herida de bala? —pregunta.

—Pues… cuando fui a marcar el número de emergencias vi que mis dedos tenían sangre. No había visto nada al tomarle el pulso, así que volví a agacharme y la revisé de nuevo, sin moverla demasiado. Es entonces cuando vi la herida de bala —explica el inspector—. Había entrado por detrás. Pero… ¿¡cuándo!? ¿¡cómo!? Ni idea. Miré a mi alrededor buscando ventanas o puertas abiertas… pero nada —añade, visiblemente nervioso.

—Bueno, tranquilo —dice el comisario, infundiéndole calma.

—Es que fue todo tan rápido que para cuando vi la herida y me di cuenta de que era de bala… ya era tarde. Quien fuera que lo hizo desapareció —insiste Líam.

—Entonces… —dice Gómez pensativo— no sabemos si recibió el tiro y luego cayó sobre tu coche o si le dispararon cuando ya se te había echado encima...

—Seguro, seguro… no lo sé; pero es muy probable que recibiera el disparo al tiempo de golpearse con el coche. Yo… no vi nada hasta que se me echó encima, la verdad.

—Ya, pero has dicho que ibas pendiente de la matrícula del que te adelantó, ¿no?

—Sí, bueno… juraría que la chica debía… que venía a toda prisa y que debió salir de alguna puerta cercana. De otro modo… habría notado a alguien andando por la calle y quizá hubiera podido esquivarla… o frenar antes —dice el inspector, tratando de reconstruir los hechos en su mente—. Tal vez huyera de alguien. Salió de alguna de las puertas cercanas casi con toda seguridad —insiste de nuevo—. No lo sé, no lo sé —se desmorona, metiendo la cara entre sus manos.

—¿Tú crees que la hubieras visto, hijo?

—¡Vamos, Raúl! No creerás que iba despistado, no había nadie en la calle. Estaba vacía cuando sucedió —repite convencido—. Miré la matrícula del coche y al regresar la vista sentí el impacto. Estoy seguro.

—Bueno, lo primero es que vaya alguien al hospital y a ver si con la bala podemos averiguar algo. Luego, estudiaremos la entrada y la trayectoria que siguió el proyectil —anuncia el comisario Gómez—. Habrá que pedir las imágenes de la operación y el informe médico para ver la localización exacta del impacto. Y… deberíamos visitar las viviendas de los alrededores; a ver quién estaba en casa, quién vio algo o quién oyó algo antes y después del incidente.

El comisario activa el intercomunicador y avisa al subinspector Cortázar y al oficial Moreno para que acudan a su despacho.

—¿Qué va a pasar conmigo ahora, Raúl? —pregunta Líam, antes de que entraran sus compañeros.

—Asuntos internos te interrogará. De momento, tómate un par de días y veré qué dicen que hagamos —comenta el comisario—. En cuanto se identifique la bala seguro que no tendrán nada contra ti.

—Bien, pero quiero… quiero acercarme al hospital a ver cómo está la chica. Aunque sea por mi cuenta —añade, sincerándose.

—Mañana. Ahora vete a casa —ordena—. Irás a media mañana y que te acompañe Galiano. No vayas solo ya que, a los efectos y por protocolo, no estás en activo estos dos días. Y cuando salgas del hospital te vas a casa otra vez. ¿Me has oído? —dice echándose hacia delante—. Ya te iré diciendo cómo vamos.

—Sí, sí. Gracias, Raúl.

En ese momento entran Cortázar y Moreno. El comisario los pone al corriente de los hechos, aunque sin entrar en detalles.

—¿¡De acuerdo!? —dice—. No estamos aquí para depurar responsabilidades. Eso ya lo harán los de Asuntos Internos. Nosotros buscamos al tirador y hacemos seguimiento de la chica. ¿Entendido? —lanza la pregunta sin esperar respuesta—. En cuanto tengáis algo se lo dais a balística. Ahora la estarán operando, por lo que dice Líam. En cuanto salga el sol os quiero allí.

El comisario emplaza a sus agentes a la mañana siguiente para ir a preguntar a las casas de la zona, puesto que eran ya cerca de las tres de la madrugada y no eran horas de interrogar a nadie.

—Y… Líam, dile a Galiano que irás con él al hospital para ver qué se sabe de la bala y de la chica —dice el comisario, antes de que todos abandonen el despacho.

ΔΔΔ

A las nueve y media de la mañana, el inspector Líam Ferrero y el oficial Unai Galiano se presentaron en el mostrador de información del Hospital Gregorio Marañón. Tras identificarse, preguntaron por la chica que había ingresado la tarde anterior; sobre las ocho y media.

—¿Saben su nombre? —pregunta la auxiliar.

—No, no lo sabemos —comenta Líam.

—Déjenme mirar —dice ella.

La auxiliar consulta en el ordenador y les informa de que aún no han subido ningún informe de ninguna chica, pero que hay una intervención en urgencias pendiente de informar y que solo tiene un par de datos subidos.

—Se llama Irune Salazar Arnaiz y tiene treinta y tres años —les comenta—. No hay nada más de momento.

—Bueno, algo más sabrán. Ayer acompañé a la ambulancia hasta la puerta y oí que la llevaban directa a quirófano y...

—Pues no crea que hay mucho más —lo interrumpe—. Solo que está en la UCI; porque una compañera fue allí para desbloquear el

móvil de la chica sobre las cuatro y media de la madrugada, según pone aquí —indica, señalando la pantalla con el dedo.

—Ve, ya sabe algo más, Yoana —dice Galiano, leyendo por encima del mostrador el nombre que llevaba escrito en la placa de la bata.

—Y… ¿se ha localizado a algún familiar? —interrumpe Líam.

—Sí, se localizó a la madre, pero creo que aún no ha llegado.

—A ver, ¿podríamos hablar con el médico que la operó? —pregunta el inspector.

—Lo siento. Aquí dice que fue el doctor Serrano, pero su turno terminó a las ocho de la mañana —indica Yoana.

—¡De acuerdo! Nos ha convencido. ¡No podemos hacer nada! —exclama Líam algo enfadado, girándose de espaldas al mostrador y pasándose los dedos entre el cabello.

Galiano le pone la mano en el hombro intentando tranquilizarlo y le pregunta de nuevo a Yoana:

—¿A qué hora empieza el nuevo turno del doctor Serrano?

—A las ocho de la tarde; aunque, si quieren hablar con él… suele llegar sobre las siete y media —responde ella.

—Gracias, Yoana. ¡Ya nos vamos entendiendo! —exclama Galiano, al tiempo que le guiña el ojo a la auxiliar y da unas palmadas sobre el mostrador, girándose levemente para marcharse.

—Y… disculpe. ¿Dónde están los servicios? —pregunta Líam, volviéndose hacia la auxiliar.

—Al fondo y a la derecha. Atravesando la sala de espera tiene unos; antes de los ascensores —aclara ella, señalando con la mano hacia el pasillo.

—Gracias —dice escueto el inspector.

Líam se separa del mostrador y le dice a Galiano que se quede en la sala de espera. Entonces, se adelanta y acelera el paso, dejando atrás a su compañero que, enseguida, se da cuenta de la jugada y echa a correr tras él.

—¡Eh! No vas al servicio ¿verdad? —le pregunta entre dientes, poniéndose a su altura.

—No —contesta el inspector con un monosílabo, mientras va leyendo los carteles camino del ascensor.

—¡Aquí me quedo! ¡No te olvides! —vocea Galiano, parado sobre sus pies y levantando la mano, al llegar a la sala de espera.

El inspector Ferrero sigue caminando, levantando también la mano a modo de contestación a las palabras del oficial. Luego, entra en el ascensor y pulsa el botón de la primera planta. Al llegar al área UCI, un teclado con código lo detiene; así que mira por el ojo de buey de la puerta buscando a alguien a quien poder hacer señas para que le abra.

Minutos después aparece el intensivista por la espalda.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarle en algo?

—¡Ah! Sí. Buenos días. Soy el inspector Ferrero —se identifica mostrando la placa.

—Luis Zarca, intensivista de la UCI —dice, mirándole fijamente.

—Ayer acompañé a la ambulancia que trajo a una joven con un disparo de bala en el hombro —comenta, sin explicar que es también el que la atropelló.

—Usted dirá, inspector.

—Quería verla, si es posible.

—Está en coma inducido y de momento no se puede hablar con ella —informa Zarca.

—Ya me imagino, pero serán unos minutos. Me conformo con verla a través de los cristales. Ya que he venido hasta aquí… —comenta en tono suplicante.

—Bueno, dos minutos y desde el cristal, que ya estoy fuera de turno —comenta.

Tras introducir el código, la puerta se abre.

—Perfecto y… ¿a quién puedo pedirle las imágenes de la operación? —pregunta Líam.

—Al ser herida de bala las custodia el doctor que la operó hasta que se sube el informe de la operación y, una vez informado, lo custodian en Dirección como parte del expediente protocolario.

—Bueno, me han dicho que aún no hay informe de esta paciente en el ordenador…

—Es posible. Entró por urgencia, sin identificación, y anoche fue una guardia de locos. Hay cuarenta y ocho horas para subir el

informe. Hoy seguro que lo hará, pero hasta esta tarde no entra de guardia el doctor.

—Entendido. Gracias.

—En el box tres la tiene —indica el intensivista, señalando con el dedo el pasillo.

Mientras Líam busca el número del box, Zarca deja unos documentos en el office y vuelve al pasillo, adelantando al inspector. Sin girarse, levanta la mano con dos dedos en forma de uve al tiempo que le recuerda:

—¡Dos minutos, inspector!

CAPÍTULO 4

La tarde del accidente, Sasha no supo controlar la situación. Cuando Irune irrumpió en la habitación y lo sorprendió con un hombre en la cama, ambos se quedaron paralizados durante unos segundos. Luego, ella salió corriendo escaleras abajo, él entró en pánico y su acompañante se vistió a toda velocidad, desapareciendo en algún momento sin dejar rastro.

Sin pensarlo dos veces, como si de un delincuente que escapa se tratara, Sasha cogió la pistola, que usaba como vigilante de seguridad, le quitó el seguro, abrió la ventana y pegó un tiro, esperando que aquello la detuviera. Todo fue tan rápido, tan impulsivo, tan sin pensarlo, que no tuvo tiempo de contemplar ninguna opción. Fue casi como un acto reflejo. Entonces, la vio doblarse, al tiempo que abalanzarse sobre el coche que atravesaba en ese momento el paso de cebra. Tras el sonido del frenazo y el golpe seco volvió en sí; como quien despierta sobresaltado de una pesadilla. En ese instante cayó en la cuenta de lo que acababa de hacer. Cerró la ventana de inmediato y el pánico se adueñó de él. Sabía lo que le esperaba. Ellos se lo avisaron y no se andarían con miramientos si les fallaba. Sasha sintió que su vida se derrumbaba. La suerte ya no estaba de su lado.

Dudó en si salir corriendo y desaparecer o no; pero optó por sacar la caja de zapatos, que tenía escondida en el fondo del altillo de su armario, coger el teléfono privado de prepago y comunicar con CIBION-Mex. Pulsó el botón de rellamada y, en apenas dos tonos, le contestaron en la central de control.

—Soy Sasha, de seguridad y control LinSan_03 —Su cuerpo comienza a temblar en cuanto oye la voz al otro lado de la línea telefónica—. Tengo un «código 2» —dice, nervioso—. Pásame con Salazar ¡ya!

La espera fue de apenas unos minutos, pero en su estado el tiempo se le hizo eterno. Sentía escalofríos, las piernas le flojeaban, notaba una opresión en el pecho y le faltaba el aire. Se sentó en la cama con la cara desencajada.

Eran las dos de la tarde de un día festivo en México, cuando a Dereck Salazar le entró una llamada de la asistente de guardia anunciándole un «código 2».

—Aló, Sasha —dice Salazar—, ¿qué pasó?

—Creo que le he disparado —le dice sollozando.

—¿¡Cómo dices!? —pregunta frotándose la cabeza e irguiéndose en el sofá de golpe.

—Ha salido corriendo. Disparé al aire… y… un coche en el paso de cebra...

—Pero… espera, espera. No entiendo nada. Te me calmas, ¿sí? ¿Cómo que le disparaste? ¿A quién? ¿¡A Irune!? —pregunta, incrédulo.

—Sí —dice, rompiendo a llorar.

—¿Cómo crees? ¿Que no se supone que debías protegerla y tenérmela controlada?

—Ya le dije que no podría intimar con ella como novio.

—¿Y qué chingada tiene eso que ver?

—Pues… que no he podido hacerlo.

—Que no has podido hacer… ¿qué cosa no has podido hacer? Es un pinche trabajo. ¿Como que no lo aceptaste, pendejo? ¿Ya te dije que no te faltaría de nada mientras estuvieras con ella y nos reportaras? Firmaste un contrato ¿me oíste? ¿Qué parte no has podido cumplir?

—¡Soy gay! ¿Lo entiende? ¡Soy gay! —dice finalmente, gritando entre sollozos, debido a la presión a la que se sentía sometido.

Tras un breve instante de silencio…

—¡No mames, Sasha! ¿Me lo dices ahora? Una vez que aceptaste no hay opciones. Cumples y ya —dice, enfadado—. Ya te advertí cuando aceptaste el trabajo que había dos formas de contar estrellas: respirando… o en un silencio infinito.

—Pensé que podía hacerlo. Que no se enteraría. Pero… vino a mi casa antes de tiempo y me pilló en la cama con uno.

—¿Y le pegas un tiro?

—No sabía qué hacer. Se escapaba. Abrí la ventana y disparé al aire y… —dice fuera de sí.

—¿¡Al aire!?

—No sé, no sé ¿vale? —grita, preso del pánico—. No sé si fue al aire… o le di.

—A ver, güey. Vamos a pasarla en calma. ¿Cómo está ella? ¿Lo sabes? —pregunta Salazar preocupado, pero intentando centrarse en lo importante en aquel momento.

—No sé. Cuando he visto que el auto la golpeó cerré la ventana —dice entre hipos.

—Pero… ¿no dices que le disparaste? ¿Cómo que la golpeó un auto?

—No sé. No sé… Si le di, no fue adrede; se me disparó y… el auto frenó y… le dio —trata de explicarse, sin conseguirlo.

—Y… ¿sigue ahí abajo? ¿Puedes verla? —pregunta Salazar tratando de parecer sereno.

—Sí. Ahí sigue —contesta, limpiándose la nariz en el antebrazo —. Ahora hay gente alrededor.

—No te ven, ¿cierto?

—No. Estoy tras los visillos.

—¿Se mueve? ¿Puedes verla?

—No veo bien... Sí, sí. Ya veo. Sigue en el suelo.

—¿Y tu ligue? ¿Sigue ahí?

—No —dice, volviéndose a mirar hacia la cama—. Se largó. Creo que después que ella. No sé. No recuerdo verlo salir a la calle, pero el caso es que no está. Yo estaba pendiente de que ella no se fuera…

—¡Carajo, Sasha! ¡Encima con testigos! —exclama Salazar irritado—. ¿Como que le tienes localizado o te pillaste al chamaco en una discoteca?

—¿A quién? ¿A Tomy?

—No. ¡A mi madre! ¿Cómo crees? Te me centras, ¿okey?

—¡Ah! No, no. Sí, sí sé dónde vive. Lo recogí en su portal — aclara.

—¿Y en vez de *coger*[4] en su casa te lo *coges* en la tuya? ¿Qué eres? ¿Un bueno para nada, carajo? —dice gritando.

—¿Qué hacemos ahora? —balbucea Sasha.

—Ya mándame su dirección, ¿okey? Nos ocuparemos de él más tarde. Ahorita me preocupa Irune y… que si le disparaste vendrá la policía.

—Ya llegó la poli al paso de cebra y… se oye una sirena a lo lejos. Quizá sea la ambulancia.

—¡O más policía! ¿Cierto? ¡Que no te vean!

—Tengo la luz apagada.

—¿Y… qué está pasando ahora?

—La poli está apartando a la gente.

—Si empiezan a llamar a las puertas no abras. Tú, como si no estuvieras —dice Salazar.

—Vale, vale —responde, sorbiendo los mocos.

—Dentro de un rato, cuando la calle se vacíe de gente, busca el casquillo y...

—Está oscuro ya —le interrumpe Sasha.

—Me importa un carajo, pero no sales de ahí sin el pinche casquillo ¿me oíste? —dice furioso.

—Vale, vale. Entendido.

—Y cuando lo tengas te botas rápido de ahí.

—¿Y dónde voy?

—Búscate una pensión o algo así para un par de días. En cuanto salte la alerta sabremos en qué hospital está y tomaremos medidas. Ya te avisamos, ¿me oíste?

—Sí. De acuerdo —contesta, tratando de calmarse.

—Ten el celular conectado, ¿sí? Te quiero localizado, pero sin asomar la nariz a las calles por un par de días.

—Entendido, jefe. Lo siento mucho.

Salazar corta la llamada y lanza el móvil sobre el sillón, antes de oír la disculpa. Empieza a caminar de un lado al otro, pasándose nervioso las manos por el pelo y exclamando:

—¡Cómo se volvió tan inútil este pendejo! ¡Ahora me sale con que es gay! ¡Este cuenta estrellas en un silencio infinito! ¿Viste? ¡Por

mi madre que las cuenta! ¡Menuda chingada!...

Se sentó de nuevo frente al televisor, aunque ya no pudo atender a nada. «Tampoco es que pueda hacer nada ahora mismo», pensó.

Al rato, habló con la persona de guardia en la central y pidió que desviara las llamadas a su móvil hasta la mañana siguiente. Luego sacó el portátil y se conectó a la intranet.

La noche se le echó encima sin tener ninguna novedad. Dio vueltas y más vueltas en la cama hasta que, sobre las cinco de la mañana, se dio una ducha para despejarse, se tomó un café bien cargado y se marchó a CIBION-Mex. Sospechaba que el día iba a ser muy largo y prefirió llegar el primero para controlar la alerta.

ΔΔΔ

Serían las nueve menos cuarto de la mañana en México cuando llegó su colega Edgar Liceaga; jefe de la filial CIBION-Mex.

—Esta bueno, Derek. ¿Qué llevas mucho ahí? O… ¿teníamos una junta[5] y lo olvidé? —pregunta Edgar.

—No. Peor que eso. Apenas dormí.

—¿Y qué tan grave lo que te pasó?

—Irune está en algún hospital de España, atropellada y no se sabe si con un disparo.

—¿Cierto? ¡No mames! ¿Qué chingada es esa?

—Pues eso dije yo. Una chingada de las gordas del tarado de Sasha.

En ese momento, y con la mañana por delante, Derek le cuenta a Edgar lo ocurrido con todo detalle, tal y como se lo había relatado Sasha.

—¿Y qué no me avisaste?

—Para qué estar los dos jodidos si no podemos sino esperar a que salte la alerta.

—¡Está bueno! ¿Hablaste con el enlace?

—Sí. Llamé al Ángeles, pero Juárez no entra hasta las doce —dice Derek—. Le dejé mensaje en el buzón.

—Avisa al Biomédical. A ver si hay alguien ya en el departamento y nos cuenta cuándo fue la última vez que hubo extracción sensible de datos.

—Okey. ¡Buena idea!

Pasan las horas y no salta ninguna señal de alerta.

—Del Biomédical nos dicen que se recogieron patrones altamente sensibles sobre las dos de la tarde de aquí y luego, de repente, se activó un protocolo de autobloqueo biométrico —comenta Salazar.

—Eso nos habla de un alto sufrimiento, ¿cierto? La unidad externa activó el autobloqueo para proteger los dispositivos neuromodulares al detectar el patrón de emergencia. De otra forma se habrían sobrepasado los niveles de seguridad.

—Sí. Se detectó la alteración del ritmo en la frecuencia de onda de los datos y se activó el cortafuegos antes de llegar las unidades internas.

—Diles que vean si hay códigos afectados en los patrones. Si los hay, que los corrijan y reinicien inmediatamente. No podemos perder información ahorita.

—Cierto.

—¡Ah! Y ocúpate de Sasha y del otro güey, a como dé lugar.

—¡Ya me ocupo! En unos días, ¿sí? Podría hacernos falta cargarles el muerto.

—Está bueno, pues.

A las doce del mediodía, Salazar habló con el doctor Juárez y le rogó que estuviera pendiente hasta que saltara la alerta internacional intrahospitalaria, pero a las ocho de la noche, hora de México, aún no había noticia alguna. Aquella falta de información empezó a preocuparle. Aunque hacía años que no había hablado con ella, más allá del proyecto LinSan_03, Irune era su hija y no saber qué estaría pasando le tenía angustiado.

Las emociones y los pensamientos iban y venían, alternándose entre el padre angustiado por el paradero de su hija y el científico que ve frustrados tantos años de trabajo por un error imperdonable del hombre de confianza que debía protegerla.

Siguiendo las órdenes de Liceaga, aprovechó el tiempo para hacer algunas llamadas, localizar la ubicación a tiempo real de Sasha, así como marcar la casa del amigo en un plano de Madrid, con las coordenadas GPS correspondientes. Tras discutir con unos y otros contactos, no lograron ponerse de acuerdo en el cómo; pero dio instrucciones claras para que los tuvieran vigilados, de cara a sacarlos de la ecuación en cuanto diera la orden.

CAPÍTULO 5

El doctor Carlos Serrano fichó en el hospital a las siete y media de la tarde. Le gustaba llegar antes de que comenzara su turno para terminar el papeleo pendiente, antes de que Urgencias se convirtiera en un hervidero.

Se cambió de ropa en los vestuarios y subió a la primera planta para ver si había habido alguna novedad con la paciente de la noche anterior. Se acercó a la UCI, box número tres, saludó a la enfermera de tarde y le pidió las incidencias.

—No debe haber pasado nada fuera de lo normal o lo habrían dejado anotado —informó la enfermera—. Ah, sí; vino su madre. De hecho, está ahora con ella —añadió.

—Perfecto, voy a verla. Gracias.

Una vez en el box…

—Buenas noches. Soy el doctor Serrano —dice al entrar, tendiéndole la mano a la mujer que está junto a la cama—. ¿Es usted la madre de esta joven? —pregunta.

—Sí, buenas noches. Soy Izel, la madre de Irune —contesta ella —. Doctor, ¿qué le pasó a mi hija? ¿Sabe usted algo? Me han dicho que tenía una herida de bala. ¿Cómo es posible? Y… ¿por qué le indujeron el coma?

—Lo primero, tranquilícese —dice él—. Venía indocumentada, así que para hacer el informe tengo que hacerle algunas preguntas. Luego la pongo al corriente.

El doctor completa con ella los datos que le faltan y la pone al tanto de todo lo acontecido durante la operación, incluidas las dos paradas que sufrió.

—Por cierto —comenta antes de marcharse—, en la resonancia se ven unos cuerpos metálicos en la cabeza. ¿Qué puede decirme al respecto? ¿Ha tenido su hija alguna operación anterior o alguna patología que debiéramos conocer? —pregunta.

—No sé… —miente Izel—. No sé a qué se refiere.

—Bien —dice él, sabiendo que no es cierto—. Pues… como le digo, el coma se debe a que mostró un alto nivel de estrés al despertar en el tubo de la resonancia y aún debemos hacerle algunas pruebas para quedarnos tranquilos.

—De acuerdo —dice ella—. Téngame al tanto de cualquier novedad, doctor.

Con los datos en la mano, Serrano se va a su despacho con la intención de subir el informe al expediente de Irune.

Mete el nombre de la paciente y se sorprende al ver que, en la base de datos interhospitalaria, no figura ningún historial clínico previo. Entonces, busca el número de expediente que habían abierto en recepción.

—¡Qué raro! No me creo que no tenga historia —murmura entre dientes—. ¿Cómo no ha tenido ni una simple diarrea en su vida?

Trata de meterse, sin éxito, en la ficha del médico de cabecera, a tenor del domicilio facilitado por la madre…

—Aquí no sale nada —dice molesto.

Sube hasta la cabecera deslizando el ratón para comprobar si, efectivamente, aquel expediente corresponde a Irune Salazar Arnaiz.

—¡Vaya! El apellido está mal. Pone Arnaz y el segundo apellido es A-r-n-a-i-z —dice deletreando, mientras teclea cada letra. Ya no tiene tiempo para volver a consultar nada más sobre la historia de la paciente así que, para plasmar los datos mientras aún los tiene recientes, redacta la anamnesis en un procesador de texto. Al ver que aún le quedan unos minutos, intenta un «copia y pega» para subir el documento al programa intrahospitalario. En el preciso instante en el que pulsa la tecla «Intro» en el teclado, se abre una ventana emergente que dice:

«Los datos han sido actualizados».
«Información reservada».
«Introduzca código de seguridad para desbloquear el historial».

Serrano se queda desconcertado. Eso debía ser un ajuste nuevo del programa y nadie le había dicho nada. Por lo menos, no le había

pasado antes.

Después de pensarlo un poco, teclea su número de colegiado y, tras pulsar la tecla «Intro», salta de nuevo el mensaje en la ventana emergente sobre el fondo negro de la pantalla:

«Error de identificación».
«Está accediendo a información restringida».
«Introduzca código de seguridad».

—¿Qué demonios está pasando? —se pregunta en voz alta —. ¿No puedo acceder a la historia clínica que yo mismo acabo de actualizar?

Entrecierra los ojos, como queriendo pensar con lógica qué código debe teclear y, acto seguido, pone el número personal que tiene asignado en la plataforma intrahospitalaria. Apenas unos segundos después, reaparece de nuevo aquella ventana con el mismo mensaje:

«Error de identificación».
«Está accediendo a información restringida».
«Introduzca código de seguridad».

Serrano lo intenta hasta tres veces más. Ya va a desistir cuando se fija en que abajo, a la izquierda, hay un nombre y un número de teléfono cuyo prefijo no reconoce.

«Dr. D. Juárez. +52 5552465000»

Había quedado con Pacheco en rayos para intercambiar impresiones sobre las imágenes de la resonancia, así que pensó que aquello tendría que esperar a después. Anotó el número de teléfono en un papel y se lo metió en el bolsillo de la bata.

Antes de marcharse, por si acaso, imprimió dos copias del informe: una para la policía y otra para el hospital. Luego, las guardó en el armario archivador en el que se custodiaban la bala y la tarjeta SD de almacenamiento con las imágenes de la operación. «Al menos la tendremos físicamente», pensó. Acto seguido, puso la llave en sitio seguro y se dirigió a Urgencias para ver cómo andaba todo

antes de cruzar hasta el ala de quirófanos, donde estaba la unidad de radiología.

—María, ¿cómo va la tarde?

—Tranquila de momento, doctor.

—¿Has visto a Ana?

—Está en el pasillo de trauma con una escayola.

—¿Hay algo para mí? —pregunta.

—De momento no, doctor.

—Vale. Mira, apúntate este prefijo —dice, sacando el papelito del bolsillo— y búscame a ver de dónde es. Si me necesitas llevo el busca. Estaré con Pacheco viendo unas imágenes —añade mientras se aleja.

—Se lo mando al busca en cuanto dejen de entrar llamadas —indica María.

ΔΔΔ

Serrano intercepta a Pacheco en el pasillo de rayos, camino a su despacho.

—Pacheco, habíamos quedado, ¿verdad? —vocea.

—Sí, vamos a mi despacho —dice el aludido girándose.

—¿Pudiste ver las imágenes de la reso de ayer? —pregunta sin preámbulos.

—Sí, pero es todo muy raro —responde—. Te las muestro.

—Parece que con esta paciente todo es raro —comenta Serrano. Una vez allí, Pacheco le muestra las imágenes en el ordenador.

—¡Mira, aquí! —El radiólogo señala la pantalla—. Por más vueltas que le doy… parecen unos electrodos o algo así. ¿Implantes tal vez? —añade, mirando la expresión de la cara de Serrano—. No se me ocurre otra cosa. Pensé que este tipo de tecnología era bastante reciente, sin embargo… esto parece que lleva mucho tiempo ahí, a juzgar por esta otra sección. ¡Mira! ¿Lo ves? Está muy integrado en el cerebro.

—Ya… —musita Serrano—. No sé bien cuál puede ser realmente la función.

—Parece titanio. No reaccionó en la reso, ¿no?

—No. Creo que no. Es que… se juntaron unas cuantas variables —dice, elevando los ojos hacia el ángulo izquierdo.

—¿En qué estás pensando? —pregunta su colega al ver el gesto.

—A menos que… estuvieran activos e interfirieran con las frecuencias de la reso, ¿sería posible?

—Espera, sugieres que pudieran estar activos y enviando o recibiendo información… ¿Crees que influyeron en la parada?

—No sé. Tú eres el experto. Dímelo tú.

Un «bip» sacó a Serrano de la conversación y al mirar el busca leyó: «el prefijo es de México».

—Pues lo más raro de todo —dice, guardando el busca— es que, cuando he intentado subir el informe de quirófano de anoche, me ha dado la información por actualizada, pero luego no me ha dejado acceder a la historia clínica de la paciente. Me sale un mensaje extraño —comenta.

—¿Cómo de extraño? —quiere saber el radiólogo.

—Pues deniega el acceso y me pide una clave. Ni el número de colegiado ni la clave intrahospitalaria sirven. Sale una ventana de: «información restringida» y dice que no estoy autorizado para esa consulta.

—Pues sí que es extraño, sí —comenta Pacheco.

—Y había un número de teléfono de contacto internacional. De México, según dice María —añade, mirando a su colega con el ceño fruncido.

—Pues llama —dice Pacheco.

—Ahora mismo voy —comenta, mientras se dirige hacia la puerta —. Llamaré desde mi despacho y te cuento. A ver qué misterio es este.

—¿Te mando las imágenes?

—Sácalas en físico y me las haces llegar, por favor —pide Serrano—. Las guardaré en el expediente del protocolo policial. Aunque no se las demos si no es necesario, al menos estarán bajo llave. De momento es lo más seguro —añade—. Y quédate esas en tu ordenador. Parece que todo lo que subamos a su historia clínica lo

engulle y se vuelve inaccesible. ¡Todo esto me da mala espina! —dice, mientras sale de rayos.

ΔΔΔ

Una vez en su despacho, Serrano saca el papel que tenía en su bolsillo y marca el número de teléfono que tiene anotado.

—¿Aló? Hospital Ángeles Lomas, gusto en atenderle. Mi nombre es Malena. ¿En qué puedo ayudarle?

Serrano garabateó rápidamente el nombre del hospital, y el de la operadora, en la primera hoja que encontró.

—Hola Malena. ¿Sería tan amable de pasarme con el doctor Juárez?

—Sí, señor. Déjeme checar.

Unos segundos después…

—No puedo comunicarle, señor; el doctor Juárez no se encuentra. Pero ahorita viene, ¿sí? Salió a un mandado a unas cuadras nomás. ¿Con quién tengo el gusto? —dice con su deje cantarín.

—Soy el doctor Serrano, del Hospital Gregorio Marañón de Madrid, España.

—Doctor Serrano —repite Malena al tiempo que lo anota—. Si me deja su número le reporto al doctor tantito llegue.

—No, gracias. Volveré a llamar más tarde.

—¡Órale, pues! Con gusto.

—Disculpe, Malena.

—Esta bueno, pue' —dice de nuevo.

—¿A qué unidad pertenece el doctor Juárez?

—A la Unidad de Genética, doctor —responde ella.

—Muchas gracias, Malena.

—Un gusto, doctor.

En cuanto cortó la llamada se metió en el ordenador y tecleó: Hospital Ángeles Lomas, México.

La web hospitalaria aparece en Google posicionada en primer lugar. Al pinchar sobre el enlace, comprueba que se trata de un

centro de los denominados «de tercer nivel»; es decir, «centro de alta complejidad y especialización».

Echa un vistazo a todas las unidades de que disponían y comprueba que no les falta de nada. «Tienen buenísimos especialistas y sus instalaciones parecen equipadas con tecnología de última generación», se dice mentalmente.

Luego pincha en la Unidad de Genética. Ofrecían servicios especializados en cuanto a estudios y diagnósticos de enfermedades genéticas con tecnología de vanguardia, análisis de ADN, estudios cromosómicos y pruebas de detección de mutaciones genéticas. Además, su web ofertaba servicios de asesoramiento genético preconcepcional y prenatal; lo que ayudaba a las parejas a reducir el riesgo de transmisión de enfermedades genéticas y a tomar decisiones de planificación familiar.

—¿Qué tienes que ver, Irune, con todo esto? ¿Por qué me remiten al Dr. Juárez? ¿Qué absurdo misterio es este? ¿Por qué tienes unos electrodos raros implantados en el cerebro? —Serrano se va haciendo las preguntas en voz baja, mientras desliza el ratón por las distintas pantallas de la web, buscando alguna pista que aclare el embrollo. En eso estaba cuando unos «bip, bip, bip» continuados en el busca le sacaron de su ensimismamiento. Lo extrae del bolsillo y lee:

«Dr. Serrano - quirófano 3».

ΔΔΔ

Dos horas y media más tarde, de vuelta a su despacho, marca nuevamente el teléfono del hospital mexicano.

—¿Aló? Hospital Ángeles Lomas, gusto en atenderle. Mi nombre es Malena. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola Malena, soy el doctor Serrano. Hablé con usted hace unas horas. ¿Ha llegado ya el doctor Juárez?

—¡Ay, sí! Un gusto oírle, doctor. Hace un ratico que llegó. Ahorita mismo se lo paso.

Después de unos cuantos tonos cogen la llamada.

—¿Aló? Licenciado Juárez al aparato.

—Mmm… ¿Doctor Juárez? —confirma Serrano.

—El mismo. ¿Con quién tengo el gusto?

—Mire, soy el doctor Serrano; del Hospital Gregorio Marañón de Madrid, España.

—¿De España? Uste dirá qué me requiere pues, doctor Serrano.

—El caso es que… anoche operamos a una paciente de urgencia y cuando fui a subir el informe saltó una alerta que me impide acceder a la historia clínica que yo mismo subí y aparece su nombre como referencia —dice—. Doctor Juárez, ¿qué puede decirme al respecto?

Tras un breve silencio, Juárez comenta:

—¿Sabe si la paciente es mexicana o pertenece a este hospital? —pregunta para ganar tiempo.

—Bueno, en realidad ha nacido en China, pero su madre es mexicana.

Se hace de nuevo un silencio que a Serrano empieza a hacérsele algo incómodo.

—Doctor Serrano —dice al fin—. Nuestro trabajo en la Unidad de Genética es complejo y con frecuencia se hace seguimiento de los casos durante años. Es normal tener historias clínicas que queden bajo un protocolo de información restringida, ¿cierto? Si le ha saltado ese mensaje podría darse el caso —argumenta—. Nomás repórteme el nombre de la paciente para ver si puedo decirle algo, ¿sí? —dice con su deje mexicano.

Serrano se queda unos instantes pensando si debe, o no, dar el nombre de una paciente a un médico, del otro lado del charco, al que no conoce de nada y que no le está dando la información que él necesita. Sin embargo, el mensaje daba su nombre como referencia, así que era la única forma de esclarecer el misterio y, además, él había llamado a México y no al revés.

—Doctor, espero no estar infringiendo la Ley de Protección de Datos con esto…

—Está bueno, pues —le interrumpe su interlocutor—. Usted quiere una información y parece que no es persona autorizada para conocerla. Yo debía desconfiar de usted, ¿cierto?

—De acuerdo, doctor Juárez —concluye Serrano—. Su nombre es Irune. Irune Salazar Arnaiz.

Juárez guarda silencio de nuevo. Serrano puede oír cómo teclea algo en el ordenador.

—Doctor, no puedo brindarle acceso a la información—dice finalmente—. Pero acabo de reportar el asunto a las personas indicadas y de seguida alguien se pondrá en contacto con usted. ¿Me reporta su número directo?

—¿Eso es todo? Óigame, también es mi paciente y no sé por qué me niega información que yo mismo actualicé y que ahora está en algún lugar de una nube misteriosa, Dios sabe en qué manos —dice Serrano visiblemente enfadado—. Aquí también manejamos información sensible que debemos proteger, doctor Juárez.

—Ruego se me calme. Si me da su número en España, ahorita se pondrán en contacto, ¿sí? Siento no poderle dar más información —dice finalmente—. Yo tampoco soy personal autorizado para ello.

Serrano le da su número privado, no sin antes resoplar. No le queda más remedio si quiere llegar al fondo del asunto. Luego se despide de forma seca y corta la llamada.

—¿Qué pasa con esta chica? —exclama en voz alta, dando un golpe sobre la mesa—. ¿En qué andas metida, Irune Salazar Arnaiz?

CAPÍTULO 6

Serrano estaba pendiente del teléfono por si le entraba la llamada que aclararía todo aquel galimatías. Mientras, como el «ahorita» de los mexicanos podían ser cinco minutos o tres horas, se entretuvo mirando de nuevo las imágenes de la resonancia que le había hecho llegar Pacheco.

Habían pasado tres cuartos de hora y el teléfono no había dado señales de vida. Cansado de esperar, guardó todo bajo llave y subió a la UCI. La enfermera de tarde se había marchado sin anotar ninguna incidencia en la ficha de Irune. Tras mirar el informe, saluda a Clara, que estaba de nuevo de guardia, y le ruega que trasladen a la paciente a un box individual en cuanto quede alguno libre. Luego, se acerca a verla.

—¡Ah! —exclama al entrar y ver que la madre sigue allí sentada —. ¿Qué tal está señora Arnaiz? —Le tiende la mano.

—Bien, doctor —contesta ella, estrechándosela—. Quería preguntarle… ¿cuánto tiempo más van a tener a mi hija sedada?

—Pues mire, ahora mismo no depende de nosotros. Tenía que repetirle la resonancia craneal, pero… hay algo en la historia clínica de su hija que me tiene parado y sin saber qué hacer.

—Disculpe, no le entiendo.

—Usted es mexicana, ¿verdad?

—Sí, pero… ¿qué tiene eso que ver con lo que le pregunto?

—Si no le importa salir al pasillo conmigo… tengo que hacerle unas preguntas más.

—Con gusto, doctor.

Una vez alejados del box, y a resguardo de la gente de la UCI, Serrano se lanza a preguntar.

—Señora Arnaiz, ¿hay algo en la clínica de su hija que yo deba conocer?

—Doctor, vaya al grano porque no sé qué quiere que le diga —contesta Izel.

—Pues mire —dice él con tono molesto—. Su hija llega indocumentada, con un disparo en el hombro, la sacamos de dos paradas, le hacemos una resonancia y vemos unas piezas extrañas en su cerebro y su clínica es un misterio al que me deniegan el acceso. Señora Arnaiz, le repito la pregunta de otra forma: ¿hay algo que usted sepa y yo no, pero que podría ayudarme a entender qué pasa con su hija?

—Doctor, yo solo soy una madre preocupada por su niña, que está en coma —miente, mientras se frota una mano contra la otra con nerviosismo.

—Ya veo que no va a decir nada —responde él, torciendo la boca hacia un lado y mostrándole su disgusto.

—¿Qué quiere que le diga…?

—Pues… ¿por qué cuando meto los datos de su hija en la intranet hospitalaria sale una restricción y un teléfono de México, por ejemplo —comenta algo enfadado.

—Y… ¿ya le han llamado? —pregunta Izel con cierta cautela.

—Ve como tiene más información que yo… —añade frunciendo el ceño.

—Si tengo o no más información no es relevante porque lo cierto es que yo no puedo ayudarle, aunque quiera. ¡Créame! —dice Izel con sincero pesar.

—Entonces, supongo que debo esperar a la llamada.

En ese momento le suena el móvil y se arriesga a cogerlo *in situ*, aunque pone número oculto, dándole la espalda a Izel.

—¿Dígame?

—¿Aló, doctor Serrano? —dice una voz al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Edgar Liceaga, al aparato desde México. Usted operó a Irune Salazar, ¿cierto?

—Sí. Parece que usted sí tiene acceso al informe, ¿no?

—Por favor, deme su email y se lo regreso de nuevo con documentación importante —dice, con ese acento meloso que empezaba a serle ya familiar.

—¿Documentación? ¿Sobre la paciente? —pregunta.

—No. Es documentación de confidencialidad, sin la cual no puedo reportarle información ninguna —explica la voz al otro lado del teléfono.

—Está bien —añade Serrano, considerando que no había otra forma de poder saber de qué iba todo aquello.

Tras facilitarle el correo electrónico a su interlocutor, miró a Izel apretando los labios. Ella respondió agachando la cabeza y volviendo al box con su hija. Por más que supiera cómo era ese protocolo, ella no era la indicada para hablar. En ese momento, estaba allí en calidad de madre y punto. «Si no afecta a la evolución de Irune, que cada palo aguante su vela», pensó, mientras agarraba de nuevo la mano de su hija.

Serrano se dirigió a su despacho. Cuando llegó, se sentó en la silla giratoria y entró en su correo. Siguiendo las instrucciones que le dieron, leyó aquel extenso documento, lleno de cláusulas de confidencialidad, que le dejaban a merced de lo que le quisieran contar o pedir a cambio de: no hablar… no contar… no someter a resonancia, TAC o rayos…, reportar sobre transfusiones… y un largo etc.

De momento, seguía sin entender nada; pero esperaba que poco a poco pudiera ir atando cabos.

Una vez que enviara el documento con su firma y su número de colegiado, parece que «alguien» se pondría de nuevo en contacto con él.

ΔΔΔ

Media hora más tarde, Carlos Serrano hacía su ronda cuando recibió una llamada con un número muy largo y, nuevamente, se identificaba el prefijo de México. Permaneció unos segundos mirando el dial del móvil y se fue a un lugar más apartado para cogerlo.

Tras una fuerte respiración…

—¿Dígame?

—¿Aló? Aquí Edgar Liceaga. ¿El doctor Serrano?

—Sí, el mismo.

—Le llamo del Centro de Investigación de Biología Neuronal de México —dice esta vez, identificándose completamente. Es respecto a Irune Salazar Arnaiz; la paciente que tiene ingresada.

—Sí, sí. Dígame, señor Liceaga.

—Primero que nada, quiero decirle que tengo delante el informe que subió a la intranet hospitalaria. Veo que la operaron de una herida de bala y que la sacaron de dos paradas en poco tiempo. ¿Está estable? ¿Ha sufrido alguna alteración más?

—No, no hubo más complicaciones hasta ahora, pero vino con un fuerte impacto craneoencefálico y queríamos ver si todo estaba bien —puntualiza Serrano.

—Ya, doctor; pero, pruebas aparte, quisiera que me dijera si cree que el impacto pudo alterar alguna de sus funciones —insiste Liceaga.

—Está estable. Sin embargo, sin más pruebas no se lo puedo asegurar con certeza. Íbamos a hacer la resonancia para descartar un posible traumatismo cuando empezó a despertar y entró en parada. La sacamos de la parada y le hicimos una analítica justo antes de inducirle el coma; para compararlo con la preoperatoria, ya que los monitores mostraron signos de un aumento repentino en la frecuencia cardíaca, la presión arterial y la respiración —explica Serrano.

—¿Y qué dio la comparativa? —pregunta Liceaga.

—Antes de sedarla detectamos picos altos de glucosa, lo que probablemente contribuyó a las arritmias cardíacas y a las fluctuaciones en la presión arterial. Está estable, pero no sabemos qué pasará si la despertamos —puntualiza Serrano.

—¿Y en la previa? —pregunta de nuevo Liceaga.

—Vimos que también mostraba glucosa alta, así como valores extremadamente altos de cortisol, epinefrina y norepinefrina. Si no tiene antecedentes de hiperglucemia, y la reso no muestra ninguna lesión, es de suponerle un fuerte estrés antes del accidente, que se repitió al ir eliminando la anestesia en el tubo; de ahí la importancia de ver su historia clínica —explica Serrano.

—Comprendo —dice Liceaga tras un breve silencio—. Y… ¿llegaron a obtener alguna imagen? —pregunta con cautela.

—Esa es otra. ¿Qué tiene en el cerebro? —pregunta Serrano abiertamente.

—¿A qué se refiere? —contesta Liceaga formulando otra pregunta y esquivando la respuesta.

—No me tome por tonto —dice, algo enfadado—. Fueron apenas unas pocas imágenes, pero lo suficiente como para ver que tiene algo implantado en el cerebro —prosigue—. ¿De qué va esto? ¿Qué pasa con esta paciente que todo son secretos?

—Mire, Irune Salazar forma parte de un proyecto que está teniendo seguimiento en nuestro centro —dice Liceaga—. No podemos incluir a personas ajenas a la investigación, así que entenderá que pueda explicarle poco.

—¡Vaya! Y entonces… ¿qué hacemos ahora? —pregunta Serrano, atónito por la respuesta.

—Pues deberá en todo momento seguir nuestras indicaciones, hacer las preguntas indispensables para atender a la paciente y sobre todo… recordar las cláusulas que acaba de firmar con nosotros. ¿Está bueno, doctor? —dice Liceaga con tono seco.

—Pero…

—¿Está bueno, doctor Serrano? —insiste.

—Sí. Bien. Está claro. No debo hablar con nadie, pero al haber herida de bala de por medio la policía va a intervenir y hará preguntas. Se lo aseguro —replica Serrano.

—De eso nos ocuparemos en su momento. Cuento con su ingenio para colaborar y dilatar ese momento —puntualiza—. Por ahora lo que debe hacer es prepararlo todo para revertir el coma, poco a poco, mañana por la noche. Iremos evaluando la respuesta neurológica.

—¿Sin saber si hay derrame…?

—En las imágenes que ya tiene, de seguro se ve eso que necesita.

—De acuerdo. Será como usted diga —responde el doctor— y si sigo sus órdenes, ¿usted asumirá la responsabilidad?

—Si hace lo que yo le digo… sí. Yo la asumo. Pero… poco a poco es poco a poco; porque se trata de una persona PAS[6] ¿Entiende?

—Sí, sí. Una persona altamente sensible—dice, traduciendo la sigla sin pensarlo—. ¡Claro! ¡PAS! —dice en voz alta, cayendo en la cuenta—. Eso explicaría el estrés cada vez que bajábamos la sedación. Y… no se descarta que pueda volver a pasar ¿no? —pregunta, más para sí que para el que está al otro lado del teléfono.

—Eso es —le responde Liceaga.

—Sí. Bien, bien.

—¡Ah! Una cosa más.

—¿¡Qué!?

—Guarde este número de teléfono entre sus favoritos —responde con sarcasmo— porque me tendrá informado de cada cosa que suceda hasta que lleguen los responsables.

—¿Los… responsables? —pregunta Serrano intrigado.

—Sí. Dos personas del equipo saldrán de México hoy en la tarde para allá y le asesorarán en todo momento —aclara.

—Pero… debo informar a mis superiores en el hospital. Dos personas metiendo sus narices por aquí no pasarán desapercibidas para Dirección —comenta él.

—No se preocupe que cuando lleguen, ellos mismos se presentarán al director y explicarán el porqué de su presencia.

—¿Cómo se llaman?

—Lo sabrá cuando lleguen. Aún está por definir.

—De acuerdo —dice Serrano soltando un soplido.

—Pásela bien, doctor.

—Adiós —dice él sin más.

Carlos Serrano corta la llamada y suelta otro bufido.

—Menudo marrón me ha caído encima —exclama en voz alta.

Apoya los codos en la mesa y esconde la cabeza entre las manos, masajeándose la nuca con la yema de los dedos.

Apenas habían pasado unos pocos segundos cuando unos golpes en la puerta le trajeron de vuelta a la realidad.

—Aquí no hay quién pare ni dos minutos —masculla entre dientes.

Sin embargo, se mete los dedos entre los cabellos repeinándose hacia atrás, se masajea el puente de la nariz, se estira la bata hacia abajo y dice en voz alta con resignación:

—Sí, adelante.

CAPÍTULO 7

Mientras Carlos Serrano atendía la llamada del otro lado del charco… en el mostrador de urgencias, el inspector de la Policía Judicial, Líam Ferrero, acompañado de Unai Galiano —que tenía orden de convertirse en su sombra mientras asuntos internos no le reclamara en la comisaría— preguntaba de nuevo por la paciente.

—Buenos días. Policía Judicial —saluda Líam, mostrando su identificación—. ¿Sabría decirme si la paciente que operó ayer el doctor Serrano, Irune —concreta—, sigue en la UCI?

—Buenos días. ¿Solo Irune? ¿No sabe su apellido?

—No lo recuerdo, pero la trajeron ayer con herida de bala y fue directa a quirófano.

—Espere un momento que revise los ingresos.

Unos segundos después de teclear los datos en el ordenador contesta:

—Irune Salazar Arnaiz. Sí, sigue en la UCI.

—Muchas gracias.

Y sin dar opción a que le dijera nada más, se dirigió con paso firme hacia los ascensores que estaban al fondo de la sala de espera. Esta vez, Galiano le seguía de cerca.

Al llegar a la UCI, como la puerta se encontraba abierta, con gente de limpieza entrando y saliendo, se colaron sin más y se acercaron al box número tres. Allí solo había una chica que desde luego no era Irune.

—Hola, ¿podría decirme dónde está la otra joven que había en el box número tres ayer? —pregunta Líam a la enfermera de turno.

—¿Quién lo pregunta?

—Sí, disculpe. Soy Líam Ferrero, inspector de policía —dice, mostrando su identificación. Y él es Unai Galiano, oficial de policía.

—Ah, de acuerdo inspector. El doctor ordenó que la trasladáramos a un box individual.

—¡Claro! Y… ¿dónde es? —pregunta.

—Esa puerta de la derecha, inspector —contesta ella—. Pero deberían hablar antes con el doctor Serrano para que les autorice, porque solo se permite un familiar dentro del box.

—¡Vale! —exclama Líam, torciendo de lado la boca y mostrando fastidio—. Entiendo pues que ya está acompañada.

La enfermera asintió. Ferrero y Galiano volvieron al mostrador de urgencias y pidieron que localizaran al doctor Serrano.

Quince minutos después de haberse perdido por los pasillos de las consultas y los despachos, golpearon la puerta con tres toques esperando que el doctor les indicara que pasaran. Tras unos instantes en los que parecía que no había nadie, se oyó una voz:

—Sí, adelante.

ΔΔΔ

Ferrero abrió un poco la puerta y solicitó permiso para entrar. Tras identificarse, tomaron asiento y pidieron ver el informe de la operación, así como la bala extraída.

—Aquí está todo lo que tenemos: informe y bala; pero… ¿traen la orden para llevárselo? —pregunta Serrano.

—No. En realidad… nos la darán en breve.

—Mmm... Les puedo dejar verlo, pero sin la orden no pueden sacarlo de aquí. ¿Estamos? —dice secamente el doctor, mientras recoge la bolsa con la bala y la guarda.

—Vale, vale. Lo que quiero es que me diga cómo está la chica, que me autorice a verla si es posible y… consultar el informe de la operación, claro está.

—La chica está estable de momento —dice entregándoles el informe—. Le indujimos el coma porque entró en parada dos veces, como pueden ver ahí, y… aún tenemos que hacerle más pruebas —contesta Serrano, sin intención de darles más información que la que tenían entre las manos.

—¿Qué otras pruebas? —se interesa Líam.

—Bueno, rutinarias en estos casos, pero como entró en parada las postergamos para otro momento.

—No hay fracturas, por lo que veo. Solo contusiones múltiples y la herida de bala —dice Líam, señalando algunas partes del informe.

—Pero, ¿por qué está en una hoja suelta y no con el formato habitual del expediente hospitalario? —pregunta Galiano.

—¡Ah! Problemas informáticos que nos están solucionando. Lo de siempre —explica el doctor, quitándole importancia.

—¿No tiene fotos de la herida?

—No. Tenemos una tarjeta SD con el vídeo. Todo fue muy rápido porque había perdido mucha sangre, así que enchufamos la cámara —dice Serrano sin mirarlos.

—Ya. A los de criminalística no les va a hacer mucha gracia —comenta Líam, mirando a su compañero—. Vale, será cuestión de llevárselo y mandar a hacer fotogramas —añade frustrado.

—Sin orden… esto no se mueve de aquí. Es más, ya tienen que marcharse porque estoy muy liado —dice el doctor.

—¿Puedo ver la bala otra vez? —pregunta Líam.

—Sí, claro —dice Serrano resoplando.

Saca de nuevo la bolsa de plástico transparente con la bala y la deposita sobre la mesa de su despacho. El oficial la coge y la mira brevemente.

—Parece un calibre de nueve milímetros —indica Unai, entregándosela al inspector.

—Sí, eso parece. Probablemente de una Glock o una Beretta ¿no? —añade Líam inspeccionándola.

—Sí, son las más fáciles de conseguir —le contesta Unai.

—Habrá que llevarlo a criminalística para que lo investiguen, pero tendremos que encontrar el casquillo.

—Eso sería de gran ayuda —añade Unai.

—Bueno, señores. Siento interrumpir su charla, pero yo tengo que marcharme.

—Ya nos vamos, doctor —dice Ferrero, haciendo ademán de irse —. Estoooo… ¿Nos autoriza a verla en la UCI? —vuelve a insistir en tono de súplica y mirándole a los ojos.

—No. Bueno... está sedada. Tampoco podrían hablar con ella, ¿no? —comenta, tratando de que sus palabras sonaran lógicas.

—No, claro. Pues… si es tan amable de llamarme a este número cuando la despierten… —dice Líam, entregándole una tarjeta con su número de teléfono—. Necesitamos hablar con ella. Ya sabe, por lo de la bala —añade—. ¡Pura rutina en este tipo de casos!

—Bien, estaremos en contacto, señores —dice Serrano—. Voy para Urgencias, así que los acompaño a la salida.

En la entrada, se despide de ellos tendiéndoles la mano y se mete para dentro diciendo:

—¡Menuda semanita de guardias de mierda me espera!

De camino al coche, Galiano y Ferrero se miran un instante.

—¿Quería que nos fuéramos ya mismo o es idea mía? —pregunta Líam.

—Sí, creo que sí —asiente Unai riendo.

—Pues mañana venimos otra vez. Y así hasta que despierte y podamos hacerle unas preguntas —dice, montándose en el asiento del copiloto—. Y ahora, vamos a la comisaría a que recoja mi coche.

ΔΔΔ

Veinticuatro horas más tarde, el inspector Ferrero y el oficial Galiano se personan de nuevo en el hospital con la orden que les permite llevarse las pruebas. Acceden, como ya era costumbre, por la puerta de urgencias y solicitan en el mostrador que localicen al doctor Serrano.

—Buenas tardes de nuevo, doctor —saluda Líam, cuando Serrano se acerca hasta ellos.

—Buenas tardes, señores. ¿Esto va a ser así todos los días? —pregunta, con rostro serio.

—Hoy venimos con la orden para llevarnos las pruebas y, de paso, si ha despertado… —dice Líam.

—Apenas acabo de empezar mi turno. Si no me dejan trabajar no despertará nunca —contesta, bastante enfadado.

—Disculpe, doctor. No pretendemos molestarle más de lo necesario, pero entienda que hay un impacto de bala y debemos investigarlo. Para ello necesitamos hablar con la paciente en cuanto despierte para ver qué recuerda o en qué andaba metida —dice de corrido el ínspector.

—Ya, bueno. Vamos por partes —dice Serrano, intentando serenarse con una honda respiración—. Hoy se llevan las pruebas y mañana hablamos de lo demás. La paciente sigue sedada por necesidades protocolarias.

—Sin problemas —añade él, gesticulando con las manos—. Mañana será otro día, ¿no?

—Esperen aquí y ahora las traigo —Serrano no quería que aquellos dos volvieran colarse en su despacho.

Diez minutos después, el doctor entrega las pruebas al inspector y le hace firmar la hoja de salida del sistema de custodia del hospital.

—Ya nos vamos para que pueda trabajar, doctor Serrano —dice Líam con sorna.

—Eso espero —contesta el doctor de forma seca.

Serrano se dirige hacia su despacho cuando unos «bips» le obligaron a mirar el busca.

«El director le requiere. Sala de reuniones. Urge.»

—¿¡Y ahora qué!? —exclama Serrano, algo más que molesto.

ΔΔΔ

En la sala de reuniones del Área de Dirección le esperaban dos individuos trajeados, aunque sin corbata, junto al director del Centro Hospitalario, doctor Marcos Vera.

—Pasa, pasa —dice Vera, al tiempo que hace gestos con la mano para que entre en la sala, cuando Serrano golpea la puerta de cristal con los nudillos.

—Buenas noches —saluda Serrano.

—Te presento a Derek Salazar Cruz, médico especialista en diagnóstico genético por la Universidad Francisco de Vitoria de

Madrid, con Máster en Genómica Humana de Precisión y diplomado en Genética Aplicada. Según pone aquí, ha trabajado durante años en la prestigiosa Clínica Mayo de Rochester. —Lee Vera, haciendo alarde del prestigio del médico para que, conociendo el humor de Serrano, este no fuera a cuestionarle.

—Mucho gusto —dice Serrano estrechándole la mano.

—Un placer, doctor.

—Y este señor es Edgar Liceaga Estrada, Gerente de CIBION-Mex, que es un Centro de Investigación de Biología Neuronal de México, donde también trabaja el señor Salazar Cruz. Además —dice, ayudándose del currículo que tenía entre las manos—, el señor Liceaga Estrada es experto en Biotecnología y en Redes Neuronales. Su centro realiza investigaciones sobre las EGLGH[7].

—Un gusto, doctor Serrano —Se adelanta Edgar a tenderle la mano.

—Encantado —dice, estrechándosela—. Esa voz… Usted y yo ya hemos hablado antes, ¿verdad? —pregunta.

—Está bueno, doctor. Al final, si quieres que algo se haga, hazlo tú mismo. ¿No dicen ustedes esto por acá?

—Sí, bueno. Lo dijo Napoleón, pero… Si me permite una pregunta… ¿Biotecnología incluye implantes en el cerebro y eso? —le pregunta directo y tajante, con la intención de lanzarle la primera pullita.

—A veces también, pero es un campo mucho más amplio —contesta, sin querer parecer molesto con el comentario.

—Bien, una vez hechas las presentaciones —dice Vera, mirando fijamente a Serrano y apoyando su mano en el brazo de este para que se tranquilizara— estos señores, y su equipo en México, supervisan y hacen seguimiento a un proyecto de edición y modificación genética con CRISPR-Cas9 de la que forma parte Irune Salazar Arnaiz.

—Sí, ya sabe —interrumpe Liceaga, tratando de minimizar el impacto y simplificar el proceso—. Se construye un ARN guía que reconoce la parte del ADN que debemos editar y junto a las proteínas CAS, que hacen de tijeras moleculares, cortamos la

secuencia incorrecta y la sustituimos por la correcta. Por ello, hay que tener un seguimiento —explica, justificando así su presencia allí y atajando las posibles preguntas que Serrano o Vera pudieran estar haciéndose respecto al proyecto—. Sin embargo, un accidente es un tropiezo que podría alterar la buena evolución de la paciente en el futuro, ¿entienden? —concluye, mirándolos a ambos.

—Perfectamente, ¿verdad? —dice Vera mirando de soslayo a Serrano, quien asiente con la cabeza.

Hubo unos momentos de silencio que amenazaban con hacerse incómodos.

—Bueno, Serrano —retoma Vera—. Ellos estarán aquí para supervisar todo lo relativo a la paciente, a la reversión del coma… y harán su seguimiento hasta que se recupere —explica Vera mirándole—. Cualquier duda que puedas tener o cualquier decisión que debas tomar tendrás que consultársela a ellos, que conocen bien a la paciente —continúa el director—. ¿Entendido?

—Es decir que estoy a sus órdenes, ¿no? —dice algo molesto.

—Serrano, un poco de colaboración, por favor. Tú haces tu trabajo como siempre, pero les informas de lo que hagas y, si dudas en algo, ellos estarán ahí para ayudar. ¿No es así, señores? —pregunta Vera mirando a Salazar y a Liceaga, pero sin esperar respuesta.

—¿Y estarán de acá para allá por el hospital? —pregunta el doctor, elevando la ceja y gesticulando con las manos a modo de vaivén—. ¿Qué le explicamos al personal?

—Téngame paciencia, ¿sí? No le molestaremos demasiado, doctor —dice Liceaga—, siempre y cuando se cumplan nuestros requisitos.

—¿Que son…? —quiere saber Serrano.

—No serán muchos; no se preocupe. Se lo iremos diciendo paso a paso —interviene Salazar, que se había mantenido en silencio hasta ese momento—. Y respecto al personal… cuanto menos sepan mejor. Procuraremos ser muy discretos.

—Señores —dice Marcos Vera con ganas de terminar—, si no hay nada más que añadir… les ruego que aclaren lo inmediato respecto a la paciente y dejen que el doctor vuelva a sus ocupaciones.

Antes de levantar la reunión, los dos visitantes dieron las primeras instrucciones al doctor, estando aún presente el director del hospital.

—Si me permite, lo primero que debemos hacer es aislar a la paciente, ¿sí? —dice Liceaga con su ya conocido acento mexicano.

—Tengo entendido que la madre de Irune está en el hospital, ¿cierto? —comenta Salazar.

—Sí, se va por la noche y vuelve por la mañana. ¿Por? —pregunta Serrano lanzando una mirada a Vera.

—Bueno, simplemente es mejor hacer el traslado cuando se haya ido; para evitar que ella ande por medio haciendo preguntas de madre —se adelanta a contestar Liceaga, mostrando una amplia sonrisa tras el comentario.

—Es su madre —apunta Serrano—. Además, la paciente ya está en un box individual —añade de forma seca.

—Sí, pero… ¿con clave de acceso privado? —pregunta Liceaga con cierto retintín.

—No. De esas características… solo hay uno en la planta baja. Junto a los quirófanos —puntualiza Serrano, mirando a Vera.

—Está bueno. Ese lugar parece más discreto —añade Liceaga.

Vera mira a Serrano asintiendo, apenas con un sutil movimiento de cabeza y un cierre de pestañas.

—Así se hará. Daré la orden para que la trasladen —dice el doctor—. ¿Algo más antes de que vuelva a lo mío?

—Sí, por favor. Debe revertir el proceso esta noche; pero muy lentamente. Ya sabe… —comenta Salazar.

—Sí, ya sé. Es una PAS.

—Eso es, doctor. Persona Altamente Sensible —dice, remarcando cada una de las palabras—. Podría sufrir otra parada si se hace de golpe o se le somete a más estrés. No sabemos lo que ha vivido en los últimos días para acabar aquí, ni si tuvo tiempo de gestionar algo de lo sucedido —comenta del tirón.

—Señor Salazar. No sabrá usted algo que yo deba saber también, ¿verdad? —dice Serrano algo suspicaz.

—No, qué va —añade, esbozando una sonrisa para disminuir la tensión que parecía flotar en el ambiente—. Apenas llevo unas horas

en el país —responde con sorna Derek.

—Por cierto, si la despertamos… la policía querrá hablar con ella —añade Serrano—. Han venido cada día, de forma insistente, para ver si la podían interrogar.

—Tranquilo, doctorcito. Primero nos aseguramos de que esté bien y luego dejaremos que la policía haga su trabajo. ¡Todo a su tiempo! —interviene Liceaga.

La reunión parecía terminar y los visitantes, Salazar y Liceaga, se pusieron de pie para seguir al doctor al box con clave cifrada.

Serrano, por su parte, no sabía exactamente por qué, pero no se fiaba en absoluto de que aquellos dos estuvieran siendo completamente sinceros. El tono de la voz, sus forzadas sonrisas, la forma en que dejaban las preguntas sin una respuesta clara… Había algo que le escamaba en todo aquello, pero no sabía exactamente qué.

Vera, a su vez, también sintió algo de reticencia ante lo que estaba oyendo sobre hacerlo sin informar a la madre; así pues, elevando un poco la voz, dijo:

—Señores, les ruego que vuelvan a sentarse. Tengo que pedirles una cosilla para quedarme más tranquilo.

CAPÍTULO 8

En las dependencias de la Policía Judicial, el comisario Raúl Gómez recibe la llamada que esperaba de la Unidad de Asuntos Internos.

—Buenos días. ¿Comisario Raúl Gómez?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy el comisario Cuevas, de la Unidad de Asuntos Internos de la Dirección General de la Policía.

—Mucho gusto, comisario. Usted dirá.

—Hemos recibido el caso de Líam Ferrero Robles.

—Sí, yo mismo lo cursé hace un par de días.

—¿El inspector Ferrero sigue en activo?

—Hasta nueva orden sí, aunque lo aparté del servicio por precaución. Lo mandé a casa un par de días hasta ver qué decidían ustedes —comenta Gómez—. La verdad… es un adicto al trabajo y suele pasarse por aquí a ratos. No obstante, desde el accidente, ha estado acompañado en todo momento por el oficial Galiano para evitar que se meta donde no debe.

—¿Un inspector vigilado por un oficial?

—Lo siento, pero andamos faltos de personal y están todos ocupados. Son compañeros y…

—Pues haga el favor de comunicarle al señor Ferrero Robles la suspensión cautelar —le interrumpe—. De momento recójale la placa y el arma. Mañana enviaré al inspector jefe Óscar Santos y al inspector Adrián Salas para que se ocupen del interrogatorio —relata el comisario de la UAI.

—Así lo haré, comisario. ¿Le digo que venga mañana?

—Sí, por favor. Espero que este asunto se resuelva rápidamente. Yo tampoco ando sobrado de efectivos como para perder una semana con un atropello —responde Cuevas.

—Perfecto. Que pase un buen día —concluye Gómez, cortando la llamada sin esperar respuesta de su interlocutor.

Acto seguido, Gómez marca el teléfono de Líam directamente, por la confianza que tenían, para comunicarle oficialmente la suspensión.

ΔΔΔ

Esa misma tarde, Líam se persona en comisaría para entregar sus credenciales y charlar con Gómez.

—¿Se puede, comisario? —dice, asomando la cabeza por una rendija entreabierta de la puerta del despacho del comisario.

—Déjate de vainas, Líam. Pasa y cierra.

—Qué pasa, Raúl —dice, ya menos comedido, en cuanto cierra la puerta—. Estoy suspendido, ¿no?

—¡Tú verás! Tenía que haberte suspendido antes y evitar que fueras por el hospital con la orden para recoger la bala —dice el comisario.

—No saldrá de aquí —quiere tranquilizarle Líam—. Iba Galiano conmigo. Además, no tenemos gente como para andarnos con remilgos.

—Ya, pero le he dicho que te había mandado a casa dos días y que te pasabas por aquí a ratos para ver si Asuntos Internos decía algo, ¿estamos?

—Claro, jefe —responde—. Ahora aviso a Galiano y arreglado.

—Ya, bueno. Está claro que el disparo no era tuyo, pero no está tan claro que no hubieras podido frenar antes de que se te echara encima —dice el comisario, apoyando el pulgar en una de las sienes y restregándose la frente con los cuatro dedos restantes.

—Joder, Raúl, me pongo en tu lugar; pero no sé qué decir para que me creas —comenta—. Cuantas más vueltas le doy… a mí también me asaltan dudas. Sin embargo, voy a defender mi inocencia hasta el final.

—Ya está hecho. Lo peor es que si te amonestan… no tengo gente, ¡coño! —exclama el comisario irritado.

—Bueno, jefe. Vamos a ser positivos —responde Líam, levantándose para marcharse.

—Mañana aquí sobre las nueve, que no sé a qué hora vendrán estos.

—¿Los conoce, jefe? —pregunta de espaldas, con la puerta entreabierta, antes de marcharse.

—No. Un tal Óscar Santos, inspector jefe de la Unidad y otro inspector llamado… Adrián Salas —concreta, mirando los nombres que había anotado.

—Pues tampoco deben tener a nadie porque demasiado jefe para tan poca chicha —dice riendo, girándose hacia el comisario de medio lado.

—Ya, Líam, pero hay disparo de bala y hasta que no salgan los resultados de balística, y te exoneren oficialmente, el caso lo requiere —contesta el comisario.

—Pues tranquilo, jefe, que ya verá que no es para tanto —comenta Líam, intentando quitarle hierro.

—¡Eso espero, hijo! ¡Eso espero!

ΔΔΔ

Sobre las diez de la mañana, Óscar Santos y Adrián Salas entran en la comisaría y se dirigen directamente al despacho del comisario Gómez. Tras unos golpes, entreabren la puerta y Santos, como inspector de mayor rango, pregunta:

—¿Se puede?

—Sí, adelante. Les estaba esperando. Tomen asiento —dice, señalando con la mano las butacas que había delante de la mesa.

Tras las presentaciones, se mostraron deseosos de entrar en materia y depurar responsabilidades lo más pronto posible.

—¿Ha llegado el inspector Ferrero?

—Sí, andaba por aquí. Ahora mismo le hago venir.

—¿Tienen una sala de reuniones donde podamos instalarnos?

—Sí, bueno; la sala de briefing, que hace también las veces de sala de descanso —contesta Gómez—. Yo mismo les acompaño

mientras dan aviso al inspector Ferrero —añade solícito.

Al salir del despacho, seguido de los de Asuntos Internos, todos los presentes miran de reojo a los visitantes.

—Galiano, ¿dónde está Ferrero? —dice el comisario entre dientes, al pasar junto al oficial.

—Ha ido al servicio, jefe.

—Pues dile que acelere que le esperamos en la sala de briefing —replica.

—Enseguida, jefe.

—Cortázar, ¿tenemos el informe de balística del caso Irune Salazar?

—Acaban de llamar. Ahora lo suben —responde este.

—Cuando llegue, llévalo a la sala de briefing.

—Sí, comisario.

—Síganme, caballeros —dice Raúl Gómez, dirigiéndose a los de Asuntos Internos, que se habían detenido mientras el comisario hablaba con sus subordinados.

ΔΔΔ

La sala de briefing olía a café recién hecho. Gómez les ofreció una taza, que ellos rechazaron. Seguidamente, él mismo se encargó de echar las cortinas para preservar la intimidad del interrogatorio y evitar las miradas curiosas.

El inspector jefe de la UAI[8], Óscar Santos, y el inspector Adrián Salas se sentaron en una mesita que se hallaba sobre una pequeña tarima elevada. Líam Ferrero entró sin llamar, saludó y se acomodó en una de las múltiples sillas que se alineaban frente a ellos, un escalón más abajo. La sola presencia de aquellos dos, mirándole desde lo alto, hizo que Líam comenzara a ponerse nervioso.

El incómodo silencio reinante se vio interrumpido por el subinspector Jaime Cortázar, que entregó el expediente de balística al comisario y salió de la sala.

—Señores —dice Gómez, entregando a su vez la carpetilla a Santos—. Como ven acaba de llegar y desconozco los resultados.

—Permítanos. —Santos extiende la mano—. Ahora se lo devolvemos.

Los enviados de la UAI abren la carpeta y leen las conclusiones por turnos, si bien el inspector jefe subraya en voz baja a su compañero los detalles más relevantes del informe.

—El Anillo de Fisch es incompleto —lee, señalándole con el dedo el párrafo correspondiente a su compañero—. Media luna. Indica disparo en ángulo oblicuo desde arriba. La bala entra con trayectoria descendente. Distancia… media o larga —continúa, indicándole unas líneas más abajo y saltándose algunos párrafos.

—Desde un tejado o ventana —apunta Salas, bajando la voz.

—Tampoco parece un ajuste de cuentas común y corriente —comenta Santos al compañero, como fruto de su reflexión.

—Bien, comisario —concluye de nuevo Santos—. El señor Ferrero queda exonerado del disparo. Ahora, si es tan amable de dejarnos a solas…

En ese momento, Salas alarga la mano, entregándole el informe de balística al comisario Gómez.

—Sí, claro. Avísenme si necesitan algo. Estaré en mi despacho — Y recogiendo la carpetilla, sale de la sala echando un último reojo a Líam.

Una vez a solas, el inspector jefe comienza tratando de tranquilizar al inspector Ferrero, visiblemente nervioso, aunque manteniendo un tono neutro.

—Inspector Ferrero; este interrogatorio será una parte crucial en la investigación, pero únicamente busca esclarecer las circunstancias del atropello y no su conexión con el disparo. Así pues, intente tranquilizarse.

—De acuerdo, señor. Lo intentaré, aunque es la primera vez que paso por esto —dice con franqueza.

—Dicho esto, sepa que estamos entrenados para detectar inconsistencias o intentos de ocultar información —explica Santos.

Ferrero asiente con la cabeza y cruza brazos y piernas en una inevitable actitud defensiva, que no pasa desapercibida para el inspector Salas; experto en comunicación no verbal.

La tensión que flota en el aire casi se puede cortar y los silencios, junto a intensas miradas penetrantes, que parecen desnudarle el alma, no ayudan a que Líam se tranquilice.

—Queremos que nos cuente, con el máximo de detalles, lo que sucedió antes, durante y después del atropello —solicita Santos—. El objetivo no es otro que el de determinar si actuó con negligencia o si el accidente fue inevitable, dada la situación —concluye.

Líam relata, con el detalle solicitado, lo que recordaba de aquel día desde que salió de su casa, en la misma localidad del atropello, hasta que llegó la ambulancia. Luego, comenzaron las preguntas.

—¿En qué momento percibió que la víctima cruzaba la calle, inspector Ferrero?

—Ya digo que la calle estaba despejada y… casi cuando iba a cruzar por el paso de cebra elevado apareció por la derecha. Impactó primero en el faro y golpeó luego con su cuerpo en el capó. Todo sucedió muy rápido y casi al mismo tiempo. Luego he pensado que se debió doblar por el impacto y caer sobre el coche al tiempo que yo pasaba.

—Inspector Ferrero, le rogaría que a partir de ahora se abstenga de hacer conjeturas. Déjenos eso a nosotros ya que ese es precisamente nuestro trabajo —le reprende, con rostro severo, el inspector jefe.

—Sí, señor. Disculpe.

—¿Qué le distrajo exactamente, cuando memorizaba la matrícula? —pregunta Salas.

—Bueno; como he comentado, aquel coche me adelantó a toda velocidad, dando un salto en el paso de cebra; que es tipo badén. Eso me pareció conducción temeraria —contesta Líam.

—Pero, ¿se distrajo entonces unos momentos? —insiste Santos.

—No puedo decir que me distrajera, señor. Miré el adelantamiento, pero en ese momento yo no había llegado aún al paso de cebra.

—¿Por qué decidió concentrarse en ese coche en lugar de en el badén? —continúa el inspector.

—Como la calle estaba vacía, solo me llamó la atención el adelantamiento y el salto que dio; precisamente en un paso peatonal

reductor de velocidad.

—Pero, aun así, continuó mirando al coche, intentando memorizar la matrícula, en vez de mirar al paso de cebra que ya sí debía tener usted encima ¿no? —insiste Santos.

—Pero… porque no había nadie en mi ángulo de visión. Estaba despejado.

—No muy despejado porque, de hecho, atropelló a la víctima. ¿No es cierto? —Santos vuelve a incidir en aquel detalle y continúa —. ¿En qué momento percibió que la víctima cruzaba la calle?

—Verla y el golpe fueron uno. Se me echó encima en décimas de segundo y no sé de dónde salió. Seguro que de alguna puerta próxima.

—¿Sabe si hay cámaras en la zona? —pregunta inmediatamente.

—Hay una al principio, pero no sé si captará algo a esa distancia. Esto era como a mitad de la calle.

—¿Ha visto ya las imágenes, inspector?

—No. El comisario Gómez me mandó a casa un par de días hasta que hablara con ustedes.

—Sí, pero nos han informado que usted venía por aquí a ratos —dice Santos, haciéndole saber que había hecho su trabajo—. Sigamos, inspector. ¿A qué velocidad estaba conduciendo? ¿Lo recuerda? —pregunta Salas.

—Está señalizado a 20 km/hora.

—Le ruego, inspector, que conteste a la pregunta —dice Santos —. ¿Recuerda a qué velocidad estaba conduciendo?

—Creo que debía ir a la velocidad indicada porque uno siempre coge despacio un paso de cebra elevado, pero no miré exactamente el cuentakilómetros, si es a lo que se refiere —comenta Líam.

—Señor Ferrero; estamos intentando evaluar si fue una distracción razonable o si hubo negligencia —explica Santos.

—Yo no iba rápido y lo cierto es que frené en seco en el momento en que la víctima golpeó el lateral. Fue todo muy rápido, pero ya había frenado cuando su cuerpo rebotó en el capó y rodó hacia el suelo.

—¿Recuerda entonces dejar de mirar la matrícula para mirar al paso de cebra? —quiere matizar Salas.

—Podría jurar que sí.

—Inspector, esto es sencillo. ¿Sí o no? —dice Santos.

—Mmm, a ver —titubea Líam, agobiado por la presión a la que le estaban sometiendo—. El vaivén de los ojos de lejos a cerca es de décimas de segundo, pero creo que sí. Volví los ojos al paso de cebra y en ese momento la vi impactando en el faro derecho y pegué el pisotón. Una vez parado sentí el rebote en el capó, pero insisto que fueron segundos entre un golpe y el otro.

—¿Cree que podría haber evitado el accidente?

—Pues… la situación fue tan repentina que no creo que pudiera haber hecho nada para prevenirlo. Literalmente se me echó encima y frené en seco.

Pararon un momento para terminar de tomar sus notas antes de cambiar de tercio.

—Sobre el disparo a la víctima, ¿en qué momento se dio cuenta de que la mujer tenía un impacto de bala?

—Pues, como les expliqué antes, con la mano derecha separé un poco el hombro de la víctima para tomarle el pulso con el índice y el anular apoyados sobre la carótida, justo bajo la mandíbula. Y… fue cuando cogí el móvil para llamar cuando vi mis dedos con sangre.

—¿Es usted diestro? —pregunta el inspector Salas, dispuesto a cogerle en una contradicción.

—Zurdo, señor. Por eso tomé el pulso con la mano izquierda —contesta, percatándose de la intención de la pregunta.

—¿Con qué mano sostiene el móvil, señor Ferrero?

—Con la derecha; para marcar con la izquierda.

—Y ¿dice que el teléfono estaba manchado de sangre?

—Sí, señor.

—Pero marcó con la izquierda y la mano manchada era la derecha. ¿Cuándo vio la sangre en el móvil?

—Es que llevo el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y no hay otra forma de sacarlo que, con la mano derecha; para luego marcar con la izquierda. Para mí es lo más cómodo.

El inspector Salas se limita a asentir y a tomar nota de aquello. Luego, continúa con el interrogatorio.

—¿Cree que podría haber influido el disparo en la caída de la mujer sobre el capó de su coche? —pregunta ahora Santos.

—Totalmente. La víctima recibió el disparo e impactó contra el faro, para caer luego sobre el capó. Al recibir un impacto en el hombro izquierdo uno tiende a levantar el hombro, lo que hace que caiga de frente sobre el capó y ruede hasta el suelo.

—¿Es usted también analista, señor Ferrero?

—No, señor. Disculpe. Es que aquí somos pocos y trabajamos codo a codo con la analista. Estoy harto de verlo.

—¿Y en el suelo, también cayó boca abajo? —pregunta Salas, queriendo de nuevo pillarle en alguna incoherencia.

—No. Cuando salí del coche, para ver cómo estaba, la encontré de lado. Entonces le aparté el hombro un poco para tomar el pulso en la arteria y es cuando debí mancharme de sangre —contesta.

Salas no dice nada más al respecto. Se limita a tomar notas de nuevo.

—Entonces, ¿usted cree que cuando impactó contra su coche ya le habían disparado? —quiere saber Santos.

—Yo diría que sí. Cruzó siguiendo el impulso que llevaba, pero todo indica que lo hizo sin mirar.

—¿La culpa, entonces, fue de ella? —pregunta de nuevo, aunque de forma capciosa.

—Bueno, no fue culpa de nadie. Fue un cúmulo de circunstancias. Además, habrá que ver las imágenes de la operación y la trayectoria de la…

—Inspector Líam Ferrero, ¿nos está diciendo cómo tenemos que hacer nuestro trabajo? —le interrumpe Santos.

—No, señor.

Tras unos segundos de incómodo silencio, Óscar Santos hace dos últimas preguntas.

—¿Cómo se sintió en ese momento en el que se dio cuenta de que acababa de atropellar a alguien? —interroga.

—Bueno, lo primero fue asustarme. ¡Lógico! Aunque he visto de todo, no suelo ir atropellando gente. Pero cuando vi el disparo me quedé algo más tranquilo, porque eso planteaba varias circunstancias además del atropello.

—Después de que llegara la ambulancia usted decidió seguirla.

—Sí. Fui tras la ambulancia y me aseguré de que la víctima quedaba bien atendida.

—¿Se encontraba en condiciones de conducir?

—Pues sí. Había pasado un rato cuando vino la ambulancia y, además, yo pensaba más en el disparo que en el atropello en sí.

—De acuerdo, inspector Ferrero. Eso es todo de momento. Ahora vamos a valorar el resto de pruebas y, si nos queda alguna duda, le llamaremos.

Líam asiente con la cabeza y se levanta para irse. Al llegar a la puerta, el inspector jefe le pide que llame al comisario Gómez.

El interrogatorio generó en Líam bastante tensión y le impactó emocionalmente hasta el punto de comenzar a dudar de si era o no culpable, o de si pudo o no haberlo evitado. De alguna forma, había empezado a plantearse que era responsable del accidente; aunque ciertas circunstancias, como el disparo, no estuvieran bajo su control directo. Avisado por Líam, el comisario Gómez se presenta en la sala.

—¿Qué tal ha ido, señores?

—Aún no podemos decirle nada —comenta Santos—. Muy al contrario, necesitamos ver con usted las imágenes de la cámara que parece que hay al principio de la calle. Y… tráiganos una copia del informe de balística, para cotejarlo con las fotos o el vídeo de la intervención quirúrgica; así como las visitas e interrogatorios a los vecinos de la zona que, supongo, ya habrán hecho, ¿no?

—Sí. Lo tenemos todo. Si me acompañan al despacho les muestro las imágenes de la calle y les entrego copia de lo que tenemos del caso.

ΔΔΔ

Tras el interrogatorio, y el visionado de las cámaras de seguridad de la calle del accidente, se llevaron toda la información a la sede para tratar de reconstruir la cronología de los hechos, analizar la trayectoria de la bala, averiguar si el disparo se hizo antes o después

del atropello y comprobar las declaraciones de los testigos de la calle.

Trabajaron hasta altas horas de la madrugada para llegar al fondo del asunto y no dejar ningún cabo suelto que pudiera inclinar la balanza hacia una inhabilitación por accidente imprudente.

Al fin llegaron, por consenso, a la conclusión de que la versión del inspector parecía consistente y estaba en coherencia con las pruebas analizadas.

A media mañana, comunicaron al comisario Raúl Gómez, de manera oficial, que el informe era favorable. La Unidad de Asuntos Internos exoneraba a Líam Ferrero Robles y determinaba que, a tenor de las pruebas examinadas y del interrogatorio realizado, el accidente fue una combinación de circunstancias desafortunadas, sin negligencia grave por su parte.

A partir de ahí, cedían los análisis realizados sobre la trayectoria de la bala y sobre el ángulo y la altura del disparo al comisario Gómez; por si fuera de utilidad para adelantar en la resolución del caso en sí. Nuevamente, el asunto quedaba en manos de la comisaría del distrito.

CAPÍTULO 9

Izel Arnaiz había pasado los dos primeros días en la UCI, sin separarse prácticamente de Irune. Aunque se iba de noche al apartamento de su hija, no era capaz de dormir. Se duchaba, se recostaba en el sillón cama sin abrirlo y, harta de dar vueltas buscando la postura, volvía al hospital de madrugada.

Como doctora, estaba acostumbrada a trabajar duro y a hacer muchas guardias nocturnas, pero para una persona de cincuenta y ocho años, tantos excesos —unidos a la extrema preocupación que sentía por su hija— empezaban a pasarle factura.

Comía poco, pegaba alguna cabezada más a lo largo del día en la incómoda butaca que estaba junto a la cama y hablaba con su hija como si la escuchara.

—Hija, estoy aquí; a tu lado. Sé que puedes oírme. No me preguntes por qué, pero lo sé —decía, acariciando la mano de su hija.

»Hija, ¡lo siento tanto! Tantas malas decisiones que tomé… Era joven, ambiciosa, quería llegar tan alto… No me juzgues, cariño. Cuánto daría por contártelo todo; pero no puedo. Bueno, no debo. Me duelen tantos secretos guardados entre nosotras… Si se enteran de que estás aquí, que lo harán, no sé en qué acabará todo esto —continúa diciendo, con los ojos llenos de lágrimas, mientras se aferra a la mano de Irune.

»¿Y Sasha? No ha pasado por aquí en estos días. Trabajaba en seguridad, ¿no? —pregunta, como si fuera a contestarle—. No sé, hija. ¿Y si es uno de ellos? Nunca te he dicho nada, pero las dos veces que lo he visto no me dio buena espina —dice, expresando en voz alta sus sospechas—. Bueno, no me hagas caso. Seguro que todo irá bien. Cuando despiertes, tendremos una conversación sincera y… creo que… Sí —afirma, decidida—, creo que te lo contaré

todo. Espero que puedas entenderlo. ¡Juntas haremos un equipo frente a ellos!

Tras un largo silencio, mira el reloj que lleva en la muñeca. Levantándose, se inclina sobre Irune y le acaricia la mejilla con la mano.

—Irune, me voy a marchar; pero en cuanto me despierte vengo a verte —dice.

Dándole un beso en la frente se despide de ella, coge su bolso y sale del box.

Eran ya las nueve de la noche. Izel estaba cansada y destemplada. En aquella sala hacía frío. Su hija seguía sedada y aún no sabían cuándo podrían revertir el proceso, así que aprovechó para irse a intentar dormir en una cama unas horas del tirón.

ΔΔΔ

El taxi la dejó delante del portal. Pagó la carrera y se bajó. Estaba parada junto a la puerta, buscando la llave en el bolso, con el pie apoyado en el escalón, cuando el conserje encendió la luz desde el interior y acudió a abrirle.

—Julián, buenas noches. No esperaba que estuviera trabajando hasta tan tarde. ¿A qué hora termina usted?

—Buenas noches, señora Arnaiz. Acabo a las ocho, pero en realidad estaba pendiente por si la veía aparecer. Desde que murió mi mujer, algunas veces me quedo aquí en un catre que tengo en la portería.

—Pues… voy a intentar dormir un rato. Mi hija sigue sedada y yo estoy muerta. Pero… ¿dice que me esperaba?

—Sí, señora. Me preguntó el otro día si había venido alguien al apartamento y quería avisarle de que esta misma mañana vino ese… Sasha, el novio de su hija.

—Ah, y… ¿dijo algo? ¿preguntó algo?

—No, señora. Yo tampoco dije nada, porque ni me habló. Subió, estuvo como diez minutos y se fue.

—Bueno, pues aquí tiene una tarjeta con mi número de teléfono. Si le vuelve a ver, haga el favor de decirle que me llame. Él no debe tener mi contacto.

—Descuide señora. ¡Si lo hubiera sabido antes…!

—Está bien, Julián. No se preocupe —añade Izel antes de dirigirse al ascensor.

—¡Ah! —dice volviendo sobre sus pasos—, tome… guárdese esta otra por si usted necesitara contarme algo.

Entonces, siendo cortés, Julián se acercó a abrirle la puerta del ascensor para que ella entrara.

Una vez arriba, Izel echó una ojeada a la entrada y luego al saloncito. Dejó rodar sus ojos trescientos sesenta grados por la estancia. Aparentemente, todo parecía en orden. Nada fuera de su sitio. Ninguna nota. Nada que llamara la atención.

Fue a la habitación de matrimonio, hizo un nuevo barrido ocular, y se dispuso a darse una ducha. Mientras dejaba el agua correr hasta que saliera caliente, volvió al salón para abrir el sofá cama. No quería dormir en el cuarto de su hija sin saber si el novio había dormido entre aquellas sábanas recientemente. Aunque no le gustara demasiado el chico, era una mujer moderna y contemplaba la posibilidad de que durmieran juntos; aunque Irune nunca lo comentó.

Al retirar los cojines, apareció el bolso de su hija. Lo cogió, lo miró y frunció el ceño, extrañada.

—Este bolso no estaba en el sillón estos días. Me lo habría clavado en los riñones alguna de las noches anteriores. ¿Ha venido a traerlo y no se ha pasado por el hospital? ¿No sabe que está ingresada? —se pregunta, en voz alta—. No deben hablar mucho.

«Me llamaron desde el teléfono de Irune y eso es porque no tenía su bolso con la documentación», piensa. Nunca saldría a la calle sin bolso. ¿Por qué lo tenía Sasha? ¿Se lo dejaría en el coche? ¿En su casa? Quizá salió a toda prisa y se lo… ¿Habrán discutido? —Su mente sigue parloteando.

Entonces, lo abre y mira en su interior. Ahí estaba la documentación y un manojo de llaves.

—Imposible que saliera sin las llaves. Decididamente… esto es lo que Sasha ha traído —dice para sí—. ¿La llamó? Y si la llamó para decírselo, ¿no le extrañó que no cogiera el móvil? —sigue elucubrando.

»No, no, no. Si hubiera llamado, lo habrían cogido en el hospital. Se habría enterado entonces de que estaba ingresada… —Mientras se ducha, sigue dando vueltas al asunto—. Y… ¿no le pareció raro que dos días después no echara de menos las llaves para entrar en casa? ¡Ya! Julián tiene una copia, pero… No sé qué pasa aquí. Todo es muy raro —sigue murmurando mientras se seca la cabeza con la toalla.

A esas alturas Izel tenía claro que, fuera lo que fuera, todo era bastante sospechoso y Sasha tenía seguramente muchas cosas que contar al respecto.

CAPÍTULO 10

En la comisaría del distrito, todo parecía haber vuelto a la normalidad tras la visita de la UAI. El comisario Gómez llamó a Líam y a Unai a su despacho. Cuando los tuvo frente a él, soltó de un golpe sobre la mesa el informe de balística, al que aún no habían tenido acceso.

—Chicos, aquí tenéis.

—¡Por fin! —exclama Líam, estirando el brazo para coger la carpetilla verde.

—He adjuntado la parte de investigación que me dieron Santos y Salas sobre la inclinación, trayectoria y ángulo del disparo, para que investiguéis en las casas de alrededor que tengan posibilidades —añade Gómez, mientras el inspector y el oficial echan un vistazo a las tripas del informe.

—Mmm, calibre nueve milímetros. ¡Estaba claro! —exclama Líam, al tiempo que señala el dato con el dedo—. ¿Glock o Beretta? —pregunta, levantando la cabeza para mirar al comisario.

—Sigue leyendo —añade el comisario, al tiempo que hace un movimiento de cabeza para instarle a seguir.

—¡Vaaaaleee! En Balística han probado con las que tienen y dicen que probablemente es una Glock de 9 x 19 —lee Líam, mientras rueda el dedo por las líneas del documento.

Ferrero continúa leyendo y pasándole las páginas leídas a su compañero.

—Criminalística dice que el culote no presenta nada que indique marca —continúa—, podría venir del mercado negro.

—Galiano —dice el comisario—, lee el informe de las heridas que analizó la UAI.

—¡Eh! ¡Qué fieras! —interrumpe Líam—. Han sacado los fotogramas del vídeo de la operación, je, je.

—Por la morfología de las heridas, estamos ante un disparo oblicuo, de trayectoria descendente. Según se aprecia por el anillo de Fisch incompleto, al atravesar la piel han quedado residuos oscuros alrededor de la herida, en una entrada en forma de medialuna —lee textualmente y en voz alta el oficial.

—Aquí dice… distancia media o larga, desde un tejado o una ventana —remarca Líam asomándose al texto de su compañero.

—Mmm, bla, bla, bla… Finaliza diciendo que no parece un ajuste de cuentas.

—Sí. Eso le oí decir al inspector jefe antes de empezar el interrogatorio.

—Bueno, chicos. ¡Ya está bien de literatura! Poneos manos a la obra —dice el comisario, dando un par de palmadas al aire para que espabilaran—. Ahí lo tenéis todo—. Llevaos al perito forense y que os ayude a determinar la posición del tirador con lo que tenéis y… ya sabéis: casquillo, cotejar las declaraciones de los vecinos que tenemos con las nuevas pistas… ¡A ver qué me traéis!

Inspector y oficial se ponen en pie para marcharse. Mientras Galiano se adelanta para avisar al forense, Líam se para en la puerta y, antes de cerrarla, se vuelve hacia el comisario.

—Raúl, a última hora me pasaré por el hospital a ver si ya despertó la chica, ¿te parece?

—Sí, hijo —comenta Raúl cariñosamente—. Ve y luego me cuentas.



Al llegar a la calle donde se produjo el accidente, el perito hizo sus averiguaciones. Ayudado de un medidor de trayectoria láser, un ordenador con software de reconstrucción 3D y una cámara de fotos especializada, logró realizar la fotogrametría con las imágenes de la zona y recreó la escena con la trayectoria y el punto del impacto.

Extrayendo la información de la declaración de Líam Ferrero, y tras cotejar las marcas de rodada y frenada del vehículo, que aún se observaban en el pavimento, con el informe de la UAI, el simulador

localizó dos posibles posiciones desde las que el cuerpo de la víctima pudo sufrir el impacto de bala; dando como resultado una morfología de herida similar: «entrada en oblicuo, descendente, con resultado de medialuna, según el rastro analizado del anillo de Fisch».

—¡Vale! Buscamos altura pues —dice Galiano.

Tras echar un vistazo a las viviendas, Líam comenta:

—No hay buhardillas, por lo que descartamos el tejado. Amplía la búsqueda a cien metros y distancia media.

—Sí. Las dos posibilidades son esas ventanas de la acera impar —señala el perito—. Se hallan muy cerca, pero al ser viviendas pareadas son de casas diferentes.

—Vale, me cuadra.

—Ahora, si el disparo salió de la ventana de la izquierda —continúa mirando en su ordenador la recreación de la escena —, le daría en el hombro y la víctima se inclinaría en el propio paso de cebra. En ese caso… los rastros de la frenada del vehículo coincidirían con el instante del impacto en la zona del faro y luego su cuerpo golpearía en la parte final del capó antes de caer delante del coche.

—Ya. ¿Y la otra opción? —pregunta Galiano.

—Ahora voy con ella. Si el disparo salió de la vivienda de la derecha… ¡Mirad aquí! —les dice—. La víctima estaría empezando a cruzar y el coche impactaría con el faro en el mismo momento en el que la víctima recibía el disparo. Luego, caería abatida por la bala… sobre el capó y de ahí rodaría al suelo —continúa señalando el experto en las imágenes del ordenador, que utilizaban la realidad ampliada para reconstruir los hechos *in situ*.

—¡Vale! Ambas posibilidades se corresponden con un disparo en oblicuo de trayectoria descendente ¿no?

—Sí. Y la dispersión del anillo es mínima. En ambos casos dejarían el rastro indicado de medialuna. Pero…

—Pero… ¿qué? ¡Acaba de una vez!

—Pues… que la opción de la ventana de la vivienda de la derecha creo que coincidiría más con la versión que sostenía usted en su declaración, de cómo golpeó la víctima en el capó y de cómo

rodó —comenta, dirigiéndose a Líam, al tiempo que hojea los papeles de la declaración en busca del dato.

—Bien —le dice Líam a su compañero—. Por pequeña que parezca la diferencia debemos investigar las dos posibilidades y tomar declaración de nuevo a todos los que viven en estas casas. ¡Tampoco son tantas opciones!

—¡Empecemos! —dice Galiano, frotándose las manos.

Se acercan al número setenta y siete. Llaman varias veces al timbre hasta que les abre un matrimonio de mediana edad. Sin embargo, tras tomarles declaración, comprueban que tienen coartada. Habían estado en Madrid aquella tarde viendo una obra de teatro. Compraron las entradas por internet y aún las guardaban en el móvil.

—Al ser desde alguna de esas dos ventanas… el casquillo estaría en el jardín delantero o junto a la puerta de entrada a la vivienda —comenta el inspector Ferrero a su compañero en voz baja.

Aunque nada hace suponer que sean ellos, solicitan permiso para inspeccionar la zona ajardinada en profundidad, como parte del protocolo, y ellos consienten.

Luego se acercan al chalet setenta y nueve y llaman, de forma insistente, al telefonillo. Nadie responde. No hay declaración previa por no haber nadie en el domicilio la primera vez, dice el informe. Tampoco ahora parece haber movimiento alguno en la casa.

Acto seguido, hablan con el matrimonio del número ochenta y uno, por si habían visto algo raro en los últimos días en la vivienda colindante.

—Cualquier cosa nos serviría. ¿Han oído ustedes discusiones o algo que pueda resultar relevante para la investigación?

Averiguaron algunas cosillas como que el inquilino de la casa era un joven de unos treinta o treinta y cinco años, que trabajaba en una empresa de seguridad, que era poco comunicativo y que vivía allí desde hacía un par de años.

Tanto los de la vivienda setenta y siete, como los de la ochenta y uno, coincidieron en decir que tenía una novia de unos treinta y tantos, que solía venir los fines de semana, que eran muy reservados y que hacían poco ruido. Pero ninguno de los dos vecinos

estuvieron allí la noche del accidente, para poder identificar a la chica. Uno de ellos se ofrece, a sugerencia de Líam, a ir a comisaría para que el experto fisionomista de la Unidad haga un retrato robot, con inteligencia artificial, que pueda ayudar a identificarlo.

Mientras el oficial Galiano termina con las declaraciones, Líam se aparta un poco de su compañero y llama a comisaría.

—Hola, soy Ferrero —dice al primero que coge la llamada—. Avisad al «dibujante». Galiano va para allá con uno de los vecinos para dar la descripción del presunto tirador y novio de la chica del hospital.

—Enseguida lo aviso —responde el compañero al otro lado de la línea telefónica.

En ese momento, sale Galiano con el vecino y se dirigen al coche.

—Ya están preparados en comisaría —le comenta Líam a su compañero—. Vamos para allá y le dices a Gómez que me has dejado en el hospital. Mientras el testigo está con el experto vuelves a recogerme —añade—. A ver si ya está despierta la bella durmiente y podemos interrogarla por fin.

CAPÍTULO 11

En el Gregorio Marañón, la reunión que parecía llegar a su fin se volvía a reanudar por orden de Vera. La petición expresa de aprovechar el momento en el que la madre de Irune se marchara para realizar el traslado al box cifrado provocó ciertas suspicacias en el director del hospital; quien, para cubrirse las espaldas, solicitó a los visitantes un documento que justificara que la paciente formaba parte de un proyecto cuyo seguimiento vitalicio estaba a su cargo —como sostenían— y que contaban con el consentimiento de ambos progenitores.

En ese momento, Liceaga habló con alguien en la sede mexicana y, en apenas diez minutos, entró al correo electrónico de Serrano —por ser el que tenían—, un contrato de cesión, fechado en China en el año 2023, que se mandó imprimir para mayor comodidad.

Vera comenzó a leer con detenimiento el documento, pasándole a Serrano las hojas a medida que las iba terminando; por aquello de que cuatro ojos veían más que dos. En él se recogían varias cláusulas sobre el tratamiento a seguir en caso de crisis, sobre cómo eran las reacciones de la paciente ante el estrés y qué aspectos se debían tener en cuenta si se daba la coyuntura de un ingreso hospitalario fuera de Ciudad de México. Así mismo, se definían las características propias de la paciente, destacando cómo su sistema nervioso le permitía percibir sutilezas emocionales, y del entorno, que el resto de los seres humanos no eran capaces de captar. Además, hablaba del modo en el que los PAS en general, e Irune en particular, procesaban la información y de cómo podían afectarle los sonidos altos, las luces demasiado brillantes, las aglomeraciones de personas o las imágenes de violencia y dolor.

En las cláusulas finales, se resolvía la cesión del Proyecto «LinSan_03», de Irune Salazar, desde la matriz CIBION-China a la filial mexicana CIBION-Mex, cuando la niña contaba cuatro años. Se

determinaba que, dadas las características especiales del proyecto, se haría un seguimiento de carácter vitalicio desde CIBION-Mex.

Tras algunas consideraciones más sobre la sucesión vitalicia del control del Proyecto «LinSan_03», al pie del contrato se hallaban los sellos de ambas empresas, la firma de los integrantes de los distintos equipos y los nombres de Derek Salazar Cruz e Izel Arnaiz Urich en calidad de progenitores y responsables directos del proyecto.

Al llegar a este punto, Vera señaló con el dedo a Serrano los nombres de los progenitores. Ambos se miraron y Serrano formuló automáticamente la pregunta a Salazar.

—Entonces, ¿ies usted el padre de Irune!?

Salazar solo asintió con la cabeza, pero eso fue suficiente para despejar las dudas del director en aquel asunto. Al comprobar que el seguimiento vitalicio del proyecto contaba con la autorización de ambos progenitores, Vera dio por terminada la reunión.

Ante la nueva información, que ahora figuraría en poder del hospital, los visitantes hicieron firmar a Vera y a Serrano un nuevo contrato de confidencialidad que Liceaga, conocedor de la intensa burocracia administrativa española, llevaba preparado en su maletín de antemano.

Terminados por fin los formalismos burocráticos, Serrano acudió a su despacho para guardar en el expediente de Irune, bajo llave, aquellos documentos. Vera por su parte, acompañó personalmente a los visitantes hasta el box cifrado para que esperaran allí a la paciente, en vez de andar por los pasillos llamando la atención del personal.

Serrano, siguiendo instrucciones de los visitantes, comprobó personalmente que la madre de la paciente se había marchado ya del hospital.

ΔΔΔ

Nueve cuarenta y cinco de la noche. En el box cifrado todo estaba preparado. Luis Zarca —el intensivista— y el doctor Carlos Serrano,

supervisados en todo momento por Salazar y Liceaga, se disponían a iniciar el proceso de reversión del coma.

Así pues, en tramos de dos horas, fueron reduciendo la sedación mientras hablaban con Irune de la situación y del entorno en que se encontraba, con el fin de que gestionara el estrés de forma progresiva.

Sería una noche larga. Los visitantes, Derek y Edgar, fingiendo consultar algunos asuntos en remoto con su oficina, monitorizaban discretamente a la paciente con un ordenador que enviaba los datos biométricos a la Workstation de la Unidad Central Operativa de CIBION-Mex. Ello les permitía revisar que la actividad de la interfaz neurocraneal, que gestionaba la interacción cerebro-máquina, estuviera sincronizada con sus ondas cerebrales y realizara la extracción correcta de los datos durante la reversión del coma.

De forma oral, por el intensivista, y de forma inalámbrica, mediante el programa de la Workstation, fueron suministrándole información a dos bandas sobre lo que estaba pasando. De este modo, Irune sabía qué le pasaba en cada momento y ellos controlaban sus reacciones.

Todo, para hacerla regresar al mundo de los vivos poco a poco y sin sobresaltos.

ΔΔΔ

La noche había sido larga. La paciente estaba casi consciente, aunque algo atontada a causa de la sedación residual. Únicamente se le administraban calmantes para mitigar el dolor de la intervención y las magulladuras del atropello. El siguiente paso era proceder a la extubación.

El intensivista incorpora la cama a 35º, mientras Serrano, situado a los pies, actualiza el informe en la HEC[9] de la Tablet:

«Coma revertido a las 10:05 a.m. Administrar calmantes intravenosos: Metamizol + Paracetamol 1 gr. Revisar en 24h vendaje del costado izquierdo con drenaje torácico. Tiene 2 costillas

astilladas que provocaron contusión pulmonar leve y podría complicar la recuperación».

Cuando Serrano termina, el intensivista revisa la HEC y añade:

«Gasometría aceptable. Tras 72 horas de intubación, muestra somnolencia en parámetros normales y obedece órdenes sencillas. Se procede a extubación a las 10:20 a.m.».

Serrano se sitúa en monitores y Zarca se acerca con suavidad a la paciente.

—Irune, necesito que respires profundamente cuando te lo pida. Si notas ganas de toser, es normal. Mueve la mano derecha si lo has entendido.

Ella responde con lentitud a las órdenes dadas. Ambos médicos intercambian miradas rápidas.

El intensivista suelta el seguro del tubo.

—A la de tres. Una… dos… ¡Respira fuerte! —Tira con decisión—. ¡Extubada! —exclama en voz alta—. Pongo mascarilla de alto flujo a 40 litros.

—Todo parece ir bien —indica Serrano—. El monitor muestra una SpO_2 del 96 % y una frecuencia de 18 respiraciones por minuto.

Como nadie más del personal sanitario estaba autorizado a estar en el box cifrado, el propio doctor Serrano hace las labores de la enfermera de UCI: le acomoda la cabeza y aspira las secreciones con cuidado.

Apenas pasan dos minutos y el monitor lanza un pitido agudo.

—Zarca —dice Serrano, mirando la pantalla—, desaturando: 90… 88…

Salazar y Liceaga se tensan. El primero se inclina hacia delante preocupado. El segundo lee con detenimiento la información que recibe en su ordenador y grita:

—¡Estrés!

Serano se gira y lo mira unos instantes. «¡Otra vez parada!», piensa. Luego la voz de Zarca interrumpe sus pensamientos:

—¡Respiración superficial! Oigo un leve estridor[10] al inspirar.

—¿Edema laríngeo postextubación? Quizá por la intubación más la inflamación del golpe —murmura Serrano.

—O… la contusión pulmonar le está pasando factura.

Salazar se levanta de su silla, como un acto reflejo, alertado por las explicaciones del doctor. En ese instante, no es más que un padre preocupado.

—Siéntate y mira —le susurra Liceaga sujetándole del brazo y señalando la pantalla del ordenador—. Déjales trabajar. Estamos recibiendo sus datos —añade en voz baja—. Desde aquí la ayudaremos.

—Envía información de endorfinas, serotonina y oxitocina para generarle bienestar —le comenta Salazar a su colega en voz baja.

—Sube el alto flujo al máximo —ordena el intensivista—. Preparo adrenalina nebulizada.

Se vuelve hacia la paciente y dice:

—Irune, respira tranquila, estamos contigo. ¡Todo está bien!

—La saturación sigue bajando: 87%… 86%.

—No mejora. Labios amoratados —advierte Zarca mientras coloca la mascarilla de ventilación con bolsa. ¿Puede ayudarnos uno de ustedes? —dice mirando a los visitantes.

—Sí, claro —contesta Salazar.

—Desinfecte las manos y póngase los guantes. Lo mismo reintubamos —avisa el doctor.

—Laringoscopio y tubo listos. Si no remonta en treinta segundos… —comenta Zarca.

—¿¡Hipoxia!? —pregunta Serrano, como si leyera la mente de su compañero.

El intensivista comienza a ventilar con presión suave, pero firme, sobre la bolsa.

—Ingresó por una herida de bala con atropello… ¿y lo que lo complica es la maldita vía aérea? —refunfuña en voz baja Serrano, mirando fijamente al monitor.

—Ha sido demasiado pronto, dado su estado pulmonar —comenta Zarca sin dejar de ventilar.

—Responde lentamente: 88… 89… 90% —lee Serrano en voz alta.

—¡¿Está remontando?! —comenta Zarca efusivo, girando la cabeza hacia su compañero y hacia Salazar, mientras sigue con la ventilación—. ¡Ha estado a punto!

—El estridor disminuye, ¿no? —interviene Serrano.

—Sí parece.

—Sigue ventilando un poco más y luego vemos si tolera de nuevo el alto flujo.

—De momento, se suspende la reintubación —comenta el intensivista mirando a Salazar.

—Tranquila. ¡Todo está bien! —dice el doctor en voz alta, asomándose a ver la cara de Irune, sorteando al intensivista que le dificulta la visión.

—Esto pasa a veces. Lo importante es que ya estás oxigenando bien. Tranquila —vuelve a decirle Zarca acariciando su frente—. Todo está bajo control.

El monitor marca finalmente 96%, lo que indica estabilidad. La crisis ha pasado, pero la tensión en la sala aún flota en las caras de todos los presentes.

—Irune, ¡enhorabuena! Lo has hecho muy bien —comenta Serrano, acercándose a la cabecera de la cama y rozándole la mejilla —. ¿Cuáles son tus apellidos?

—Salazar… Arnaiz —responde titubeando.

—Muy bien. ¿Y… sabes dónde estás?

—En un hospital… o… eso creo.

—Sí. Tuviste un accidente.

—¿Accidente? ¿Cómo? ¿Dónde fue?

—¿No lo recuerdas?

—No… —dice, al tiempo que reacciona soltando una lágrima involuntaria que rueda hacia la sien.

—Y … ¿recuerdas quién te disparó?

—¿Me dispararon? ¿Dónde? ¡Aaaay! —El quejido se le escapa cuando intenta incorporarse, como reacción a la noticia.

—Sí, te dispararon en el hombro; pero tranquila —dice Zarca, empujándola con suavidad de nuevo hacia atrás—, ya estás a salvo.

—No… recuerdo. Pero… ¡imposible! Yo… no…

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—Pues… yo… yo no… —intenta recordar, pero empieza a ponerse nerviosa—. No sé. No recuerdo dónde estaba… ni qué hacía. No recuerdo nada… —dice, rompiendo a llorar.

Zarca y Serrano intercambian miradas, mientras Salazar se pone de pie preocupado y Liceaga sigue observando su pantalla.

—¿APT[11]? —le dice Zarca a su compañero.

—No creo. Es capaz de deducir dónde está, aún sin recordar el trauma —contesta Serrano.

—Pues tú dirás.

—Necesitamos al neurólogo —comenta, mirando a Salazar y a Liceaga.

Ambos se miran un instante y Salazar, volviendo la cara hacia Serrano, asiente con la cabeza.

—Soy el doctor Serrano —dice, tras marcar en el teléfono la extensión correspondiente—. Necesito un neurólogo urgente en el box cifrado.

—Enseguida, doctor —contestan al otro lado de la línea.

Apenas diez minutos después, suenan unos toques en la puerta. Serrano abre y, sin entrar en presentaciones, expone lo ocurrido.

—Beltrán, buenos días. No preguntes, por favor.

—Vale.

Tras resumirle brevemente lo sucedido en la reversión del coma y basándose en las primeras preguntas realizadas a la paciente, solicitan al neurólogo un diagnóstico y la previsión de su evolución hasta la recuperación de la memoria.

El ruido rítmico de los monitores acompaña la conversación. Líneas en verde, rojo, amarillo y azul muestran picos y valles que dibujan el trazado de las constantes vitales. El intensivista, aún con la mascarilla colgando del cuello, actualiza los datos en la Tablet. El neurólogo valora a la joven mientras habla con ella y Serrano vigila los monitores.

Beltrán se acerca a Zarca. Se apoya, de espaldas a la paciente, en la barra de los pies de la cama.

—¿Cómo lo ves? —pregunta el intensivista.

Beltrán se queda un instante callado, pensativo.

—Coherente en lo básico. Sabe su nombre y el de su madre, aunque no recuerda el de su padre —comenta extrañado—. Identifica que está en un hospital… pero no recuerda nada del accidente ni del disparo. Ni siquiera el día anterior a los hechos —añade—. Y sigue con lagunas de fijación.

El intensivista asiente y Serrano se vuelve a mirar a los visitantes.

—¿Confirmas entonces la amnesia postraumática?

—Sí —responde Beltrán—, pero es amnesia retrógrada postraumática, en fase moderada, con memoria implícita. El patrón es clásico: preserva la memoria remota, pero tiene un vacío completo del trauma y del tiempo previo —matiza—. Y la amnesia anterógrada persiste; repite preguntas, no retiene bien lo que le digo. Es esperable tras salir de un coma inducido.

El intensivista desliza la pantalla hasta el final de la página para seguir anotando.

—Lleva poco despierta. ¿Cuánto crees que durará esto? —dice.

—Varios días seguro —contesta el neurólogo—. Entre tres y siete si la evolución es la habitual. La duración tiende a correlacionarse con la severidad del trauma — añade, al ver la información registrada en la Tablet—. Contusión torácica, herida de bala, cirugía urgente con dos paradas, coma de más de doce horas, hipoxia… —dice moviendo la pantalla y verificando la historia—. ¡No me sorprende! El cerebro necesita un tiempo para reorganizarse —concluye, entregándole de nuevo la Tablet a Zarca.

—¿Algún signo de alarma? —insiste el intensivista.

—De momento, ninguno. No observo focalidad neurológica. Y la reso… ¡Pásame la Tablet un momento! —le dice al intensivista, al tiempo que se la quita de las manos y localiza el dato.

—Bueno, por eso no te preocupes… —interviene Serrano, acercándose con rapidez para intentar, sin éxito, recuperarla.

—¿Cómo? —dice tras encontrar las notas del radiólogo—. ¿Lo sabíais?

—Sí, nos ocuparemos de eso más adelante con estos señores de aquí —explica Serrano, mientras señala a los dos visitantes.

—Y… según usted, doctor Beltrán, ¿cuándo cree que le regrese la memoria por completo? ¿En siete días máximo? —interrumpe Liceaga, mostrando interés por acotar el tiempo y desviando la atención de la información sobre los dispositivos intracraneales que había leído.

—La amnesia es diferente en cada paciente. Termina cuando es capaz de encontrar los recuerdos pasados en la memoria, además de fijar y recordar de forma sostenida lo que ocurre en el día a día —dice de forma áspera y con rostro serio—. Hasta entonces, es normal que viva un poco «en bucle».

Serrano retoma finalmente la Tablet y, mirando incómodo al neurólogo y al intensivista, justifica la pregunta del visitante:

—El inspector de policía preguntará. No hace más que venir al despacho. Quiere saber lo ocurrido.

El neurólogo deja escapar un leve suspiro y cruza los brazos sobre el pecho.

—Puede que sí recuerde… pero no ahora —dice—. Y no conviene presionarla. Lo más frecuente es que los recuerdos del trauma vuelvan fragmentados; a veces días después… a veces nunca —añade, mirando ahora a Liceaga—. Pero lo que está claro es que hoy no obtendrán nada fiable. Lo que diga ahora no es testimonio válido —concluye, mirando a Serrano.

—Trataré de explicárselo —responde éste con una sonrisa de medio lado.

—Dile también a la policía —añade el neurólogo, mirando de reojo a los visitantes, sin tener claro quiénes eran ni si entendían lo que había dicho— que no es que no quiera recordar, sino que su cerebro todavía no puede. Debemos priorizar: tranquilidad, ritmo lento y estímulos controlados.

El doctor Serrano asiente y deja la Tablet en el soporte habilitado al efecto a los pies de la cama.

—Bien. Seguiremos monitorizándola —comenta, dándole una palmada en el hombro a Beltrán—. Cuando empiece a retener información nueva te aviso, por si nos echas un cable con los recuerdos.

—Perfecto. Si en cuatro o cinco días no vemos ningún avance repetimos neuroimagen. Lo normal es que mejore poco a poco.

—Acompaño al neurólogo y aviso para el traslado a planta —dice Serrano, dirigiéndose a los visitantes y buscando su aprobación.

Estos se miran y asienten.

—Nosotros nos vamos —dice Liceaga antes de que se marcharan —. El punto es que… no iremos a planta, pero estaremos en contacto de seguido, ¿sí?

Serrano asiente y sale del box junto a Beltrán. En el ascensor, el neurólogo rompe el silencio:

—Perdona, ¿qué está...?

—No preguntes, es complicado. No puedo decirte nada de momento y tampoco tengo todas las respuestas. Ah, por si te lo preguntas, Vera está al tanto —añade—. Yo… solo necesito que esta pesadilla acabe cuanto antes. ¡Ni te lo imaginas!

ΔΔΔ

Serrano habló con Vera por teléfono sobre la necesidad de cubrir las veinticuatro horas de vigilancia de Irune en la habitación. Ambos consideraron que Clara sería perfecta por ser la enfermera de la UCI con más experiencia en el despertar de comas inducidos y, al mismo tiempo, persona de confianza.

El director coordinó los ajustes de personal y comentó con la enfermera este caso tan especial. La informó de que estaría vinculada al doctor Serrano y que cuadraría con él los turnos. Además, su dedicación sería exclusiva durante el tiempo que esta paciente estuviera hospitalizada en el Gregorio Marañón, por lo que la liberó de cualquier otra tarea. Señaló también que, en caso de que Serrano no estuviera localizable, debía recurrir a Salazar o Liceaga.

En el despacho de Vera, estando presentes los visitantes, Clara fue puesta al día del carácter confidencial y transitorio de aquel tipo de servicio y firmó el correspondiente contrato que le impedía dar detalles o hablar a nadie sobre la paciente o su tratamiento. Luego,

Clara bajó al box de planta baja para acompañar a la paciente en su traslado a planta.

—Señor Vera —dice Salazar cuando quedan a solas—, Irune no me vio por más de veinte años, ¿cierto? El punto es que… para evitar el estrés de verme en la habitación, el señor Liceaga y yo nos regresamos a la salita, ¿sí?

—De acuerdo. En principio no hay inconveniente.

—Muchas gracias.

Lo cierto era que, como parte del protocolo de seguridad del sujeto «LinSan_03» debían permanecer en el hospital para ver la evolución y poder gestionar la monitorización de los dispositivos en las primeras horas de consciencia.

El turno del doctor Serrano había concluido hacía rato, por lo que se marchó a casa a descansar en cuanto la recogieron en el box.

Salazar y Liceaga permanecieron de guardia en la salita y solicitaron que Clara les informara de la evolución de la paciente cada cuarenta y cinco minutos, durante las seis primeras horas de consciencia; por ser las más críticas.

CAPÍTULO 12

Alrededor de las diez de la mañana, el inspector Ferrero llegó al hospital. Fue directamente a la UCI porque sabía que pedir permiso o preguntar era arriesgarse a una negativa. Al llegar a la primera planta, el trasiego de profesionales entrando y saliendo le permitieron acceder al interior sin ningún problema.

Al acercarse al box vio que Irune no estaba y en su lugar había alguien desconocido para él. Se asomó a la cristalera de los otros boxes, por si la habían trasladado; pero no. Había desaparecido.

—Buenas. Disculpe —dice, llamando la atención de una de las enfermeras que circulaba por el pasillo—. ¿Dónde está la paciente que estaba en el box número tres? Irune Salazar Arnaiz —especifica, queriendo ser más concreto.

—Lo siento; no puedo decirle —contesta—. Esta mañana, cuando he entrado, ya no estaba.

—Y no le importaría preguntar a dónde la han trasladado —dice, mientras le enseña su identificación de inspector de policía.

—Lo siento, pero no puedo ayudarle —insiste, tras echar un vistazo a las credenciales—. No han dejado nada escrito.

—Es de suma importancia, usted no lo entiende. Necesito…

—Lo siento inspector…

—Ferrero —le recuerda él.

—Inspector Ferrero, no puedo ayudarle. Le ruego que salga y me deje hacer mi trabajo. No puede estar por los pasillos —dice, al tiempo que se aleja.

Mientras tienen esa accidentada conversación, con auxiliares de un lado para el otro, enfermos entrando en camilla y familiares saliendo, Izel entra por la puerta y se encamina directamente al box número tres.

—Mire otra vez, señorita —dice él, persiguiendo a la enfermera de un lado al otro—. Irune Salazar Arnaiz —insiste.

—¿¡Mi hija!? —pregunta Izel, volviendo del box y dirigiéndose la enfermera que hablaba con Líam.

—¡Uffffff! —resopla la enfermera que trataba, sin mucho éxito, de deshacerse de Líam—. Miren, no sé dónde está. Ya se lo he dicho al inspector. No han dejado nada anotado, así que hagan el favor de ir a la recepción a ver qué pueden decirle. Allí les informarán de si la llevaron a planta o qué pasó con ella, pero hagan el favor de marcharse. No pueden estar aquí si no tienen a alguien ingresado —dice finalmente, enfadada y mirándolos a los dos con expresión severa—. ¡Esto es una UCI, por favor!

Izel Arnaiz y el inspector Ferrero se miran y, sin mediar palabra, se dirigen al ascensor. Líam, muy cortés, cede el paso a Izel y, una vez dentro, aprovecha para presentarse formalmente y entablar conversación.

—Es usted la madre de Irune Salazar, ¿verdad?

—Sí. Izel Arnaiz —dice, tendiéndole la mano.

—Yo soy el inspector Líam Ferrero.

—¿Y para qué necesita usted a mi hija, inspector?

—Bueno, al haber una herida de bala debemos interrogarla en cuanto despierte.

—Claro, claro… —dice ella—. Deben hacer su trabajo.

—En fin, me gustaría hablar con usted para hacerle algunas preguntas, pero… de momento vamos a centrarnos en encontrarla y luego ya habrá ocasión —comenta él.

—Sí, eso es lo primero —responde, visiblemente nerviosa—. Ayer me fui sobre las nueve de la noche y nadie me dijo que la trasladarían. De haberlo sabido me habría quedado.

—¡Ya lo supongo, señora Arnaiz!

ΔΔΔ

En recepción, sacaron un tique y aguardaron su turno. Cuando su número apareció en la pantalla digital, Líam se acercó al mostrador, enseñó su placa y pidió que le indicara dónde habían trasladado a

Irune Salazar Arnaiz cuando la sacaron de la UCI. Tras unos minutos tecleando el ordenador, la auxiliar dijo:

—Lo siento, no figura nadie con ese nombre en el sistema.

—¿¡Cómo dice usted!? —pregunta Izel, abriendo los ojos como platos—. Eso no es posible. Inténtelo otra vez.

Tras hacer una mueca de fastidio, la auxiliar vuelve a teclear varias opciones sin éxito.

—Lo siento, pero… como he dicho, no figura nadie con ese nombre.

Izel comienza a sudar y respira con dificultad, por lo que el inspector interviene.

—Si me permite, señorita, ¿quiere hacer el favor de buscar los ingresos del viernes noche en urgencias…?

—¿Desde qué hora aproximadamente? —pregunta torciendo la boca y apretando los labios.

—Desde las ocho de la noche más o menos —dice Líam.

—Lo siento, nada con ese nombre —insiste, tras teclear el nombre en la base de datos.

—¿Y la mañana siguiente?

—Lo siento, señor. Nada.

—Vamos a ver, señorita —dice Izel recomponiéndose—. He estado con ella hasta ayer noche. No me diga que no hay nadie con ese nombre; si estaba en coma. ¡Por favor!

—Señora no se altere. Yo solo digo lo que veo aquí.

—Vamos a calmarnos —interviene el inspector—. ¿Podría mirar las intervenciones del doctor Serrano de la noche del viernes?

—¿Desde las ocho también? —dice de forma seca y torciendo nuevamente el gesto.

—Sí, señorita. Desde las ocho también.

—No. Tampoco.

A esas alturas la tensión empieza a reflejarse en los rostros de todos.

—¡Esperen! —dice de repente—. Aquella noche se intervino a una paciente sin nombre.

—¿Sin nombre? —pregunta él.

—Sí, esa. Mi hija venía sin identificar —añade Izel—. Me llamaron de madrugada con su móvil y yo misma les di el nombre completo.

—Bueno, yo no sé decirle. No hago noches —comenta, quitándose toda la responsabilidad de encima— pero… no se le da de alta en el sistema hasta el día siguiente en la noche.

—¿Y…?

—Sí, aquí está. Irune Salazar Arnaiz, ¿verdad?

—¡Exacto! —exclaman a la vez Izel y Líam.

—Sin embargo… aquí se pierde la pista. No hay salida del hospital y tampoco está su historia en el sistema —les dice—. Se asigna nombre al ingreso no identificado y nada más. No hay seguimiento después de eso.

—¡Vale! —dice Líam, dando un golpe con la palma en el mostrador —. Necesito hablar con el doctor Serrano.

—Un momento, por favor —le dice, algo tensa—. Voy a comprobar el cuadrante.

La auxiliar se levanta y, tras coger un manojo de papeles que cuelgan en el corcho de la pared del fondo, regresa a su puesto y busca el nombre del doctor Serrano.

—Lo siento, no se encuentra en el hospital ahora.

—¿Cómo? —pregunta Líam exaltado, mientras Izel trata de calmarlo en esta ocasión—. ¿Me están tomando el pelo?

—Señor, no se altere. Aquí dice que su turno empieza esta noche.

—¡Pues páseme con el director! No —rectifica—. Mejor voy a ir directamente a su despacho.

Y agarrando del brazo a Izel, Líam se adentra por el pasillo del área administrativa, llevándola casi a rastras, mientras ella, con la cara vuelta hacia atrás, cree reconocer de refilón a un joven que llega al mostrador en ese momento como Sasha; el novio de Irune.

—Oigan, no pueden… Señor, señora… —sigue llamándolos la auxiliar, en pie, desde detrás el mostrador, elevando la voz y tratando de impedir que vayan por su cuenta al despacho del director.

ΔΔΔ

Líam e Izel llegan al despacho de Vera. El inspector golpea la puerta, enérgico, con los nudillos y abre asomando la cabeza.

—¿Se puede?

—Hombre, el inspector, ¿verdad? Me acaban de decir que venía —comenta.

—Sí, señor. Mire. Es todo muy raro.

—¿Raro?

—Sí. Ella es Izel Arnaiz, la madre de la paciente Irune Salazar Arnaiz —dice Líam, justificando su presencia.

—Bien y… ¿qué puedo hacer por ustedes?

—La joven no está en la UCI. No se ha ido a casa y no figura en el sistema —le explica del tirón—. Su madre la dejó ayer a las nueve, sin que nadie le comentara que iban a moverla de lugar, y ahora nadie la encuentra. Yo he venido a ver si estaba despierta para interrogarla y me encuentro con que ha desaparecido.

—A ver, tranquilícense. No sé qué puede haber ocurrido —miente — pero no se preocupen que hablaré con su médico a ver si…

—¿Su médico? Tampoco está —aclara Líam.

—Bueno, entonces es que habrá terminado el turno —dice, intentando ganar tiempo para poder consultar el asunto con los visitantes, que se hallaban en la sala de reuniones próxima al despacho—. Vayan a la sala de espera de urgencias, junto a recepción, que yo voy a tratar de hablar con el doctor Serrano.

—No señor —interviene Izel—. Yo no me voy de aquí si no me dice qué ha pasado con mi hija. Soy su madre. Tengo derecho a saberlo.

—Y yo necesito interrogarla en cuanto se despierte —añade Líam —, o consideraré que se trata de obstrucción a la justicia; así que mientras no sepamos qué ha pasado con ella no nos moveremos de aquí ni su madre ni yo.

—A ver, por favor. Sean razonables —insiste Vera, tratando de apaciguar los ánimos—. Todo tendrá una explicación. Primero

necesito localizar al doctor y si salió del turno de noche, ahora estará descansando.

—Y ¿debemos esperar a que se despierte? —pregunta Líam, sarcástico—. Alguien estará atendiendo a la paciente mientras él duerme, ¿no?

—¿Cómo no va a saber usted qué pasa en su hospital con los pacientes y con los médicos? —interviene Izel visiblemente irritada —. Mire, también soy doctora y sé de sobra cómo funciona esto. No me venga con historias. ¿Le desaparece una paciente y usted no sabe nada? ¿¡Tan incompetente es!?

—Y más aún, una paciente con un disparo de bala. ¡Por favor, no nos tome por tontos! —añade Líam alterado.

—Miren —dice Vera ya entre la espada y la pared—. Entiendo que están ustedes nerviosos. Les invito a un café en la cafetería mientras averiguo qué ocurre. En cuanto lo sepa mando a alguien a buscarlos. Les doy mi palabra.

Tras guardar unos minutos de silencio, ambos se miran y…

—Aquí le dejo mi tarjeta, no sea que la cafetería sea tan grande que no pueda localizarme —dice Líam sarcástico, dejando la tarjeta sobre la mesa de Vera.

El inspector no quería tensar más la cuerda viendo cómo estaban los nervios. Izel parecía una persona muy tranquila, pero el curso de los acontecimientos había logrado alterarla bastante; así que acepta, en nombre de ambos, la sugerencia de esperar en la cafetería para calmarse un poco.

Vera abre la puerta. Ella sale la primera y Líam la sigue. Cruzan la antesala y, una vez en el pasillo, ella se vuelve hacia el inspector. Entonces… las siluetas de dos hombres, de espaldas, en una sala acristalada junto al despacho del director, le provocan un escalofrío inexplicable. En un segundo, siente como si la sangre abandonara su cuerpo y le sobreviene un pequeño desvanecimiento. Líam la sujeta justo a tiempo y, ante la evidencia de que debían serenarse, la acompaña hasta la cafetería caminando despacio y sosteniéndola por la cintura.

—Estoy bien, estoy bien… —dice Izel, mientras anda despacio, tratando de recuperar el equilibrio.

—Sin duda ese café nos vendrá bien a los dos.

—Yo mejor una tila.

—Una tila pues, señora Arnaiz. Paga el señor Vera —añade en tono de humor.

ΔΔΔ

En la cafetería, Líam pide un café con leche bien cargado y una tila. Lo acompaña con una tostada para Izel, sospechando que no habría probado bocado desde hacía días, y con un donut de chocolate para él.

—No debía molestarse; estoy bien —comenta Izel, cuando él trae los desayunos.

—¿Cuánto hace que no come? —pregunta Líam.

—Bueno, se me cerró el estómago cuando me llamaron de madrugada para decirme lo de Irune y… cuando llego a casa, tengo más cansancio que hambre —contesta ella.

—Pues como de todas formas tenemos que esperar, aproveche para comer algo —dice, mientras remueve el café con la cucharilla.

—Es usted muy amable. Es que… han sido tantas cosas de golpe que creo que veo fantasmas donde no los hay —añade, mientras unta la mantequilla y la mermelada en la tostada.

—Sí, es que es todo muy raro. Que la cambien de sitio sin decirle nada a usted es extraño —argumenta Líam—. Y ya, que el director no sepa nada… eso sí que no me lo trago. ¿Qué está pasando aquí?

—La están ocultando.

—¿Ocultando? ¿Por qué dice eso?

—¡Ay! No me haga caso. Es que… me pareció ver a su novio en la entrada y luego… unas figuras en la sala que está junto al despacho del señor Vera me removieron miedos del pasado —sigue diciendo Izel.

—¿Ocultando? ¿Miedos del pasado? —pregunta—. ¿A qué se refiere?

—Bueno, es complicado. No me haga caso —dice, arrepintiéndose de haberse dejado llevar—. Será el hambre que me hace ver visiones —añade mientras sonríe.

—Y… ¿cómo se llama el novio? —pregunta Líam, queriendo aprovechar la ocasión para obtener algo de información.

—Sasha. Se llama Sasha; pero no sé mucho más.

—¿No le conoce?

—Poco. Lo que me cuenta mi hija de sus cosas, pero lo habré visto apenas… un par de veces —comenta—. Es algo raro para mi gusto, pero ella está muy sola y ese chico… parece que le gusta. Le hace compañía, supongo.

—¿Raro por qué?

—No sé cómo explicarlo —dice, llevando los ojos hacia arriba y a la izquierda—. Es como… que no mira a los ojos. Como si escondiera algo. ¡En fin! —suspira, volviendo a su tostada.

—¿Sabe en qué trabaja? O… ¿dónde vive? —se interesa Líam como policía.

—Trabaja en una empresa de seguridad; si no recuerdo mal.

—O sea que lleva pistola —deja caer Líam.

—Sí, supongo. No sé. ¿Los de seguridad llevan pistola?

En ese instante, Izel deja los cubiertos en el plato, levanta la cabeza y abre los ojos, mirando fijamente a Líam.

—No insinuará que le disparó él, ¿no?

—No, no insinúo nada. Hasta que no interrogue a su hija… ¿Cree que ella estaba metida en algo turbio?

—Eso sí que no. Hablamos cada día y si hubiera algo turbio lo sabría. Eso se lo puedo asegurar.

—Y… ¿ese Sasha vive en…? —pregunta de nuevo.

—Tiene una casa en un pueblo cerca de Madrid. Pero… ¿esto es un interrogatorio?

—¡Qué va! Estamos charlando; aunque no puedo dejar de ser policía y cualquier conversación parece un interrogatorio —dice riéndose.

—Pues mi hija va allí los fines de semana —continúa—. Parece ser que son todo casitas, parques… y tienen el monte cerca. Le ayuda a desconectar del estrés de su trabajo.

—Pueblos así cerca de Madrid… ¿podría ser… Rivas? —se aventura a decir, mirándola a la cara para ver su reacción.

—Podría ser. No lo sé con seguridad. Tengo la cabeza como… embotada. No pienso con claridad.

—Y… ¿en qué trabaja Irune?

—En Microsoft España. Ahora hace un año que ascendió a CEO del departamento de investigación sobre modelos de inteligencia artificial.

—Pero si es muy joven, ¿no?

—Y muy inteligente, además de joven —añade Izel, riéndose orgullosa, mientras se acerca la taza de tila a los labios.

Líam la mira fijamente. En ese instante, piensa que debería ser honesto con esa mujer, pero no sabe cómo decírselo.

—Izel, necesito decirle algo y… no sé bien cómo hacerlo.

—¿Debo preocuparme? —pregunta ella, limpiándose los labios en la servilleta.

—Según lo que sabemos hasta ahora, su hija recibió un disparo y al mismo tiempo la arrollaron en un paso de cebra elevado.

—Sí. ¿Y…?

—Según la investigación creemos que salía corriendo, recibió el disparo cuando iba a cruzar y al girarse por el dolor, golpeó contra un coche impactando en el capó y rodando hacia el suelo —le explica.

—¿Y eso cómo lo saben si no han hablado con ella aún? ¿Hubo testigos?

—No. Lo sabemos por la reconstrucción que se hizo en la comisaría, porque el hecho… sucedió en Rivas y el que conducía… era yo —concluye, mientras mantiene su mirada fija en Izel, tratando de leer en su cara la reacción.

CAPÍTULO 13

Desde que China se vio salpicada, en 2019, con acusaciones de la comunidad científica internacional, al llevar a término embriones humanos modificados genéticamente, el país tuvo que endurecer su legislación. Un equipo dirigido por He Jiankui —científico formado en prestigiosas universidades de los Estados Unidos—, fue el responsable y, tras el juicio, pasó tres años en la cárcel.

En su declaración, reconoció la existencia de dos gemelas modificadas que contaban con cuatro años de edad y que vivían —según dijo— una vida normal, integradas en una familia. Tras arduos días de interrogatorio, aunque sin entrar demasiado en detalles, reconoció la existencia de un tercer embrión llevado a término del que poco se investigó y nada se averiguó.

Sin embargo, después de cumplir la condena, Jiankui volvió al juego de la edición genética en 2022, asegurando que trabajaría con ratas y con embriones desechados —hasta no más de catorce semanas— para actuar dentro del marco de la ley. Pero eso no convenció a casi nadie.

En ese momento, y para salvaguardar la integridad humana frente a las guerras soterradas que establecieron la mayoría de los países con la intención de llegar los primeros a la creación de humanos por encargo, la Interpol —como Organización Internacional de Policía Criminal— creó una unidad encargada de perseguir ese tipo de delitos. Se trataba de controlar el poder que la tecnología tendría sobre la humanidad, velando por la seguridad legal, ética y física de nuestra especie frente a los experimentos de una comunidad científica más preocupada por el hecho de que otros países se les adelantaran, que por el respeto a la vida propiamente.

Así, la UBBI, Unidad de Biotecnología y Bioética de la Interpol —encargada de delitos de bioseguridad y tecnología—, andaba tras la

pista de una red internacional, de dudosa ética, que manejaba los hilos de un complejo entramado que, hasta la fecha, no había permitido dar con un cabo suelto lo bastante fiable como para tirar de él sin desatar un conflicto internacional poco fundamentado.

Por lo que habían logrado averiguar, dicha red estaba compuesta fundamentalmente por empresas del sector biotecnológico y por hospitales con unidades de reproducción asistida, en las que las parejas podían elegir desde el color de ojos de sus hijos hasta su coeficiente intelectual.

En teoría, estos centros hospitalarios solían contar con un extraordinario proceso de selección de óvulos y de espermatozoides que avalaban el resultado. Sin embargo, la UBBI comprobó que todos ellos contaban, casualmente, con unidades de desarrollo de proyectos de investigación basados en métodos de edición genética que utilizaban el CRISPR-Cas9. Una especie de tijeras genéticas con las que podían interferir con efectividad en genes concretos de diferentes formas de vida y sospechaban que, entre ellas, se encontraba la humana; aunque no habían podido demostrarlo aún.

La UBBI había jaqueado, a lo largo de los años, los ordenadores de un gran número de hospitales asentados en países con legislaciones laxas o permisivas y que aparecían —a tenor de las publicaciones de las revistas científicas— implicados en experimentos genéticos de primer orden, con finalidades poco claras, dirigidos por grupos de científicos de renombre en cada uno de sus campos de investigación. Y, como por algún sitio había que empezar, concentraron sus esfuerzos en encontrar pistas sobre los tres bebés que He Jiankui había sacado adelante.

Cuando se produjo el intento fallido de actualización del expediente clínico de Irune Salazar Arnaiz y apareció el mensaje de «información restringida», la alerta saltó también en la intranet que vinculaba a la mayoría de los hospitales internacionales.

Desde Lyon, se rastreó la conexión y sus sistemas emparejaron al Hospital Gregorio Marañón de Madrid, en España, con la Unidad de Genética del Hospital Ángeles Lomas de Ciudad de México, en México. A partir de ahí, el sistema que monitorea violaciones de seguridad biogenética lanzó una notificación de emergencia que

llegó directamente a la Directora Adjunta de Operaciones Internacionales de la Interpol, Sophie Dubois, quien llamó de inmediato a Arnold Lambert.

Lambert, en calidad de responsable de la unidad, activó una «notificación roja»; el nivel de alerta más elevado de la agencia, que marca el caso como prioritario y sensible a nivel mundial, y convoca a una reunión urgente de los especialistas en cada uno de los campos de investigación.

ΔΔΔ

Según los protocolos, todos los receptores de la emergencia quedan convocados en la sala de Operaciones Internacionales de la Interpol en Lyon. Unas pantallas gigantes muestran la situación y el contexto preliminar. Los mapas señalan con puntos rojos los países implicados. Desde dichos puntos, se abren inmediatamente ventanas que establecen contacto visual con las sedes de Alemania, México y EE. UU. a tiempo real. Uno a uno van entrando por videoconferencia y se les suman los activos presenciales de la sede de Francia.

En la cabecera de la mesa ovalada de la sala de O.I. de Lyon, Arnold Lambert observa los datos claves del informe inicial de la Agencia:

«Sujeto femenino, mayor de edad, con información reservada de alto nivel. Hallan confirmación de disparo en el informe jaqueado por el analista de datos en la intranet hospitalaria y en una comisaría local de Madrid, España. Anticiparse al peligro de ocultación o secuestro de la sujeto.»

La sala huele a café y a prisas mal disimuladas. En ese momento, entra Sophie Dubois y se hace el silencio. Ella deja su carpeta sobre la mesa sin sentarse. Mira brevemente a los asistentes y levanta la vista hacia las pantallas que muestran los activos disponibles en los países convocados.

—Vamos a empezar —dice Sophie—. A partir de este momento, esta investigación queda bajo la jurisdicción de la cooperativa

internacional.

Seguidamente, desvía su mirada hacia Arnold Lambert y se dirige a él directamente:

—Lambert, esta situación tiene implicaciones biotecnológicas globales. Con el tiempo que lleva invertido en el seguimiento e investigación de esta presunta trama, considero que puede ser el punto de inflexión que ha estado esperando. Así pues, todo suyo. ¿Qué recomienda?

Lambert se pone de pie y, con el semblante serio, refiere con seguridad:

—La creación inmediata de una Task Force, directora. Con personal multidisciplinar de España, México, EE.UU. y Alemania. Nivel de prioridad Alfa Uno.

La directora lo mira con detenimiento unos instantes y añade con voz firme:

—De acuerdo. ¿Nombre?

Lambert le sostiene la mirada un momento. Luego, aprieta la mandíbula y desvía la vista hacia las pantallas pronunciando:

—BIOSEC. Fuerza de respuesta en bioseguridad. ¿Le parece bien? —pregunta, volviéndose de nuevo hacia ella.

—¡Perfecto! En una hora estará la respuesta. Tendrá plena autoridad operativa. Movilice a su equipo, Lambert. Ni la joven ni la información deberían caer en las manos equivocadas —asevera ella —. Antes de terminar su reunión estructural con los activos, le haré llegar la autorización de arriba.

Sophie Dubois coge su carpeta y sale de la sala. Acto seguido, Lambert se acerca a la mesa del fondo y se sirve un café americano mientras todos se mantienen en un silencio expectante. Luego, regresa a la cabecera de la mesa y pulsa un botón en el panel central para hablar por el intercomunicador.

—Atención. Como han oído, Interpol va a activar oficialmente la TASK FORCE BIOSEC. Ahora, sin más preámbulo, pasemos a conocer al equipo que he elegido:

- Forensic: Dra. Laura Mendoza, España y, si hiciera falta completar el trabajo con más detalles, recurriremos a Hanna Müller en Alemania.

- Bio Analyst: Yin Yuen, doctora de mi equipo habitual.

- Cyber: Jonathan Pierce de EE.UU.

- Intel: Ingrid Hoffmann; mi especialista en estrategias de inteligencia.

- Agentes de campo: field Moreau y field Bernard vendrán conmigo a España y a field Ferrero lo reclutaremos *in situ*.

—Yo actuaré como Team Lead y me reportaréis en tiempo real.

En ese momento todos asienten. Lambert da un trago largo a su taza de café y anuncia:

—Antes de continuar voy a por la autorización para confirmar que no hay ningún contratiempo. Hagan sus averiguaciones y nos vemos en media hora. Ya tienen los accesos abiertos a la red y a la información de la intranet.

Equipo… ¡A trabajar!

ΔΔΔ

Media hora después, como habían convenido, la luz roja de la sala pasó a verde y Arnold Lamber hizo su entrada.

—¡Ya la tengo! —dice, mostrando la carpetilla con la autorización en su mano derecha—. Haremos una ronda ahora para ver qué averiguaron.

—Hoffmann, ¿algo nuevo?

—Sí, Lead. Interceptadas referencias activas a un proyecto genético vinculado a una clínica experimental en Shenzhen, China, y a un laboratorio de Ciudad de México, en México. La información relaciona la intranet hospitalaria con la alerta que saltó en Madrid.

—¿Doctora Yue?

—Sí, Lead. He detectado que se activó un protocolo de bloqueo biométrico por acceso remoto fuera de Europa. Su cerebro debe llevar algún tipo de dispositivo que transmite datos… altamente sensibles.

—¿Tipo implantes?

—Sí, Lead. Podría ser.

—Yue… ¿me está diciendo que había transmisión de datos activa y que alguien la bloqueó…? —comenta Lambert mirando su informe.

En ese momento, Jonathan Pierce gira su silla hacia el equipo.

—Confirmado, Lead. Hubo acceso remoto desde una red cifrada. No sabemos quién es, pero… siendo así, no van a querer perder a la chica.

—Gracias Cyber. ¡Atención todos! Añadan a sus datos la posible fuga de información y de la sujeto. ¡Buen trabajo!

Un silencio sepulcral se mantiene en la sala. Lambert respira hondo y finalmente se sienta.

—Lead — interviene la doctora Yue, interrumpiendo la calma tensa que reina en la sala—, hay algo más. Alguien, en algún lugar, está recibiendo esos datos a tiempo real. No son solo datos básicos del tipo «patrones cardíacos» o de ADN. Son datos biométricos neuronales de alto nivel.

—¿Identificables?

—Más que eso. Son datos explotables y altamente sensibles— puntualiza—. Se los he pasado a Cyber.

—¿Cyber?

—Sí, Lead. Teniendo en cuenta que trabaja como investigadora en I+D+I de Microsoft, departamento de investigación en soportes de inteligencia artificial, si alguien los roba, no roba datos; roba el futuro mediante la explotación, consciente o inconsciente, de la sujeto.

—¿Algo más?

—Sí. Intel, señor —dice Hoffman, de Inteligencia Estratégica—. Quería remarcar que si la sujeto forma parte desde su nacimiento de un proyecto como el que usted presenta en su información preliminar, detectar electrodos intracraneales activos que transmiten datos biométricos neuronales sofisticados… nos situaría ante una crisis internacional con fuga de información sensible. ¿No creen?

—Intel, concrete qué datos biométricos sofisticados estarían extrayendo.

—Según Bío…

—Lead —interrumpe la doctora Yue—, en sus conexiones y desconexiones, detecto transmisión de mapas neuronales

avanzados. Actividad cerebral a tiempo real que, si no me equivoco, extrae datos sobre tomas de decisiones complejas, resolución de algoritmos y patrones sinápticos asociados al razonamiento lógico, a la creatividad computacional y a modelos de aprendizaje acelerado.

—Resúmanme esto con sencillez y háblenme de las consecuencias.

—Lead, esto sería clave para Microsoft I+D+I de cara a extraer patrones, optimizar soluciones y corregir errores en la AGI[12], con un aprendizaje autoinducido y sin supervisión. Y para la organización que esté detrás del proyecto genético, sería la oportunidad de apropiarse de la información de Microsoft y cualquier otra empresa puntera que forme parte de lobbies tecnológicos; controlando y mejorando así las redes neuronales artificiales, optimizando modelos de razonamiento y acelerando el desarrollo de esa AGI a nivel global en todo el mundo.

—Lead —interrumpe Bío— la sujeto no es solo una investigadora. ¡Es un modelo viviente!

—Es la fuente de datos científicos, tecnológicos y hasta la clave para la supremacía política de los países que integran el lobby[13] —añade Intel—. Colocándola en lugares estratégicos, el poder de estos lobbies sería… inmenso, gracias a ella.

—¡Ya veo…! Las implicaciones son… —murmura Lambert a media voz, con el codo apoyado en la mesa, el pulgar en la sien, frotándose la frente con tres dedos y con la mirada perdida—. «¿Podrían querer quitarla de en medio?», piensa. «No, han invertido mucho tiempo y dinero en ella», se contesta. ¡Muy bien! Gracias por la eficacia, equipo. Sabía que había elegido bien a mi gente —dice al fin, retomando la energía que parecía haber perdido segundos antes.

Lambert, aún con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, trata de tomar conciencia de las dimensiones del caso.

—Denme un momento y ahora regreso —dice de repente.

Poniéndose en pie, apura de un trago el resto del café frío que le queda en la taza y sale apresurado de la sala con el teléfono en la mano.

Inmediatamente, hace unas llamadas y pone en marcha los protocolos internacionales de bioseguridad y los cortafuegos que actuarían como contención ante una fuga tecnológica crítica, evitando que la información cayera en manos no autorizadas sin que la Interpol lo interceptara.

Veinte minutos después, vuelve a entrar en la sala O.I.; donde su staff multidisciplinar sigue trabajando.

—Equipo, tomen nota. A partir de hoy, como BIOSEC, nuestra prioridad es, por este orden:

1. Proteger la vida de la sujeto.
2. Averiguar qué dispositivos tiene implantados.
3. Identificar quién lo controla.
4. Neutralizar la filtración global de esos datos biométricos.
5. Capturar al tirador que atentó contra la chica y esperemos que esto nos lleve a la organización que está manejando los hilos del proyecto genético.

En ese instante, las pantallas cambian mostrando vuelos reservados, teléfonos de intercomunicación de la Task Force, los códigos de identificación de cada miembro y las rutas de despliegue. Poco después, vuelve a verse a los miembros de la Task.

—Como veis en las pantallas —el Lead toma la palabra de nuevo —, field Mor, field Bern y un servidor estaremos sobre el terreno mañana. En breve habré reclutado a Ferrero y a la doctora Mendoza de balística como activos locales.

Lambert hace rodar la vista por cada uno de los miembros de su plantilla, tanto en presencial como en online y añade:

—Equipo… en marcha. ¡La operación ha comenzado!

ΔΔΔ

Arnold Lambert, de sólida formación en Derecho Internacional y criminalística, trabajó bastantes años como agente de campo, con casos que involucraban tráfico de órganos, bioterrorismo y experimentación ilegal en laboratorios clandestinos. Ello le permitió

tener una perspectiva de primera mano sobre la realidad de este tipo de delitos.

Poco a poco, y gracias a sus innumerables contactos en las fuerzas de seguridad, así como en agencias gubernamentales y laboratorios de investigación de varios países, fue escalando en la Interpol hasta llegar a ser el máximo responsable de la UBBI y la mano derecha de la Directora Adjunta de Operaciones Internacionales, Sophie Dubois.

Si había alguien que pudiera movilizar recursos rápidamente cuando fuera necesario y, además, dejar su cómodo sillón para descender a perseguir a delincuentes en las calles, ese era Lamber; el activo más versátil de la Interpol.

Según sus investigaciones, He Jiankui había abierto una filial de su empresa china CIBION en México a la que llamó CIBION-Mex. Tras salir de la cárcel, dos de sus colaboradores más estrechos en el caso de los embriones modificados por los que fue juzgado, pasaron a trabajar en el Hospital Ángeles Lomas.

Lambert, que no creía en las casualidades, lo tuvo claro. Todo estaba relacionado y, como tenía casi todas las piezas del puzle, era la ocasión que esperaba para pasar por fin a la acción.

En apenas unas horas, puso en marcha el operativo. Dejó a varias personas de su confianza en la central de Lyon, seleccionó a importantes activos de sedes extranjeras con las que había trabajado antes y movilizó a dos especialistas de campo de su equipo habitual para que le acompañaran a España.

Viajando en vuelos distintos, por precaución, Lambert, Moreau y Bernard abandonaron Lyon rumbo a Madrid; lugar de activación de la alarma del sistema y detonante del operativo.

En el aeropuerto de Madrid, el Lead esperó a que aterrizaran Moreau y Bernard. Discretamente, les dio las instrucciones oportunas. Luego, también por separado, se fueron al hotel que les habían reservado desde la central.

Siguiendo instrucciones, field Mor y field Bern fueron al hospital con la misión de camuflarse; uno entre el personal de policía que vigilaría a la sujeto y el otro entre el colectivo de médicos, auxiliares

o celadores que atenderían o trasladarían a la paciente en sus recorridos por el interior del hospital.

Lambert, por su parte, al llegar al hotel subió a su habitación y, sin deshacer el equipaje, entró en el ordenador para activar su localización. Una vez que abrió los intercomunicadores en línea con sus activos, volvió a salir para dirigirse al Hospital Gregorio Marañón.

CAPÍTULO 14

El jefe de la UBBI accedió por la puerta principal. Se acercó al mostrador de información, se presentó y pidió hablar con el director del hospital. La administrativa de recepción descolgó de inmediato el teléfono y marcó la extensión correspondiente.

—Hola Leire, llamo de recepción. Aquí hay un señor que quiere hablar con el director de manera urgente.

—Vera está ocupado —dice la adjunta—. ¿Quién pregunta por él?

—El señor Lambert —contesta—. Dice que es del Ministerio de Sanidad, del departamento de Inspección Tecnológica o algo así.

—Bueno, dile que se siente por allí y espere. Hablo con Vera a ver si puede recibirlo ahora.

Quince minutos después, Leire acude a recepción a buscar a Lamber y lo acompaña, por un laberinto de pasillos, hasta el despacho de Vera.

—Señor Lambert, ¿verdad? —Le tiende la mano, levantándose un poco de la silla, pero sin salir de detrás de su mesa de despacho.

—Sí, Arnold Lambert —dice él, estrechándosela con fuerza.

—Soy Marcos Vera, director del Hospital. Mmm… ¿Departamento de Inspección Tecnológica del Ministerio de Sanidad? —pregunta algo extrañado—. Pues usted dirá en qué puedo ayudarle —añade, señalando el sillón confidente que tenía delante de su mesa, invitándole a tomar asiento.

Lambert se sienta y gira levemente la cabeza hacia la mujer que lo ha acompañado. Luego mira a Vera mientras se reacomoda las gafas, esperando a que entienda la indirecta.

—Leire, por favor; que no nos molesten —comenta entonces Vera, captando el significado de las miradas de Lambert.

Una vez a solas, y acomodados en sus sillones, Arnold Lambert se reclina hacia atrás en el respaldo, saca su identificación del

bolsillo interior de la chaqueta y la pone sobre la mesa sin decir palabra. Vera se acerca un poco, adelantando la cabeza, para leer mejor lo que ponía. La mira detenidamente y, con los ojos abiertos de par en par, levanta la mirada hasta encontrarse con la de Lambert.

—No entiendo nada. ¿Me puede explicar en qué podemos ayudar nosotros a la Interpol, señor Lambert? —dice, bajando progresivamente la voz, como si hablara con un espía camuflado.

—Bueno, como ve, no soy de sanidad y el hecho de identificarme ahora, y no antes, le da una idea de lo confidencial del asunto que me trae hasta aquí desde Francia —dice en un castellano correcto, pero teñido de cierto acento francés al pronunciar las erres.

—Sí, entiendo. Pero… dígame, ¿qué interés podríamos tener nosotros para la Interpol? ¿cuál es ese asunto?

—El asunto se llama Irune Salazar Arnaiz.

Marcos Vera palidece. «¿Qué misterios se esconden exactamente tras esta paciente, que ha movilizado a la Policía Judicial, a dos jefazos de CIBION-Mex y a la mismísima Agencia de la Interpol?», piensa.

Vera carraspea para aclarar la voz y dice:

—Pues estoy a su disposición. Dígame qué puedo hacer por usted.

—Pues… varias cosas —comenta Lambert—. Primero, cuénteme con todo detalle cómo acontecen los hechos desde que la señorita Salazar Arnaiz entra por la puerta del hospital. Luego, necesito el nombre del médico que está a cargo y que introdujo los datos de su historia en el ordenador; tengo que interrogarle. ¡Ah! También quisiera el listado de todas las personas que han tenido contacto con la chica desde su llegada: médicos, enfermeras, familiares...

—De acuerdo —asiente Vera, desviando la mirada—. Lo primero que haré será localizar al médico que la operó. Él es quien puede facilitarle la mayor parte de la información, pero ha salido de guardia esta mañana, así que...

—Perfecto. Llámele —contesta, escueto.

—Y… esperando en la cafetería —añade, como si acabara de recordarlo— tengo a la madre de la joven y al inspector de policía que quiere interrogarla en cuanto despierte del coma.

—¿La joven está en coma? —pregunta Lambert.

—Mmm… Sí. Eso tengo entendido. Disculpe —dice, dispuesto a marcharse, antes de que le hiciera más preguntas que no supiera cómo contestar—, ahora vuelvo y le voy contando. Déjeme dar instrucciones.

—Pues… si de paso me busca una sala donde pueda instalarme... quisiera aprovechar el tiempo. Podría ir interrogando a la madre después de hacer una llamada.

—Entonces le dejo algo de privacidad y ahora mismo vuelvo —dice Vera, con intención de salir de aquella sala lo más rápido posible y sin dar opción a que Lambert volviera a intervenir.

ΔΔΔ

Vera se siente agobiado con tantos frentes abiertos a la vez. Se acerca a su adjunta encargándole que llame a Serrano para que venga de inmediato y le ruega que entretenga a Lambert en su despacho todo lo que pueda.

—Leire, invítale a café o a lo que quieras; pero que no salga de aquí hasta que yo solucione unas cosas, te lo ruego.

—De acuerdo. No te preocupes.

Acto seguido, entra a la sala de reuniones contigua a su despacho, donde se habían vuelto a instalar los visitantes.

—Buenas, señores. Veamos. No sé las dimensiones de este asunto, pero se me está escapando de las manos y no quiero líos en mi hospital. Used es el padre de Irune —dice Vera, dirigiéndose a Derek—, y como tal le digo que no dudo de que sean ciertos todos los documentos que me han enseñado, ni los de confidencialidad que firmé, ni juzgo siquiera la discreción que pidieron respecto a la madre de la paciente; sin embargo, acaba de llegar un agente de la Interpol preguntando por la joven y necesita la sala para hacer sus interrogatorios —añade, frotándose la frente y notando el sudor frío

correr hacia abajo desde la nuca y las patillas—. ¡Esto ya es insostenible!

Salazar y Liceaga intercambian varias miradas mientras Vera expone la situación.

—No se preocupe —se apresura a decir Liceaga aparentando tranquilidad, cuando sabía que, tanto él como Salazar, estaban en la boca del lobo.

—Quiere hablar con la madre primero y luego… con todos los demás—sigue diciendo, levantando una ceja—. Le he dicho que está en la cafetería, pero si prefieren hablar ustedes antes con él…

—No me malinterprete, pero nuestra visita debe seguir siendo discreta por el momento… —interviene Salazar.

—Eso pensaba —dice Vera torciendo el gesto—. Entonces, señores, tienen que marcharse y dejarle esta sala a él. Me ha pedido un lugar para trabajar.

—No sé si le reportaron que Irune despertó, pero que no recuerda nada —añade Liceaga, cambiando de tema.

—¿Amnesia? No, no sabía nada. Llevo un día de locos —interviene Vera—. Parece que los acontecimientos se suceden con mucha rapidez.

—El punto es que… de todas formas, no hay más que hacer de momento. No tiene caso estar aquí hasta que le regrese la memoria, ¿sí? —se justifica Derek, mientras mira a su compañero y empieza a recoger.

—Eso es. Así que nos paramos[14] y le dejamos la sala —dice Liceaga, con una falsa sonrisa y guardando también sus cosas —. Estaremos en contacto de seguido con el doctor Serrano, ¿cierto?

—Bien. Se lo agradezco.

—Disculpe por tanta molestia. No nos demoraremos más de cinco minutos en recoger —añade Derek, para tranquilizarlo.

ΔΔΔ

Vera no sabía a ciencia cierta si había hecho bien o mal al no hablarle a Lambert de la presencia de los visitantes de CIBION-Mex,

a juzgar por sus reacciones cuando mencionó la presencia de la Interpol; pero en ese momento, el hecho de que desaparecieran era un frente menos del que ocuparse. «Lo mío es dirigir un hospital; no hacer trabajo de investigación, ni descubrir secretos de nadie», se dice, tratando de tranquilizar su conciencia, mientras se dirige de nuevo al despacho.

—Disculpe la espera, señor Lambert —dice, nada más entrar—. El doctor Serrano está siendo localizado y ahora mando a buscar a la madre de la señorita Salazar a la cafetería.

—¿Ya tiene un sitio donde pueda instalarme?

—Sí. Justo aquí al lado hay una sala donde no le molestarán. En diez minutos la tendrá; la están limpiando ahora —explica.

Tras un breve silencio añade…

—¡Ah, qué cabeza tengo! Le iba a traer el expediente de la chica, pero el médico que la operó lo custodia bajo llave; como procede en casos de herida de bala. Sin embargo, me dijo el doctor que el inspector Ferrero se llevó la bala y copia del informe esta mañana. Tengo aquí su tarjeta, por si quiere localizarle. —Va hacia el cajón de su mesa para cogerla

—Se lo agradezco, pero la Interpol dispone de una gran base de datos. Yo localizo al señor Ferrero, gracias.

—¡Claro, por supuesto! Era por ayudar.

—Gracias de todos modos.

—Pues… acábese su café tranquilamente y mi adjunta le avisará cuando esté lista la sala. Voy a ocuparme de unas cosillas y ahora vuelvo.

—Bien, gracias. Mientras tanto voy a hacer otra llamada.

Al quedarse solo, abre su portátil y, en apenas unos minutos, entra en la intranet de la Policía Judicial española. Accede a la base de datos e introduce el nombre y los apellidos del inspector Ferrero. Enseguida aparece el teléfono de la comisaría, el nombre del comisario al mando y el número de su teléfono directo. Cuando lo tiene en línea, se identifica y le explica, sin mucho detalle, la importancia que el caso Salazar Arnaiz tiene para la Agencia.

Con esa simple información, y sin darle tiempo a pestañear, los retira del caso, solicita copia escaneada de toda la documentación

que obra en su poder hasta el momento y le anuncia que dispondrá del inspector Ferrero como activo doble.

—¿Le parece bien, señor Comisario?

—Andamos cortos de personal, pero… ¿tengo otra opción?

—No —contesta con sequedad.

—¿Ya habló con él?

—No —vuelve a responder de forma cortante—. Pero recuerde que lo usaremos los dos, así que despéjele la agenda siempre que le sea posible —añade Lambert.

Acto seguido, comunica con Mor y Bern para controlar la posición y abandona el despacho de Vera; instalando su cuartel general en la sala acristalada, con mesa de caoba, que le habían cedido.

ΔΔΔ

El inspector Ferrero e Izel Arnaiz llevaban ya un buen rato charlando, tras haber terminado lo que empezó siendo un desayuno y acabó siendo un brunch.

Ella se había repuesto del impacto que le supuso saber que estaba sentada con el que atropelló a su hija y que además era el policía que llevaba el caso, tras ser absuelto por Asuntos Internos. Conocer por Líam todo lo que pasó le devolvió la confianza y, que le dijera que podía contar con su apoyo en todo momento, le hizo sentir cierta seguridad.

El tiempo pasa y ambos siguen sin noticias de Vera. Líam se levanta, como si fuera a ir al aseo, y se acerca al mostrador de la cafetería para pagar la cuenta antes de que lo hiciera Izel.

—Es usted muy amable, inspector Ferrero…

—Líam, por favor —puntualiza.

—Bueno, Líam; pero no debía invitarme.

—No se preocupe, señora Arnaiz. ¡Qué menos que agradecerle el tiempo que me ha dedicado!

—Pero… ¿no invitaba el director? —comenta con una tímida sonrisa.

—A un café sí, pero casi hemos comido.

—Claro, es cierto. Pues… muchas gracias.

—Yo se lo agradezco. Hemos tratado asuntos delicados y se ha mostrado muy comprensiva conmigo.

—No crea que le va a salir gratis mi buena disposición—dice sonriendo de nuevo y dándole unos golpecitos en la mano que Líam tenía sobre la mesa—. Se lo cobraré recurriendo a usted cuando lo necesite, inspector.

Ya se disponen a salir de la cafetería cuando suena el teléfono de Líam.

—Lo siento, es mi jefe. Tengo que cogerlo —dice disculpándose, mientras se aleja un par de pasos de ella y pulsa la tecla verde del móvil.

—Sí, jefe.

—[…terminado…]

—No, es que no localizábamos a la paciente y estamos esperando a que…

—[…]

—¿Nos relevan del caso?

—[…]

—¡¿Cómo?!

—[……]

—Pero… jefe…

—[……]

—¿Y quién es ese Lambert?

—[…Interpol…]

—¿Trabajar con la Interpol? ¿Qué creen que saben los gabachos de lo que pasa aquí?

—[……]

—Sí, lo sé. Órdenes son órdenes, pero esto es muy raro. Figúrate que no saben dónde está la chica. Ayer estaba en coma y hoy no la encuentran. ¿No te parece que debíamos esperar a que…? —le tutea, con la confianza que tenían en privado.

—[…solo a ti…]

—Esto tenemos que hablarlo. Ahora voy.

—[……]

—Vale, vale. Espero a que me contacte. Acompaño a la madre de la chica a dirección y si no me contactan me voy a verte.

Por el tono que estaba tomando la conversación, de la que iba captando palabras sueltas, Izel sospecha que se avecinan nubarrones.

Cuando corta la llamada, Líam frunce el ceño, la mira fijamente y aprieta los labios con fuerza.

—Mmm… Señora Arnaiz —dice con tono y gesto serio—, aquí hay cosas que usted no me está contando. Es imposible que no sepa nada.

—No sé a qué se refiere —dice, haciéndose la despistada —. ¿Qué pasa ahora?

—Mi jefe me acaba de decir que la comisaría se retira del caso. Ha venido un Agente de la Interpol desde Francia para encargarse y me quiere a mí colaborando en el caso.

—¿Interpol? —interroga ella, mientras el color desaparece de sus mejillas y unas gotas de sudor aparecen en su frente.

—Sí, Interpol. ¿En qué anda metida su hija? ¿No dijo que hablaba de todo con ella? O… ¿acaso andan metidos todos ustedes? —pregunta molesto, y bajando un poco la voz, mientras se acerca a su oído.

—No lo sé, le aseguro que no sé qué quieren los de la Interpol —responde, también en voz baja, como si no quisiera que nadie se enterase.

—Estamos hablando de delitos internacionales. ¿Cómo no va a saber usted algo? —masculla entre dientes, acercándose más a ella.

—Mire, usted me cae bien; pese a estar involucrado en el accidente de mi niña.

—Ya, ¿y…? —dice, mirándola fijamente a los ojos e invitándola a responder.

—Nuestra vida ha sido algo complicada y hay cosas, sí; pero de momento no puedo revelarle nada porque así lo firmé para poder darle a mi hija una vida medio normal. ¡Hágase cargo!

—Izel —insiste, tratando de ganarse su confianza—. ¿Puedo llamarla Izel?

—Sí, por favor.

—Le hablo de manera extraoficial, porque ya no podré contarle más del caso; si hay algo que pueda hacer para ayudarlas a su hija y a usted… debe contármelo.

—Inspector Ferrero, es usted un buen hombre. Solo le puedo decir que, si la Interpol está aquí es que ellos también lo están. Lo que ocurre tiene que ver con unas personas que me pareció ver cuando salimos del despacho del director, pero si pensaran siquiera que he podido contarle algo… usted y yo estaríamos en peligro. ¡No se imagina cuanto! Son capaces de cualquier cosa.

—¿Por eso casi se desmaya antes? O sea que sí. Hay cosas que no me cuenta y justifican la intervención de la Interpol —le espeta Líam, mirándola fijamente.

—¿Tiene usted hijos, inspector?

—No. Estoy soltero. ¿A qué viene eso ahora?

—Cuando tenga hijos lo entenderá. Por favor —ruega Izel, con ojos vidriosos—, no me pregunte más. Se lo suplico.

—De acuerdo. Permítame acompañarla al despacho del director a ver qué nos dicen de su hija.

—No, no —dice con voz temblorosa—. Mejor que no le vean conmigo. Ahora estoy casi segura de que están aquí. Usted es policía. Si me ven con usted yo… Por favor, váyase.

—Vale, vale. Iré al despacho después de usted. ¿Está bien?

Izel se queda pensativa unos instantes y comenta:

—Si ellos están aquí y la Interpol también, es urgente que encuentre a mi hija ya.

—Izel, tome mi tarjeta. Si necesita cualquier cosa, extraoficialmente, llámeme. A cualquier hora —insiste—. ¿De acuerdo?

—Sí. Gracias —dice cogiendo la tarjeta y sujetando la mano de Líam entre sus manos—. Por favor, vigile a mi hija si la encuentra antes que yo. ¡Ah…! y cuide de ella si me pasara algo —añade—. ¡Extraoficialmente, claro! —exclama dibujando una sonrisa forzada.

—Me está asustando —comenta el inspector, frunciendo el ceño.

Los ojos vidriosos de Izel, más allá de su gesto forzado, le dieron a entender que aquello podía ir muy en serio.

—No se preocupe. Cuidaré de ella. No descansaré hasta saber qué está pasando. Y… por favor, contácteme. Tiene mi tarjeta. No puedo ayudarlas si me ignora.

—Sí, sí. Ande, deme un rato antes de presentarse en el despacho de Vera, ¿sí?

Líam asiente con un leve cabeceo y un parpadeo lento. No dice más. Izel, por su parte, con la cabeza puesta en encontrar a su hija en aquel dichoso hospital, en cuanto sale de la cafetería encamina sus pasos hacia el despacho del director. En el pasillo, la intercepta Leire.

—Señora Arnaiz, justo iba a buscarla.

—Pues aquí me tiene —contesta muy dispuesta—. ¿Ya saben dónde está mi hija?

—Mire, le acompaño a la sala de reuniones, donde el señor Vera y el señor Lambert la esperan —responde Leire, sin más explicación.

Aunque Izel tenía una exquisita educación estaba algo cansada de que la ningunearan y, sobre todo, vivía muy preocupada; así que nada más entrar, se dirigió al director, ignorando al otro individuo:

—Buenos días de nuevo, señor Vera. ¿Ya sabe dónde está mi hija?

—Señora Arnaiz —interviene Vera—, permítame presentarle al señor Arnold Lambert que quiere hacerle unas preguntas…

—Me parece fenomenal que este señor quiera hacer sus preguntas —le interrumpe, sin dejarle terminar las presentaciones—, pero yo solo tengo una y hasta que no tenga la respuesta no pienso contestar las preguntas de nadie.

Y apoyando las dos manos sobre la mesa, los mira a los ojos y vuelve a preguntarle a Vera:

—¿Dónde está mi hija? —Y sin darle tregua, da un golpe en la mesa con la palma de la mano y luego añade— ¡Quiero verla ya!

En ese mismo momento, entra en la sala el doctor Serrano. Demacrado, con los ojos hinchados y con un humor de perros. Lleva varios días durmiendo muy poco o nada y, cada vez que llega a su casa con la intención de descansar, vuelven a hacerle ir al hospital para endosarle algún nuevo marrón en aquel culebrón mexicano —nunca mejor dicho.

—Buenos días —dice Serrano, serio y sin dirigirse a nadie en especial—. ¿Esto va a ser así siempre?

—¡Hombre! —exclama Izel sarcástica al verle aparecer—. ¡Ya estamos todos!

—¿Qué es lo que ocurre ahora, Vera? No consigo dormir ni seis horas seguidas en cuatro días —dice, ignorando a Izel y a Lambert.

—¡De todo! —comenta nervioso el director, haciéndole señas con los ojos para que se callara—. Este es el señor Arnold Lambert, de la Interpol —dice, remarcando el nombre de la agencia y elevando una ceja—. Ha venido a interrogar a todo el mundo que tenga o haya tenido relación con Irune Salazar Arnaiz. Por otro lado, la paciente no aparecía y la señora Arnaiz estaba muy preocupada —continúa, remarcando la frase y haciendo partícipe con ello al doctor de la información que se estaba dando en ese instante a la madre y a Lambert—. No obstante, me ha comunicado el intensivista de UCI que la han despertado, pero que no recuerda nada —prosigue, poniéndole al día de las novedades para que nada le cogiera desprevenido—. Parece que estaba en otro box por necesidades del servicio, pero la van a subir a planta en breve.

—Muy bien, pero ayer tuve una guardia muy larga y me han hecho venir con urgencia. Supongo que no era solo para informarme de que se perdió una paciente dentro del hospital o de que el señor Alber…

—Lambert —matiza Vera.

—…pues que el señor Lambert va a interrogar a todo el hospital, ¿verdad? —comenta Serrano, muy molesto, dejando claro que el caso Irune Salazar le tenía ya bastante quemado.

—Señor Serrano —dice Lambert—, he sido yo quien solicitó su presencia porque el caso ha pasado a ser de la Interpol y necesito interrogar a todos los que han tenido contacto con la Señorita Salazar Arnaiz.

—Siéntate, Carlos; por favor —trata de persuadirle Vera, echándole una mirada que Serrano traduce para sí de inmediato como: «No me jodas, Carlos, y siéntate de una puta vez; que no está el horno para bollos».

Luego, mirando a Lambert, y manteniendo una sonrisa de «Mona Lisa», Vera comenta:

—Yo voy un momento a mi despacho y luego me acerco a planta con la señora Arnaiz, para que vea llegar a su hija. Si le parece bien, le dejo con el doctor Serrano para que le haga las preguntas pertinentes y pueda marcharse a descansar.

—Perfecto —dice Lambert, mientras se prepara para interrogarle —. Pero luego quiero hablar con la señora Arnaiz; no lo olvide — añade.

—No, por supuesto. Soy el primer interesado. Cuanto antes se resuelva lo que sea que busque… antes podremos seguir con nuestras vidas.

Marcos Vera sale de la sala, acompañado de la señora Arnaiz. La deja unos instantes en la antesala de su despacho, con Leire, mientras él entra un momento para enviar un mensaje al busca de Serrano.

M. Vera: «No menciones de momento a los visitantes.

Luego hablamos».

CAPÍTULO 15

Líam apoya los codos en la barra y sumerge la cabeza entre sus brazos mientras resopla. De acuerdo con lo prometido a Izel, está a punto de pedirse otro café para hacer tiempo cuando le entra una llamada con número desconocido.

—Inspector Ferrero, ¿dígame? —responde.

—¡Aló! Señor Ferrero, soy Arnold Lambert; de Interpol.

—Dígame —dice, enderezándose de golpe—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Seré muy breve. Cuando nuestra agencia interviene en cualquier país, la costumbre es colaborar con activos locales y usted va a trabajar como activo doble en el caso de la joven Irune Salazar Arnaiz.

—Sí, bueno, algo me adelantó el comisario Gómez hace un momento, pero supongo que tendrá que darme más detalles de porqué tienen interés por este caso, ¿no?

—Eso tendrá que esperar —comenta con urgencia en la voz—, pero puedo decirle que hay peligro de fuga de información sensible de alto nivel estratégico y que la joven Salazar Arnaiz es una pieza clave.

—¿Qué tan importante es la seguridad de esa joven? He estado hablando con su madre y…

—Señor Ferrero, no es momento de seguir preguntando. Hay gente muy poderosa detrás de esto y el objetivo parece ser la neutralización o la recuperación.

—¿¡Asesinato o secuestro!? —traduce, sorprendido.

—Eso pensamos. Hasta ahora no había estado expuesta. El coma hacía que estuviera aislada y vigilada; pero ahora…

—Perdone, señor. Ni sabía que ya no estaba en coma. Es que así de repente todo…

—¡Señor Ferrero! —interrumpe Lambert, disgustado—. Le aseguro que no hay tiempo que perder. Es hora de pasar a la acción. Tengo dos activos camuflados entre el personal del hospital. Llegado el caso no se equivoque.

—Sí, señor. ¿Cómo reconoceré a su gente?

—Le envío unas fotos.

—Las tengo —dice, despegándose el móvil de la oreja para mirar la pantalla y volviéndoselo a poner en la oreja—. ¿Qué quiere que haga exactamente?

—Vigílela de cerca. Tiene cinco o diez minutos. La van a trasladar a la tercera planta. Habitación trescientos doce. —puntualiza Lambert—. Asegúrese de que acaba en la habitación correcta y sin incidentes.

—¿Desde dónde la trasladan? ¿No sería mejor acompañarla en el recorrido?

—Usted ocúpese de esperarla en la tercera planta y no haga ni preguntas ni sugerencias —dice algo molesto—. No quiero pensar que me he equivocado con usted.

—No, señor. Digo… sí, señor.

—He pedido un par de refuerzos al comisario Gómez hace quince minutos. Por la información de que disponemos, más vale prevenir —añade Lambert.

—De acuerdo, señor. Voy para la planta de inmediato.

En cuanto termina la conversación, guarda el teléfono en el bolsillo interior y apoya, instintivamente, su mano izquierda sobre la IWB[15] que cuelga de la cadera, algo retrasada, oculta bajo el chaquetón tres cuartos. Todos sus músculos se tensan por un instante. Sin quitar su mano de la funda, sale con paso ligero y llama el ascensor de público que, para colmo de males, va parando de planta en planta mientras baja desde la sexta. Líam sube en la planta cero, junto con seis personas más, y pulsa el botón de subida. Al llegar por fin a la tercera, se abre paso para salir.

Trata de adoptar una postura relajada, pero en realidad se prepara para actuar; por si el peligro es tan inminente como sospecha Lambert. Ya fuera del ascensor, con el pulgar libera el

seguro de la funda mientras las palabras de su padre resuenan en su cabeza: «Un buen inspector no desenfunda pronto; uno vivo, tampoco tarde».

ΔΔΔ

En el box cifrado, el teclado numérico de acceso restringido sigue en rojo. A su lado, vestido de policía, field Mor mira nervioso su reloj. Dentro, intensivista y enfermera observan cómo la paciente lucha contra el sopor de la anestesia residual. Clara le da unos golpecitos suaves en la mejilla y la joven parpadea. Primero una vez. Luego otra y otra... Parece que sus párpados lucharan contra de su voluntad de mantenerse en el plano real. La somnolencia gana la partida, a pesar de que ha coordinado algunas respuestas a varias preguntas básicas formuladas hace apenas unos minutos.

Minutos después, sus ojos tardan en enfocar; como si el mundo hubiese decidido llegarle con retraso.

—Ya despierta otra vez —comenta la enfermera sin levantar la voz.

—Retirada completa de goteros —ordena el doctor Zarca.

Clara mira extrañada al intensivista.

—Se los ponemos en la habitación. Son órdenes de arriba, yo tampoco lo entiendo —contesta mirándola y haciéndole una mueca de medio lado con la boca.

—De acuerdo.

—Cinco minutos y la trasladamos —añade tras mirar la hora.

—Sí, doctor.

Clara retira la medicación, dejándole únicamente la vía. Poco después, unos golpes en el cristal del ojo de buey de la puerta llaman la atención de ambos. El intensivista hace una señal con la cabeza.

—Es la hora. Acompáñalos —le dice a ella—. Ficho y te veo en la planta antes de irme.

ΔΔΔ

Mientras, el hospital continúa con sus rutinas habituales: camillas transitando los pasillos, el rodado de carritos de medicación entrando y saliendo de las habitaciones, pasos apresurados de aquí para allá… El murmullo constante de un lugar que nunca descansa. Field Bern no ha logrado sustituir al celador y así se lo comunica a Lambert.

—Lo siento Lead —se disculpa—. Pero voy con bata blanca. Estoy en el montacargas. Los acompañaré y subiré hasta la cuarta planta, como si compartiera ascensor. Luego bajo una planta por las escaleras.

—Sí, sí. Perfecto. Ahora deja la línea en silencio, que están todos los micros abiertos —le ordena el Lead.

Lambert y los activos, nacionales e internacionales, están en alerta; cada uno con su cometido y en conexión remota a tiempo real.

Cyber, desde los Estados Unidos, se acerca a la pantalla de su ordenador y presiona uno de los cascos para centrar su oído en identificar algo extraño.

—Lead —murmura—, detecto un pulso de datos. Bajo ancho de banda. Proviene de ella.

La bio, Yin Yuen, se tensa. Se acerca el micro a la boca e interviene.

—Podría ser reflejo del despertar —aclara—. El implante reacciona cuando se recupera la consciencia.

—No —responde Cyber—. Alguien está moviendo datos.

Dentro del box, la paciente intenta hablar. Apenas le sale un hilo de voz.

—¿Dónde…?

—Tranquila —responde la enfermera—. Estás a salvo.

Del otro lado de la puerta, el celador se dirige al policía que custodia la entrada al box.

—Traslado a la habitación trescientos doce —anuncia—. ¿Código?

—Yo lo tecleo —le contesta.

Field Mor introduce la clave y el teclado cambia a verde. La puerta se abre con un pitido doble. El celador entra y saluda.

—Buenos días.

—Hola, buenas. Mantenla tranquila. Respuestas simples. Nada de estímulos fuertes —ordena Zarca al celador.

—Claro —contesta él, escueto, bajando la cabeza y empezando a trastear en los mecanismos de la cama.

La camilla sale al pasillo, empujada por el celador. Unos pasos detrás van Clara y field Mor. Se dirigen hacia el montacargas. Sin embargo, desde que salen del box cifrado, algo parece no encajar.

El intensivista se marcha del box y sube por las escaleras a la primera planta para fichar su salida en la zona UCI. Por su parte, Ferrero ha llegado a planta y se dirige a la habitación para inspeccionarla.

Y, cuando las puertas del montacargas se abren en la tercera planta, el caos se desata y ocurre todo a la vez. Las luces del ala parpadean una fracción de segundo sin llegar a apagarse. Titilan. Lo justo para que el sistema se reinicie.

—¿Qué? Eso no es normal —dice el Ferrero entre dientes y asoma la cabeza al umbral de la puerta de la habitación.

El celador sale del montacargas con la camilla y se hace a un lado para que pasen Clara y Mor. Mientras, un asistente de mantenimiento, con bata azul, aparece desde el fondo del pasillo, empujando un carro de material, en dirección al montacargas. Nadie lo mira dos veces, como un elemento más que forma parte del entorno o la rutina. A Líam, que observa desde el umbral, tampoco le llama la atención cuando pasa por delante; pero una rueda del carrito choca contra el zócalo por accidente un poco más adelante y la mano que sostiene con disimulo una semiautomática queda al descubierto unos segundos. El hombre se aleja mientras Líam reacciona y se parapeta tras una columna.

—¡Al suelo! —grita entonces, disparando hacia el carrito.

En ese mismo instante, todos se detienen. El supuesto asistente de mantenimiento pega dos tiros y el celador, Clara y Mor se vuelven hacia el montacargas; pero las puertas ya se cerraron y cinco metros los separa del pasillo transversal. No hay dónde resguardarse. Sin embargo, los disparos no van directos a la paciente, sino al inspector y al techo. Field Mor se coloca delante de la camilla y dispara al aire, mientras intenta ver quién es quién en ese fuego cruzado que se

inicia. Unos cuantos disparos se cruzan y Mor siente el impacto de uno de ellos en la pierna. Estaba demasiado expuesto.

Clara cubre la cabeza de la paciente con la sábana, como un acto de protección, y se agacha tras la camilla. El celador, ataviado con la misma bata azul que el tirador, alcanza la camilla y tira de ella hacia el montacargas de nuevo; pero la fuerza con la que Clara sujeta la barra lateral le opone resistencia.

El tirador, en cuclillas, se parapeta entre el carro y la pared y se arrastra, hábilmente, hasta llegar a la altura de Irune. Luego se lanza, pero no logra asir la camilla. Desiste un instante y dispara de nuevo hacia Líam y Mor, quienes a su vez le responden.

«Necesito hacerme con la camilla aprovechando el tiroteo», piensa el celador, quien sale corriendo, pulsa el botón del montacargas y se oculta en el pasillo transversal para calcular los movimientos que debe hacer hasta recuperar a la chica.

Field Mor se sujeta la herida y trata de cubrir al inspector, quien sigue disparando a discreción. Suenan los cristales de los fluorescentes, que saltan por los aires y caen al suelo desparramados cuando los alcanzan los disparos hechos al aire. «¿Dónde están los malditos refuerzos?», dice Líam para sí, al tiempo que se va acercando más, resguardando su espalda de una columna a otra. Aprovechando que Mor le cubre, va abriendo con una mano las habitaciones que encuentra a su paso, mientras apunta y dispara al tirador con la otra. Ya está bastante cerca, pero sigue disparando para alejar al tirador de la paciente. Las balas, sin embargo, rebotan en los laterales del carro provocando sonidos metálicos. Gritos y llantos salen de las habitaciones cuyas puertas fue dejando abiertas a su paso el inspector.

El tirador, al fin, agarra la camilla y la sacude con un impulso fuerte para deshacerse de la enfermera que, agachada, se aferra a una de las barras laterales. Clara está tratando de tirar a Irune al suelo, en un intento desesperado por llevársela de allí y protegerla, cuando la sacudida la sorprende. Ante el envite, la enfermera agarra las sábanas creyendo que tira de la ropa de la joven, pero no. Entonces, como instinto de supervivencia, corre a refugiarse; sabiendo que el esfuerzo ha sido inútil. La paciente cae poco

después de la camilla y se encoje. Se ha quedado sola y desprotegida, a merced del tirador.

Field Mor repta con el codo mientras una mano presiona la herida y la otra sostiene la pistola. Trata de acercarse a Irune, pero el tirador le dispara bajo la camilla y le acierta de nuevo. Field Mor grita y se retuerce de dolor.

Dos disparos más del tirador, por encima de la camilla esta vez, impactan en la pared; a unos centímetros de Ferrero. Este aprovecha los segundos posteriores para acercarse a la joven sin lograr agarrarla. En el mismo momento, el delincuente rueda sobre su espalda y avanza, decidido, reptando luego con rapidez sobre sus codos, hacia la joven que sigue acurrucada, en posición fetal, tras la camilla. Ferrero está más cerca de ella.

—¡La chica! —grita alguien, abriendo la puerta de las escaleras que dan a mitad del pasillo y disparando— ¡Protejan a la chica!

—¡Refuerzos! Más vale tarde que nunca —masculla entre dientes Ferrero, quien se lanza contra la paciente, volcando su cuerpo sobre ella. Inmediatamente siente el impacto seco del proyectil en la pared de detrás. «Casi no me libro», piensa. Las puertas del montacargas vuelven a cerrarse sin que el celador, por su parte, haya logrado llevarse a Irune.

—¡Mierda! ¡Joder! —dice el celador, mientras corre hacia las escaleras del personal con intención de abandonar la escena. «No me dijeron que habría alguien más intentando llevársela», murmura para sí entre dientes.

Aprovechando el desconcierto creado por la aparición de los refuerzos, Moreau logra arrastrarse hasta el pasillo del montacargas. Ferrero lo ve y reacciona levantando su cuerpo, liberando de debajo a la paciente y empujándola fuerte con sus pies para alejarla de allí; facilitando la extracción por parte de field Mor, quien la agarra, tira de ella y la arrastra hasta una de las salas del pasillo transversal. Una vez que la siente segura, se asoma a la esquina y grita a la enfermera:

—¡Cierra! ¡Cierra ahora! —Y señala hacia un cuadro de emergencia en la pared.

Clara reacciona y se lanza al cajetín presionando con fuerza el botón. Entonces, una puerta de persiana —que sirve para aislar sectores— baja hasta algo más de la mitad. Tres personas quedan tras ella: Clara, Irune y Mor. El tirador dispara de nuevo y una bala se incrusta en el cajetín, deteniendo el mecanismo. La persiana queda atascada.

La paciente hiperventila. No entiende. No recuerda. Pero su cerebro sí. Su pulso se acelera y unas lágrimas recorren sus mejillas.

—No… —murmura—. No aquí. Debo salir, debo salir… —susurra una y otra vez, temblorosa.

Field Mor, gira la cabeza y la mira.

—¿¡Qué!?

Ella niega con la cabeza. Confundida. Asustada. Se encoge y se estremece instintivamente, como si su cuerpo recordara la sensación de peligro.

—No sé… —susurra—. Esto no es seguro.

Cyber habla por el comunicador con Lambert, quien está siendo testigo silencioso de la escena, conteniendo el aire, desde los cascos de su ordenador, en la salita donde se hallaba instalado.

—¡No vienen a matarla! —dice Lambert, rompiendo el silencio—. ¡Vienen a recuperarla!

Del otro lado de la puerta de sectores, de repente se hace el silencio. Un silencio denso, antinatural, en el que todas las miradas se cruzan con rapidez.

Field Bern, después del golpe que recibió cuando bajaba por las escaleras desde el cuarto piso, y que le mantuvo fuera de juego hasta ese momento, reacciona y se apresura a entrar en escena. Los dos refuerzos que llegaron tarde lo miran. Uno de ellos le hace con la mano la señal de stop y luego se miran entre sí. El tirador está reteniendo a Ferrero por el cuello mientras le apunta a la sien con una pistola.

—Entréguenla y lo soltaré —grita, girando su cabeza hacia el otro lado de la puerta de sectores, donde sabe que está la paciente.

La joven, en cuclillas y con la espalda pegada a la pared, cierra los ojos. Su cuerpo no deja de temblar.

—¿Por qué me quieren? —le pregunta a Moreau, casi en un susurro.

Field Mor la mira de nuevo. Por primera vez, no como sujeto ni como caso, sino como persona. Ella respira fuerte y él responde con firmeza:

—Porque aún no saben quién decide aquí. Tranquila —le contesta, volviendo a empuñar con fuerza el arma y asomándola fuera del umbral de la puerta.

Mientras, Bern ha vuelto a entrar a la zona de escaleras de público. Con rapidez, baja una planta, recorre el medio pasillo que le separa de las escaleras de personal y sube por ellas hasta la planta inmediata. Moviéndose con sigilo, arma en mano, pasa delante de la sala donde están resguardados Mor e Irune. Los mira, asiente con la cabeza y la ladea. Mor entiende el mensaje de su compañero y responde con señas: «te cubro».

—¡Lead! —dice Cyber por línea interna.

—¿Cyber? —responde este.

—Transmisión activa de datos, señor. Respuesta cerebral a estímulos específicos en tiempo real.

—Confirmado, Lead —interviene Bío—.

—Es unidireccional. Del exterior a la paciente —puntualiza Cyber.

Field Mor, con conexión a Lambert, se vuelve hacia la joven de repente esperando ver la reacción.

—Sí, Lead. Estimulan puntos cerebrales responsables de producir serotonina y dopamina —añade Bío.

—¡Vale! La están cuidando —les tranquiliza Lambert.

Bern se agacha y se acerca al hueco de la puerta de sectores. Uno de los dos refuerzos, compañero de Líam, ve media cabeza y el cañón del arma asomar levemente bajo el ángulo derecho. Entonces mira a su compañero, que está en el ángulo izquierdo para que actúe, bailando la mirada entre el tirador y él un par de veces. El oficial capta el mensaje y, valientemente, se deja ver frente al tirador mientras habla con él para entretenerle; dando opción a que Bern actúe desde atrás.

—¡Está bien! Me levanto lentamente y dejo el arma en el suelo —explica, mientras hace lo que va diciendo.

—¡No se mueva de ahí o disparo a este tipo! —dice el tirador, ajustando la mano con la pistola sobre Líam.

—Es policía. No quieres hacerlo —dice el oficial, dando pasitos muy lentos hacia él, con las manos levantadas a la altura del pecho.

—¿¡Quién lo dice!? —Y aprieta el cañón con fuerza sobre Líam, quien del impulso ladea la cabeza mientras levanta las manos pidiendo calma.

En ese momento Bern se tira al suelo, asomando bajo la puerta, y dispara por detrás al tirador en el hombro. Este, al encogerse de dolor, baja el brazo que empuñaba el arma; lo que aprovecha Líam para echarse hacia atrás con fuerza sobre él y lanzar con su pierna la pistola que acaba de caer, en un acertado acto reflejo. Al instante, sus compañeros corren hacia ellos y terminan de bloquear al individuo. Lo colocan boca abajo en el suelo y le ponen las esposas.

—C'est fini —dice Bern por el intercomunicador.

—¡Incidente controlado! —traduce Lambert, tras un suspiro largo —. Revisión a la paciente, evaluación de daños y reporte —añade por los intercomunicadores.

—Lead, field Mor va directo a quirófano.

—¡Entendido! —comenta con pesar.

CAPÍTULO 16

Lambert había detenido los interrogatorios en cuanto se confirmó la amenaza y comenzó el caos. Por la tarde, tras comprobar que Moreau estaba relativamente bien, retomó su actividad. La señora Arnaiz, por su parte, sufrió un ataque de ansiedad cuando les impidieron, a Vera y a ella, acceder a la tercera planta a causa de un tiroteo. Irune, por supuesto, fue atendida tras el incidente de la mañana. Le administraron calmantes y restringieron las visitas para que pudiera descansar. Para alguien que acababa de despertar de un coma, aquel caos flotaría en su cabeza durante varios días; como una pesadilla que no sabría bien cómo gestionar. Serrano se marchó a casa y durmió a pierna suelta, por fin, más de seis horas seguidas. Clara, repuesta del susto, aún tuvo que hacer su turno de veinticuatro horas; hasta que Serrano se incorporó al día siguiente. A pesar de su dilatada experiencia, ese fue uno de los días más duros de su vida; pero como una gran profesional que era, aguantó el tipo, se tomó unas cuantas tilas, fingió tranquilidad y vigiló a la paciente de cerca. Entendiendo que el peligro era muy real, entraba a la habitación cada treinta minutos y no se separaba del control hasta que su vejiga hacía saltar la alarma de «inundación inminente».

A las ocho de la mañana, antes de que finalizara su turno, la enfermera entró a la habitación junto al intensivista y al neurólogo.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunta Beltrán

—Bien, supongo.

—Echando la vista atrás, ¿qué recuerdas?

—Lo de ayer. Los recuerdos de lo de ayer se mezclan en mi mente cuando cierro los ojos —dice, girando su cara hacia la ventana para disimular unas lágrimas que resbalan por su mejilla sin poderlas contener.

—Tranquila, no te agobies —le dice el intensivista, comprensivo —. Aún es pronto.

—¿Sabes? —comenta Beltrán, queriendo animarla—. Que recuerdes algo de lo de ayer es una muy buena noticia.

—¿Usted cree? —pregunta, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano que no tiene la vía.

—Sí. Significa que el pasado inmediato ya se está fijando en tu memoria reciente y creando recuerdos —comenta, a pesar de saber que aquello no significa demasiado por ahora.

—Es cierto —apunta Zarca—. Creo que esto podría hacer que la memoria vaya viniendo poco a poco. ¿Verdad? —añade, mirando a Beltrán.

—Eso espero —comenta Irune—porque…

—Oye, Irune —dice de repente Beltrán—. ¿Recuerdas si tenías novio?

—¿Novio? —pregunta, extrañada.

—Sí, novio, novio —repite Clara, sonriéndole y arrugando la nariz, como si intercambiara confidencias con ella—. Un chico bien parecido… —inventa, a partir de lo que le comentó el inspector que debía decir—. Sasha, creo que dijo en recepción.

—Sasha… Sasha… El nombre me quiere sonar, pero… no recuerdo. ¿Preguntó por mí? ¿Por qué no vino a verme?

—Bueno —dice, mirando a los doctores y dudando de cómo continuar—. Es que… ayer tenías restringidas las visitas.

—Ya, pero… ¿cómo voy a recordar si no veo a nadie que estimule mi memoria? —Y gira de nuevo el rostro hacia la ventana.

—Bueno, tranquila. Ya volverá. Por cierto, casi se me olvida —dice, captando de nuevo la atención de la paciente—. Me acaban de comunicar que vas a tener una visita especial. —Lo comenta bajando la voz y acercándose a su rostro.

—¿¡Quién!? —pregunta con interés.

—No puedo decírtelo. Tenemos que ver si reconoces a esa persona.

—Vale. ¡Qué nervios! Es como si fuera a hacer un examen.

—¿Te ponías nerviosa para los exámenes? —pregunta Beltrán.

—Supongo que sí, porque me ha salido sin pensarlo. —Sonríe.

—¿Ves? ¡Es un principio! —exclama Clara.

—Nosotros nos vamos —comenta Zarca, incluyendo en ello al neurólogo—. Mañana pasará el doctor Beltrán a ver cómo vas, ¿de acuerdo?

En ese momento, se abre la puerta de la habitación y, al tiempo que salen los doctores, entra Vera, el director, seguido de Izel Arnaiz.

—¡Mamá!

—¡Irune! ¡Hija mía, qué alegría! ¿Cómo estás, mi cielo? Me dijeron que no recordabas nada. No te imaginas lo preocupada que me tenías por el incidente de ayer. —Izel habla sin dejar de besar a su hija entre frase y frase.

Irune, desbordada por todos los acontecimientos, rompe a llorar desconsolada. Su madre la abraza con sumo cuidado. Clara, que presencia el encuentro, sonríe complacida.

Vera quiere darles algo de intimidad durante unos minutos y, llevándose del brazo a Clara, sale al pasillo y aprovecha para preguntarle sobre la evolución de la paciente. Luego, regresa de nuevo a la habitación.

—Bueno, señora Arnaiz. Ya ha visto a su hija.

—Puedo quedarme, ¿no?

—Sí, claro. Supongo que no habrá inconveniente, pero aún tiene que contestar algunas preguntas. ¿Recuerda? —dice levantando una ceja.

—Sí. Lo recuerdo; aunque tengo poco que contarle a ese señor Lambert.

—Bueno, pero ahora debe acompañarme. Luego puede quedarse aquí cuanto quiera.

—Vale. Le tomo la palabra. Cuanto antes terminemos con esto mejor para todos. No irá a cambiarla de nuevo en cuanto me vaya, ¿no? —comenta, sarcástica.

Vera ladea la cabeza y eleva otra vez la ceja, poniendo gesto serio.

—Mamá, ¡no te vayas!

—Tranquila cariño. Es un momento y en seguida vuelvo. Tenemos mucho que contarnos.

—¡Bueno! Pero no tardes, por favor.

—No, no lo haré; lo prometo. —Y mira de reojo a Vera.

Ya a solas en la habitación, la joven se queda mirando hacia la ventana sin saber aún que su vida ha cambiado para siempre. De momento, solo recuerda su nombre… y el rostro de su madre. Todo lo demás, son incógnitas que debe despejar.

ΔΔΔ

Sin descanso, sin ni siquiera tomarse un receso para comer, Lambert fue interrogando, uno a uno, a todos los que no pudo ver antes del incidente en la tercera planta y que habían estado en contacto, aunque solo fuera unos minutos, con Irune Salazar Arnaiz.

Cabe decir que obtuvo poca información. Sobre todo, de Izel; de quien esperaba poder sacar bastantes datos interesantes y a la que no hubo manera de persuadir. A pesar de que la había acorralado contra las cuerdas en varios momentos, ella siempre se salía por la tangente.

—Es usted un hueso duro de roer —comenta Lambert.

—Solo soy una madre que protege a su hija. Si quiere información averígüela usted. Ese es su trabajo. El mío, en estos momentos, es ejercer de madre.

—Mire, sé que usted está metida en este entramado hasta el cuello. Sé que sabe mucho más de lo que me cuenta y sé que está protegiendo a más gente además de a su hija. Y lo demostraré —añade, mirándola fijamente a los ojos y apuntándola con el dedo de manera inquisitoria—. No me venga ahora de madre perfecta.

Izel Arnaiz le sostiene la mirada sin pestañear, y sin mover un solo músculo de su cara, durante unos segundos. Luego, Lambert desvía la vista hacia la pantalla del ordenador y prosigue.

—No ponga esa cara. Sé que usted es cómplice de llevar a término un embrión manipulado genéticamente y averiguaré hasta dónde más se extiende su responsabilidad.

—Pues empiece primero por averiguar por qué le dispararon a mi hija y quién intentó matarla ayer en este mismo hospital, y estando usted en las instalaciones, en vez de remontarse tan atrás en el

tiempo—responde ufana—. Están pasando cosas ahora y nadie hace nada por averiguar.

—Y… ¿qué cree usted que está pasando? Ilústreme.

—Eso es lo que alguien tendría que investigar antes de que sea tarde, pues parece que la policía ya no va a hacerlo.

—¿Y eso cómo lo sabe usted?

—Me lo dijo el inspector que llevaba el caso. Por lo que parece, lo han relevado.

—Eso no es del todo así —puntualiza Lambert—. Cierto que ahora yo me ocupo de todo, pero el inspector Ferrero y la comisaría a la que pertenece están colaborando conmigo.

—Pues no sé si me deja más tranquila porque… aquí hay demasiados jefes para tan pocos obreros —responde—. El que disparó a mi hija está en la calle, campando a sus anchas, mientras usted me acribilla a preguntas y suposiciones de un pasado muy lejano.

—¿Suposiciones? Señora Arnaiz, son hechos en los que llevo años trabajando y no suposiciones —responde—. Apuesto a que usted sabe mejor que yo lo que sucede. Por eso le pregunto.

—¡Ya! —exclama—. ¿Hemos terminado? ¿Me puedo marchar para estar con mi hija?

—¡De momento! —añade, mientras cierra su ordenador—. Por cierto, ¿Tampoco sabe si su hija tenía novio?

—Sí lo sé. ¿Se lo ha dicho el inspector?

—Sí. A él también he interrogado —asiente.

—Sasha. Sé que se llama Sasha y que es bastante rarito para mi gusto.

—Defina «rarito»

—No sé. Es… mi impresión personal —titubea—. Es poco hablador y… para mí que es gay.

—¿Tiene algo contra gais y lesbianas, señora Arnaiz? Tal vez… ¿es usted homófoba, señora Arnaiz? —dice con cierto retintín.

—No. No lo soy.

—¿Entonces?

—Que… si fuera gay, no sé qué haría de pareja con mi hija. Sería raro, ¿no?

—Sí —asiente, dándole la razón—. Sería raro. Lo tendré en cuenta. Muchas gracias por su colaboración.

—¿Puedo marcharme ya?

—Sí —comenta pensativo—. Se puede marchar de momento. Voy a andar por aquí un tiempo así que no descarto llamarla más adelante. No salga de la ciudad hasta nueva orden.

—¡No lo haré! ¡Ya sabe dónde estoy! —dice dirigiéndose a la puerta malhumorada.

—Disculpe, ese Sasha… ¿tiene apellidos? —pregunta Lambert.

—Reyes, creo recordar —responde ella, con la puerta entreabierta y sin volverse.

—Gracias.

ΔΔΔ

Lambert coge su teléfono y pulsa la tecla número tres. Apenas suenan un par de tonos y su hombre de confianza en Lyon responde.

—Lead, ¿cómo está Mor?

—Consciente y fuera de peligro —responde.

—Me alegro, señor.

—Cuando le den el alta volverá a Lyon. Organiza el traslado —ordena.

—Sí, Lead.

—Otra cosa, Phil. Localízame en las bases de datos a un tal Sasha Reyes. Multas de tráfico, drogas, antecedentes criminales… Comprueba si está fichado. Y localízame propiedades, alquileres, cualquier cosa a su nombre… Indaga en los alrededores del lugar del accidente y busca también un contrato a su nombre en empresas de seguridad. Si necesitas algo específico de aquí, cuenta con Ferrero.

—Sí, Lead.

—¡Ah! Podría ser gay. Organízate con él para buscar en los clubes de ambiente donde suelan reunirse; a ver si le localizáis o encontráis algún cabo del que tirar.

—Me pongo a ello, señor.

—Entra en la frecuencia de la policía local y repórtame cualquier incidente delictivo relevante que ocurra.

—¿Relevante, Lead?

—Sí. Peleas con armas, revueltas que requieran de la intervención policial…

—Claro, Lead.

—Coordínate con el Equipo Interpol Madrid si con Ferrero no basta. Enseguida te envío el enlace local.

—Sí, Lead.

ΔΔΔ

En la habitación trescientos doce, Irune espera el regreso de su madre cuando asoma la cabeza por la puerta el inspector Líam Ferrero, tras golpear un par de veces con los nudillos.

—Hola, ¿se puede pasar?

—Depende, ¿quién es usted?

Líam se adentra en la habitación cerrando la puerta tras de sí. Irune se agarra a las sábanas con temor mientras le mira fijamente.

—Tranquila —dice, levantando las manos a la altura del pecho—. Soy inspector de policía. Estuve ayudándote en el tiroteo que hubo en el pasillo. —Saca la placa de identificación y se la muestra—. ¿Me recuerdas? Me lancé sobre ti. Bueno, luego te empujé con los pies para alejarte del tirador y que pudieran ponerte a salvo los demás agentes.

—¡Ah! Entonces… tú eres el que me aplastó y luego me dio la patada. Creo que algo de eso sí recuerdo —dice, esbozando una sonrisa—. Aún me duelen las costillas.

Se hace el silencio y Líam aprieta los labios mientras la mira.

—Lo siento. En ese momento…

—Gracias —dice tímidamente—. Había… mucho jaleo y yo… estaba muy asustada, pero… —añade, entrecortando las frases y mostrándose insegura—. Es que recuerdo trozos sueltos y… no acabo de encajar todas las piezas. Es… como si fuera un puzle donde nada tiene demasiado sentido.

—Ya me imagino; fueron momentos muy difíciles y… No pasa nada si no recuerdas todo —dice moviendo las manos—. Por cierto, soy amigo de tu madre —añade—. Estaba con ella justo antes de que pasara todo aquello.

—¿Le envía mi madre? ¿No va a venir?

—No, no, no. No es eso —niega, tratando de tranquilizarla—. Es que quería verte desde hace varios días, pero… entre unas cosas y otras… no hubo ocasión —Líam no entiende por qué se está poniendo tan nervioso al hablar con ella.

—¡Ah, ya! No le dejaron entrar.

—Bueno, algo así —responde, sin más explicaciones—. El caso es que… soy uno de los policías que se ocupa de la investigación y tengo que hacerte algunas preguntas. ¿Podemos tutearnos? Debemos tener edades parecidas…

—Sí, sí, claro. Sin problema —dice, mientras el rubor le sube a las mejillas y retuerce las sábanas sin darse cuenta—. Nos tutearemos —afirma—. Pero ¿qué preguntas quieres…?

—Tranquila. Otro día. Es que andaba por aquí… —se excusa—. Hoy solo vine a verte y a… presentarme. Mañana vuelvo, si te parece, y vamos viendo cómo te encuentras, qué recuerdas...

—Vale. ¡Mejor! —exclama, liberando un suspiro—. Es que… dicen que no puedo fiarme de mi memoria por ahora y tampoco sé aún en quién puedo confiar… pero usted, digo… tú pareces buena gente.

— Mira, te voy a dejar mi tarjeta —dice sonriendo y metiéndose la mano en el tres cuartos para darle una— y si, de repente, recuerdas algo del incidente que te trajo hasta aquí o de quién te disparó… pues me llamas.

—Vale.

—¿Tienes móvil?

—Sí. Me lo dieron, pero… como no recuerdo nada de mi vida de antes… estaba esperando a mi madre para mirarlo —comenta, bajando la mirada al tiempo que sus ojos se llenan de lágrimas—. Por si hay cosas que veo…

—Sí, sí. Eso está bien —interrumpe Líam, observando fijamente los ojos de aquella joven que le devuelven la mirada como si fuera un pajarillo indefenso—. Y no te preocupes por nada, que he

prometido a tu madre que te iba a proteger; así que relájate y descansa. —Se hace un breve silencio en el que los dos se miraban sin saber qué más añadir para continuar conversando—. Bueno, tu madre no puede tardar —añade finalmente como despedida.

Da algunos pasos hacia la puerta y, justo antes de llegar se gira.

—Irune, llámame cuando lo necesites, no solo si recuerdas algo, ¿vale? Considérame… un amigo —dice, tras dudar unos instantes.

—Lo haré —contesta educadamente ella, mientras se seca una lágrima que rueda por la mejilla.

En esos momentos de frustración, dolor y soledad, lo cierto es que tener un amigo es exactamente lo que necesita. Aunque aún no sabe si confiar en él plenamente, su intuición le dice que es sincero.

ΔΔΔ

La sala de interrogatorios de la comisaría central era pequeña, de paredes blancas y tenía una cristalera que no dejaba ver lo que había del otro lado. Una cámara con pie, enfocando a la mesa, registraría todo lo que allí se dijera.

El tirador permaneció allí, solo e incomunicado, durante una hora y media; como estrategia policial para pillarlo cansado de esperar. Estaba sentado en una incómoda silla de madera. Tenía las manos esposadas, ocultas bajo la mesa, un apósito mal puesto sobre la ceja derecha y un moratón en la mejilla contraria; testigos silenciosos del forcejeo del día anterior en el pasillo del hospital y de su posterior detención.

Lambert y Ferrero entraron en la sala. El primero se sentó frente al detenido; traje oscuro y una expresión neutra mil veces ensayada. Como si aquello no fuera algo personal, sino un interrogatorio más; aunque, en su interior, sentía el alivio de haber encontrado por fin un cabo del que tirar si hacía las preguntas adecuadas. Mientras, Líam permaneció de pie, detrás del detenido, apoyado en la pared y con los brazos cruzados sobre el pecho. Observando. Dispuesto a intervenir si llegaba el caso.

Después de una hora de interrogatorio aquello parecía no avanzar. Lambert estaba frustrado y el inspector visiblemente nervioso; resoplando y mirando su reloj a cada rato.

—Vamos a hacerlo fácil —dice el Lead—. ¿Te das cuenta de que disparaste en un hospital lleno de gente y apuntaste a la sien de un inspector de policía tras agarrarlo por el cuello? ¿Cómo te enteraste de los movimientos de traslado de la paciente? Eso no es improvisación. ¿Quién te manda? ¡Habla de una vez o…!

—O… ¿qué? ¿Me hará contar estrellas también? —dice el sujeto, esbozando una sonrisa de medio lado.

Líam sale de detrás y da un puñetazo en la mesa que lo pilla desprevenido.

—No disparé a matar, ¿vale? —dice de repente el presunto criminal.

—Pues heriste a un agente —contesta el Lead acercándose a él, asomando medio cuerpo por encima de la mesa.

Lambert mira de reojo al inspector, respira profundo y vuelve a mantener su compostura.

—No te pagaron para eso, ¿verdad? —responde el inspector, hablando por primera vez y tirando hacia atrás de la cabeza del preso, al que sujeta por el pelo—. ¿Para qué te pagaron? ¿Para raptarla? ¿Para crear un revuelo y facilitar una salida a tu cómplice? ¡Contesta! ¿Para qué? —pregunta gritando cerca de su oído.

Se hace un silencio tenso y Líam lo suelta.

—Yo trabajo solo. No tengo cómplices —dice el detenido.

—¿No? Y qué me dices del celador que salió huyendo por patas al ver que no podía llevársela —dice Líam, moviéndose luego hacia el otro lado de la mesa y situándose junto a Lambert.

—Yo de eso no sé nada.

El Lead desliza entonces una carpeta por la mesa, la pone frente al individuo y la abre.

—Te arrestamos en el pasillo cuando intentabas impedir el traslado de la paciente —afirma Lambert, mientras esparce sobre la mesa las imágenes sacadas de las cámaras del hospital—. Sabías exactamente a qué hora, por dónde, y quién la escoltaba —insiste,

golpeando con el dedo cada foto—. Demasiada precisión para un sicario que trabaja por su cuenta.

El tirador baja la mirada un segundo, se hace un breve silencio y el Lead insiste de nuevo.

—¿Quién te dio la información? ¡Estás colmando mi paciencia!

—No fue información —corrige el hombre—. Fue acceso.

El inspector, mirándole de frente, se acerca al reo por encima de la mesa.

—¿Acceso a qué? —le grita en su cara—. ¡Habla de una vez!

El detenido levanta la vista y los mira a los dos.

—Acceso a ustedes, ¿vale? A ustedes.

El jefe de la Interpol no reacciona, pero toma el relevo de las preguntas.

—Explícate.

—Yo sabía los movimientos antes de que ocurrieran. Los cambios. Las reuniones. Las decisiones —dice el tirador—. Alguien se aseguró de que yo escuchara lo que ustedes hablaban.

El inspector inclina la cabeza para mirarle.

—¿Cómo?

El hombre, vencido, cansado tras varias horas de interrogatorio, suelta el aire que retenía en sus pulmones con un largo suspiro.

—Micrófonos. Pequeños. De contacto. Debajo de la mesa —va diciendo a trozos.

Lambert se queda inmóvil.

—¿Qué mesa? —pregunta, intuyendo ya la respuesta.

—La suya en el hospital —dice el tirador—. Desde la que daba instrucciones. No la revisó, ¿cierto? —añade con una sonrisa sarcástica y mirándolo directo a los ojos.

El silencio cae como una losa sobre su orgullo. «¿Cómo no revisé la mesa? ¡Error de principiante!», piensa Lambert.

El inspector habla despacio, tratando de evitar mirar hacia el Lead.

—¿Quién los colocó?

—Yo no —respondió el hombre—. Yo solo recibía los audios. Ubicaciones, ventanas de tiempo, número de agentes, tipo de protección, caminos posibles... El objetivo nunca fue matarla.

—Entonces, ¿cuál era? —pregunta.

El tirador aprieta con fuerza los labios antes de decidirse a responder.

—Llevarla al punto de extracción. Para sacarla del país, creo. Sacarla viva antes de que pudiera recordar lo suficiente. Antes de que alguien pudiera hacerle preguntas incómodas.

—¿Punto de extracción? —interrumpe el Lead.

—Una ambulancia esperaba abajo. Saliendo por el montacargas.

—Pero… había otra persona que también trataba de llevársela por el montacargas —añade Líam.

—¿En serio? —pregunta extrañado—. Pues yo no sé nada de eso.

—¿Tratas de encubrir a alguien? ¿Al celador quizá? —pregunta dándole una pista.

—Para nada —responde, seguro de sí mismo—. Siempre trabajo solo. Ya se lo he dicho. Mi cometido era llevarla hasta la ambulancia y fin del trabajo.

El inspector mira finalmente a Lamber. Se retira un poco de la mesa, como cediéndole el turno de preguntas, mientras se repeina el cabello hacia atrás con los dedos y deja las manos cruzadas tras la nuca.

—¡Vale! ¿Quién organizó todo? —interviene el Lead.

El hombre duda. No tanto por miedo como por cansancio.

—Un tipo con acento… mexicano, creo.

El agente de la Interpol cierra los ojos un instante. Apenas un parpadeo lento de un par de segundos.

—¿Motivo?

—¿Protección? —dice el tirador, casi con burla—. ¿Control? ¡Llámelo como quiera! No sé. Yo no pregunto. Cuanto menos sepa, mejor.

El silencio se hizo eco de nuevo en la habitación.

—Él se encargaría de ella. Yo solo iba a colaborar en el traslado —añade unos segundos después—. El resto no me incumbe. Pero insistió en que no tuviera ni un rasguño.

El inspector apoya ambas manos en la mesa.

—¿Y los disparos entonces?

—Para forzar el caos. Ustedes aparecieron antes de tiempo. Tuve que cambiar el protocolo. Improvisar. —Alza la mirada.

El jefe de la Interpol recoge las fotos y cierra la carpeta.

—Nombres —dice con el semblante severo—. ¿Quién más está implicado? ¿Los conoce?

El tirador niega con la cabeza.

—¡Otra vez! No – lo – sé —dice silabeando—. Yo no veía caras. Solo escuchaba. Y cuando él hablaba… —sonríe de medio lado— no hacía falta preguntar.

El inspector lo mira fijamente.

—¿Decía algo en concreto? —interviene.

El hombre tardó en responder.

—Siempre termina igual —dice—. Como si fuera una broma privada.

—¿Qué decía? —pregunta la Interpol.

El tirador traga saliva.

—Que hay dos formas de contar estrellas, respirando… o en un silencio infinito.

Nadie habla durante varios segundos. Lambert se pone de pie y es el primero en apartarse de la mesa.

—¡Ya está bien! —exclama—. ¡Llévatelo al calabozo!

«¿Habrá topos entre el personal? ¿Qué fue lo que vio Izel, que le impactó tanto como para desmayarse? ¿Tan peligrosos son? ¿Quién tiene acceso a toda la información? En el hospital saben más de lo que dicen, pero… ¿quiénes son?», piensa el inspector Ferrero, mientras se lleva al preso de vuelta al calabozo.

Un rato después de llevárselo, regresa a la salita.

—Llama a una unidad de rastreo y a los de informática —dice Lambert, mirando a Líam—. Quiero cada centímetro de ese hospital barrido y tú… extrae el micro de la mesa con cuidado. Primero —ordena— quiero ver ese artilugio que se me pasó y luego, que lo analice la científica hoy mismo. Te espero aquí revisando cosas. Ahora sabía que el peligro nunca había venido de fuera y que siempre la habían cuidado.

ΔΔΔ

—Aquí está —dice el inspector, dejando una caja sobre la mesa como si pesara más de lo que pesaba en realidad.

—Sáquelo —ordena Lambert.

El inspector se pone los guantes y extrae una bolsa transparente antiestática, etiquetada como «prueba».

—Bajo la mesa ovalada de la sala de reuniones —dice, sujetándola en el aire—. Ligeramente desplazado hacia la cabecera.

Lamber, se pone los guantes también, lo extrae con cuidado y lo examina.

—Adhesivo industrial, sin cables… ¿qué medirá?

—Apenas 25 o 30 milímetros.

—Extraplano y… ligero —añade, mientras lo hace saltar varias veces en su mano—. Que lo analice el experto en tecnología; a ver qué puede decirme.

—Ahora mismo lo llevo y le meto toda la prisa que pueda —dice Líam.

Al cabo de tres cuartos de horas, el experto se presenta en la sala de briefing con un breve informe preliminar, para hacerle una consulta a Lambert.

—Señor… Soy el perito informático forense.

—¿Ya lo tienen?

—No, señor —dice, mostrándole la bolsa antiestática en la que les habían entregado el dispositivo.

—Pues dígame entonces.

—Señor Lambert, se trata de un micrófono modelo AURIX NØMADA–S, fabricado por una empresa pantalla tecnológica ubicada en Tallin —anuncia—. Tiene un diámetro de 28 mm, un grosor de 3.2 mm y pesa unos 9 gramos.

—Vale —dice el Lead—. Y… ¿eso es todo lo que averiguaron en casi una hora?

—No, es que el problema reside en sus características técnicas.

—Lo siento. No le sigo.

—Pues que es un micrófono MEMS direccional múltiple, capaz de reconstruir voz por vibración de superficie y transmite en ráfagas cifradas vía red celular IoT[16] de baja potencia, lo que hace que sea difícil interceptarlo y analizarlo.

—¿Ráfagas cifradas? —cuestiona Lamber.

—Si. Transmite por lotes de información. No transmite audio de forma continua sino por lotes.

—¿Lotes de información?

—Sí, señor. Envía paquetes breves, cada 20 o 30 segundos, y luego se para. No emite todo el rato. Hace paradas cuando hay silencio y se activa al detectar la vibración de la voz a través de las superficies…

—Vale, vale —interrumpe el jefe de la Interpol—. Pero, ¿cuál es la dificultad exacta que tienen?

—Es tecnología puntera, señor. Y… aunque he hallado un modelo similar que utilizan en la unidad de transmisiones del ejército de Estados Unidos, este tiene un microcondensador de autodestrucción térmica parcial que borraría la memoria si se manipula incorrectamente.

—Ya veo —dice pensativo, mientras mira el dispositivo negro a través de la bolsa—. Y no tienen cómo abrirlo con los medios de que disponen, ¿no?

—Señor —interviene el técnico—, he estado trabajando en el volcado y desencriptación del dispositivo, pero sin suerte. Un análisis profundo requeriría abrirlo en un entorno controlado para evitar la activación del mecanismo térmico interno y eso… —duda unos instantes en si decirlo— no estoy seguro de poderlo hacer. Necesitaría de un analista criptográfico forense o un técnico en ciberinteligencia.

—¡Entiendo!

—Lo siento, señor. Un análisis forense digital no es suficiente.

Lamber, decepcionado por el tiempo perdido, mira al perito y luego saca su teléfono del bolsillo dispuesto a marcar.

—No se preocupe. Lo solucionaré con nuestro especialista en inteligencia cibernética en Estados Unidos, aunque esperaba saber

quiénes están detrás de esto en menos tiempo; la verdad.

—Me disculpo de nuevo, señor.

—¿Y huellas? —pregunta, antes de que se marche.

—Nada útil —contesta—. La superficie es nanotexturizada.

—¿Repele la grasa?

—Eso es; repele la grasa de la piel —confirma—. Hemos usado vapores de cianoacrilato, luz forense multiespectral, polvo magnético negro y fluorescente, hisopado para ADN de contacto… —dice el perito, tratando de justificarse.

—¿Sin resultado? —interrumpe Lambert, al ver que se extendía demasiado.

—Exacto señor. Solo hemos obtenido fragmentos incompletos; demasiado pequeños y sin puntos de coincidencia.

Finalmente, el dispositivo desaparece dentro del maletín gris con una nueva etiqueta roja puesta por Lambert. A partir de este momento, se convierte en un asunto internacional.

Inmediatamente después de que desaparezca el perito, Lambert habla con Cyber.

—Sí. Te envío el dispositivo por valija exprés…. Eso es… Que lo pasen por AFIS[17] y luego por ABIS[18]... Quiero una huella y una cara… Sí, para ayer… Gracias, Cyber.

CAPÍTULO 17

Los días se sucedían sin pausa, pero sin prisa. Izel y su hija recordaban las conversaciones que ambas mantenían y las rutinas que la joven le contaba cada noche sobre su trabajo, su novio o sus emociones. Irune se sentía segura junto a su madre. Le daba paz tenerla cerca, además de ayudarla a colocar cada cosa en su lugar y, sobre todo, en su tiempo. Así fue rescatando, y llevando a la superficie, fragmentos que yacían dispersos en diversos lugares de su memoria.

Al principio, repetía preguntas hasta tomar conciencia de que había sufrido un accidente y un disparo, pero aún sin detalles.

—Pero… ¿qué fue antes, el atropello o el disparo en el hombro?

—Ya te lo he dicho; se cree que fue más o menos a la vez.

—Y… ¿quién quiere matarme, mamá?

—No lo sé. Aún están investigando.

—Pero, ¿cómo puede ser? En las películas analizan la bala y dan con el asesino ¿no?

—Sí, hija. Pero esto es la vida real y no siempre es fácil —le repite Izel con paciencia.

Cuando Irune cerraba los ojos sentía ansiedad y miedo sin poder explicar por qué. Se estremecía cuando oía las sirenas más allá de la ventana, sin motivo aparente. Con los días, mejoró la memoria anterógrada y comenzó a recordar conversaciones mantenidas en el hospital en días anteriores, ubicándolas correctamente en el tiempo; pero tenía pequeños flases, imágenes fragmentadas de luces, ruidos metálicos, sensaciones de impacto que la sobresaltaban… y una voz sin rostro que le hablaba. Aquel bombardeo de fotogramas inconexos alteraba su descanso y la dejaban exhausta. Su madre trataba de tranquilizarla cogiéndole la mano para que se sintiera segura; pero, tras cada episodio, Izel solo sentía una gran impotencia por no saber cómo ayudarla más. Quiso empezar mil

veces el relato secreto de su vida, pero desistía al verla sufrir con aquellos trozos de recuerdos deslavazados que, más que asentar el pasado, la asaltaban en la noche como alimañas que se abalanzaban sobre ella para devorarla en la oscuridad de su mente. Habría querido contarle de una vez a su hija todo lo sucedido desde que la tuvo en su vientre; sin embargo, nunca parecía el momento adecuado.

Al cabo de diez días, Irune era capaz de relatar su estancia en el hospital, recordar las visitas que pasaban por la habitación y hacer preguntas más complejas.

—Irune, tengo buenas noticias para ti —dice el neurólogo—. La memoria anterógrada está normalizada. Ya sé que los recuerdos del trauma siguen incompletos, pero un poco de normalidad en tu vida hará que esa memoria vuelva con mayor rapidez.

—Es que… no recuerdo gran cosa del accidente o del disparo —se queja Irune.

—Sí, lo sé. Y puede que esos recuerdos no se recuperen nunca o lo hagan de forma lenta —puntualiza el doctor Beltrán—. ¡Cada caso es diferente!

—Y… ¿entonces?

—Pues que… si sigues así, en un par de días te vas para casa.

La joven empezó a respirar con dificultad y el pulsiómetro del dedo envió mediciones aceleradas a la máquina.

—¿Qué te ocurre? —dice el neurólogo—. Tranquilízate. ¿No estás harta ya de estar aquí encerrada? —añade de forma empática.

—No, sí, bueno… es que… —titubea—. No me siento fuerte como para ir a trabajar y retomar mi vida.

—No, no, no. No me he explicado bien —corrige el doctor—. Sigues de baja, pero en tu casa —matiza—. Retomando las rutinas, saliendo a pasear, visitando lugares cotidianos…

ΔΔΔ

Esa tarde, la llamada a emergencias de un ciudadano anónimo alertó a la policía de un cadáver en la zona del «Madrid Río». El comisario

Gómez envió un coche patrulla al lugar y llamó al inspector.

—Líam, han hallado el cuerpo de Sasha Reyes; el novio de la paciente.

—Que me manden la ubicación. Voy para allá —dice él.

—Vale. ¿Avisas a Lambert?

—Sí. Lo llamo de camino, jefe.

Quince minutos después, tráfico mediante, Ferrero llega a la escena del crimen.

—¿Qué tenemos? —pregunta a sus compañeros.

—Te presento a Sasha Reyes. Nos lo ha puesto fácil esta vez. Llevaba encima su documentación y una pistola —añade uno de sus compañeros de comisaría—. A falta del informe de confirmación de balística —comenta el oficial—, el arma parece compatible con la que se disparó a la chica del hospital.

—¡Bingo! —exclama Líam—. Ya solo nos falta saber por qué.

Cuando el jefe de la Interpol llega, todos guardan silencio.

—No hay herida de bala, ni sangre en el suelo ¿no? —pregunta este, tras moverse alrededor del cadáver.

—No, señor —responde el médico forense—. Mire, aquí. —Señala—. Inyección limpia. Parálisis rápida. Y… ¿ve las petequias en su cuello? —pregunta sin esperar respuesta—, asfixia. Son marcas de dedos —dice señalándolas en el cuello de la víctima—. Sabré más con la autopsia, pero parece que no se defendió.

—Tal vez conocía a su agresor —comenta Líam, mirando a Lambert.

—O le pillaron desprevenido —interviene el oficial.

—Avísame cuando tengas el informe toxicológico —dice Ferrero, apoyando su mano sobre el hombro del forense—. A ver qué le inyectaron.

—Te llamo —contesta este.

—Comprobado —dice otro de los agentes, mostrándole la Tablet —. Es el novio de la chica. Alquiler a su nombre en Rivas; vivienda compatible con una de las dos posibilidades que había según el ángulo de tiro calculado —comenta mirando al inspector y a Lambert de forma alterna.

El jefe de Interpol se agacha despacio, sin tocar nada.

—Esto no es una ejecución impulsiva —dice—. Está calculado. Es la retirada de una pieza del tablero —sentencia.

El inspector Ferrero le mira sin parpadear. Pensativo.

—¿Por qué ahora? —dice al fin.

—Tal vez sabía demasiado —responde Lambert.

ΔΔΔ

Una vez que se retiraron Líam y Lambert, la unidad encargada de colaborar en el caso peinó la zona por si hallaban pistas que dieran con el asesino. Entre los arbustos, cerca del lugar del incidente, encontraron una mochila escondida. Una vez en la comisaría, inspeccionaron su contenido y uno de los agentes llamó al inspector por teléfono.

—Jefe. Tienes que ver esto.

—Estoy con Lambert. Vamos para allá.

Veinte minutos después, se personan en la comisaría.

—¿Qué tenemos? —dice Líam.

—Esto estaba en la mochila que encontramos en los alrededores —dice el suboficial—. Debió esconderla o tirarla antes de ser sorprendido.

—Lo mismo conocía a su agresor y no se fiaba —comenta—. O bien… el que le ordenó secuestrar a Irune se encargó de no dejar cabos sueltos —añade.

—¿Y liquidarlo directamente? No parece probable —dice Lambert.

—Tuvo que acercarse mucho para pincharlo en el cuello —argumenta Ferrero.

—Sí, eso es cierto. Debía conocerlo. Y… tendría sentido que hubiera pensado que querían liquidarlo y escondiera esto antes entre los arbustos —reflexiona en voz alta Lambert.

—Eso implicaría que quedó con él en persona… y que no se fiaba del todo de él o de ella... —Líam trata de dar sentido al hecho —. Podría ser —dice, mientras sigue dando vueltas a la cabeza—; pero… ¿quién demonios está manejando los hilos de este caso, que

se mancha las manos directamente? —Líam lanza la pregunta abiertamente a Lambert.

En ese instante, el jefe de la Interpol abre los ojos de par en par, le mira fijamente y…

—Alguien que prefiere hacerlo él mismo o alguien que no tiene aquí suficientes hombres. Déjame hacer unas llamadas —dice de repente.

Lambert sale de la comisaría, busca un momento de privacidad en un banco del parque que está al otro lado de la calle y contacta con los miembros de su Task.

—Cyber, entra en la base de datos del aeropuerto —ordena— y localiza el listado de todos los pasajeros que viajaron a España desde México en los últimos quince días… Eso es… Y los listados de salida hacia México hasta el día de hoy … Sí … Gracias; mándamelos cuando los tengas.

Mientras, Líam y su compañero continúan examinando el contenido de la mochila.

—Un portátil, un disco externo y dos móviles. Uno de ellos antiguo y sin conexión activa —recapitula el oficial.

—Vale, que lo enciendan todo en modo forense[19]; ya sabes.

—Si, jefe. Lo envío a la Científica a ver si hay algún técnico en informática forense que nos lo tenga para mañana.

—Avísame en cuanto sepas algo.

—Sí, jefe.

ΔΔΔ

Eran las siete y media de la mañana. El inspector Ferrero y el jefe de la Interpol esperaban en la salita de briefing de la comisaría. Les habían asegurado que a primera hora tendrían el análisis de evidencias digitales, pero el reloj parecía descontar minutos en vez de sumarlos.

Prepararon una buena jarra de café y se pusieron, mano a mano los dos, con los listados de pasajeros que Cyber les había facilitado. Sin saber bien a quién o quiénes buscaban, trataban de filtrar

aquellos que viajaron en los días posteriores al accidente y los cotejaron con los que ya se habían marchado del país.

A las diez en punto suena el teléfono de Líam.

—Inspector Ferrero, ¿dígame?

—Soy Garay, técnico de informática forense. Le acabo de mandar un correo con los últimos archivos abiertos en el móvil —anuncia—. Son audios.

—¿Y el resto?

—Acabamos de empezar con la unidad externa.

Líam busca los audios y mira al Lambert antes de reproducirlos. Luego, una voz grave y serena llena el espacio.

—No puedes protegerla si sigues así —se oye—. *Esto no es asunto tuyo y nunca lo fue. Ella estará a salvo cuando deje de ser visible, lo que nunca implicó que la trataras de matar* —continúa—. *No vuelvas a actuar por tu cuenta* —sentencia.

El silencio lo invade todo unos segundos. Se miran, y Lambert le hace un gesto con la cabeza para que reproduzca los demás audios. El inspector pincha en el siguiente y cierra los ojos un instante para evitar distracciones de alrededor.

—Quedemos en el parque del Manzanares; mi hotel está cerca. *Mándame ubicación cuando estés allá. Te llevo los billetes. Te regresas a casa.*

—¿Tenemos identificación de la voz? —pregunta Líam al técnico que se mantenía en línea.

—No directa —responde el técnico—; pero el archivo está cifrado con un protocolo corporativo. De los grandes. ¡Muy grande!

El jefe de la Interpol se pone en pie.

—¿¡Metadatos!?

—Bueno, el audio fue reenviado tres veces —continúa el técnico —. El último salto sale de una fundación pantalla. Sin sede física clara —especifica.

El inspector aprieta la mandíbula.

—¿Nombre?

El técnico duda un segundo.

—Aparece vinculado a una red de inversión extranjera… y a una especie de laboratorio biotecnológico o algo así.

Lambert y el inspector se miran.

—Gracias, Garay. Hazme saber todo lo que encuentres —añade Ferrero.

—¿Ves? El novio no murió por amor precisamente —dice el jefe de Interpol—. Murió porque no estaba previsto que esa pieza siguiera ahí.

—Y… porque alguien pensó que tal vez sabía demasiado —insiste Líam.

—Exacto. Este es un alfil —responde Lambert, volviendo a sus listados.

—Ya, la partida de ajedrez —comenta el inspector, bajando también la cabeza a sus papeles—. ¡Espero que no nos quedemos sin piezas!

—¡En fin! Ahora tenemos homicidio, secuestro en grado de tentativa, obstrucción a la justicia… y una cadena de decisiones que no pueden sostenerse solas —dice Lambert, pensando en voz alta.

—¡Lo tengo! —Líam señala un nombre con el marcador amarillo y mira a Lamber.

—¿Qué es?

—Derek Salazar —lee en voz alta el inspector— ¿Coincidencia de apellidos?

—¿Asiento contiguo? —pregunta Lambert.

—Edgar Liceaga.

—¡Bingo! —Lambert se afloja el botón del cuello de la camisa—. Comprueba de nuevo que efectivamente no han salido del país y ya los tenemos.

—¿Crees que el padre está detrás de todo esto?

—Estoy absolutamente seguro —asevera—. Llevo años detrás de ellos y ahora todo cuadra. Además —dice sonriendo y girando el portátil hacia Líam—. Cyber ha desencriptado el micro y me acaba de enviar nombre y foto de la huella parcial: Edgar Liceaga. ¡Compañero de viaje de Derek Salazar! Y… yo no creo en las coincidencias —añade.

—¡Los tenemos! —exclama el inspector.

—Bueno, primero hay que cogerlos —contesta Lambert—, pero con esto, mi equipo revisará las cámaras del aeropuerto en busca de

la parejita.

CAPÍTULO 18

Cuando terminaba la jornada, o cada vez que el trabajo se lo permitía, Líam pasaba por el hospital para saludar a Irune y hacer su propio seguimiento sobre cómo evolucionaba. Lo que empezó siendo trabajo, fue cambiando a un vínculo de confianza y atracción entre ambos.

—Hola Líam —susurra Izel, cuando el inspector entra en la habitación.

—Perdón, ¿interrumpo? —dice en voz baja, señalando a Irune que parece dormida.

—No, no. Es que ha pasado mala noche y como, además, entran a verla a cada rato… no ha pegado ojo —explica Izel, entre susurros.

—Entiendo.

—De hecho… tengo una cita con el notario en media hora —dice ella—. ¿Vas a quedarte un rato?

—Sí, tranquila, Izel. Voy a esperar a que despierte. Tengo que charlar con ella.

—Pues aprovecho y me voy ya. —Da unas palmaditas en el hombro de Líam, coge su bolso y se marcha sin hacer ruido.

Él se acomoda en el silloncito, junto a la ventana, observando a la joven en silencio y mirando hacia la calle de tanto en tanto. Quince minutos más tarde, recibe la llamada de Lambert y lo coje al primer toque.

—¿Sí? —susurra.

—He revisado las cámaras del hospital y hay novedades. ¿Dónde estás? —le pregunta.

—En el hospital.

—Voy para allá.

Un rato después, unos toques en la puerta hacen que Líam levante la cabeza. Lamber se asoma y le hace una seña para que salga.

—Creo que tenemos al celador.

—¡No me digas! ¿Lo habéis detenido?

El jefe de la Interpol le muestra las fotografías del cadáver de Sasha y las extraídas de las cámaras el día del tiroteo.

—¿Sasha Reyes era el celador que escapó? ¡Maldito cabrón!

—¿Crees que podría identificarlo? —dice Lambert, haciendo un gesto con la cabeza hacia el interior de la habitación.

—Podemos probar —responde el inspector.

Decididos, entran en la habitación. Irune abre los ojos y ve a Líam con un hombre desconocido.

—Líam, ¿qué ocurre? —pregunta ella con familiaridad.

—Mira, este es el señor Lambert. Es el jefe de la Interpol que está trabajando en tu caso —dice a modo de presentación.

—*Enchanté mademoiselle*. —dice en francés, cogiéndole cortésmente la mano y acercándosela a los labios sin llegar a tocarlos.

Sin pensar, cuando una chica atractiva se cruzaba en su camino, a Lambert le salía el idioma del amor de forma automática; aunque no pretendiera nada con ella.

—¡Es francés! —susurra el inspector en voz baja, dirigiéndose a Irune.

—¡Ya veo! —dice ella, respondiéndole con una sonrisa.

—Señorita, estas fotos… —Lambert duda en cómo planteárselo —. Espero que no le desagrade demasiado lo que voy a enseñarle, pero… necesitamos ver si puede reconocerlo.

—¿Debería? —pregunta, extendiendo la mano y agarrando las fotografías.

—Tú míralas —indica el inspector.

Nada más empezar a pasarlas arruga la frente y el rostro, tuerce la boca hacia abajo y levanta la vista preguntando:

—¿Está… muerto?

—Sí. Lo siento —dice Lambert.

Una vez superada la primera impresión las mira en silencio, con calma. Las extiende sobre sus piernas y trata de identificarlo, frotándose la frente con la mano que no lleva la vía.

—Mmm… El caso es que… —Se queda pensativa—. Es que… no sé, quiere sonarme; pero… se mezclan las imágenes —dice, levantando la vista hacia los presentes—. Lo intento, pero…mi mente da vueltas tratando de buscar el lugar donde situar el recuerdo —comenta angustiada.

—Tómate tu tiempo; es importante.

Se hace un silencio expectante que parece quedar suspendido en el aire.

—¡Sí, sí! —exclama de repente sorprendida—. Es… el celador que me subió en el ascensor.

Lambert y Lían se miran, apretando los labios.

—¿Ha muerto? ¿Cómo se llamaba? ¿Lo sabes? —pregunta Irune, mirando a Líam.

—Sasha Reyes.

—Sasha… ¡Ah! Mi madre dice que tengo un novio que se llama Sashhh... —No logra terminar de pronunciar el nombre cuando le asalta un pensamiento—. No es él, ¿no? —Mira a uno y luego al otro, con los ojos muy abiertos y el terror dibujado en el rostro—. Solo es el celador, ¿verdad?

—No lo sabemos seguro —miente el inspector, que gira su rostro hacia Lambert.

—Es muy posible —asevera, seco, el jefe de la Interpol.

—¡Dios mío! —dice Irune, llevándose la mano a la boca y mirando de nuevo las fotos con ojos bien abiertos—. ¡No me acuerdo! ¡No me acuerdo! ¡No me acuerdo! —repite, golpeándose la cabeza una y otra vez, con el talón de la mano.

—Bueno, tranquila —dice Líam, sujetándosela—. No te agobies. Ya irás recordando poco a ...

—¡O no! —interrumpe ella, sin dejarle terminar.

Al instante, los ojos se le llenan de agua y gira la cabeza hacia la ventana, disimulando la angustia que la embarga.

ΔΔΔ

Una vez que Lambert se marchó, Líam fue a la máquina de bebidas del pasillo para sacarle un chocolate caliente, con la idea de que se relajara. Irune recostó la cabeza en el almohadón y cerró los ojos con la intención de olvidar. Pero la mente, en ocasiones, es traicionera.

A medida que se sume en una especie de somnolencia…

…un zumbido. No, no viene de la habitación. No lo oigo. Lo sé. Viene de dentro. Se genera en mi cabeza. No es un sonido continuo. Son pulsos breves. Como los parpadeos del cursor sobre el fondo negro de una pantalla cuando el sistema operativo se reinicia. Es mi trabajo. Ordenadores…

No quiero recordar.

Ahora no.

Quiero descansar…

Luz blanca. Demasiada. No es la luz del hospital. Es más fría. Más limpia. Una mesa metálica. Voces. Voces detrás de un cristal…

—No va a sentirlo —dice alguien.

—Es el procedimiento —susurran.

—No, no es una voz. Otra vez lo sé, lo entiendo dentro de mi cabeza. Un clic seco…

Irune abre los ojos de golpe, sobresaltada, y sus párpados se vuelven a cerrar despacio.

—Un pitido… Otro…

El monitor cardíaco se acelera. Emite un pitido, otro, otro… que ella incorpora a su sueño. La enfermera lo oye. Acude corriendo. Abre la puerta.

—Tranquila —le dice desde la puerta—. Ha sido solo un espasmo.

Irune asiente desde su duermevela, pero sabe que no.

El zumbido vuelve. Es más intenso...

Líam ha vuelto con el chocolate, pero se da cuenta de que algo no va bien. Llama a Lambert, quien sale corriendo desde la sala de reuniones del hospital, donde instaló su centro de operaciones, y acude a la habitación. Mientras sube en el ascensor, se conecta en línea con la Task.

—Algo pasa. Todos atentos —dice.

En la habitación, Líam mira frustrado por no saber qué está ocurriendo. Clara se acerca a la cabecera y la acaricia con suavidad para que vuelva en sí poco a poco.

—…un campo abierto. Noche estrellada. ¿Noche? ¿Estrellas? —Irune sigue agitada por sus visiones y parlotea incoherencias.

—*Estrellas… estrellas. Formas de mirar estrellas…* —dice en voz baja, hablando en sueños de forma poco inteligible.

—…¿Silencio? Mirar en silencio las estrellas… el infinito…

Irune continúa en su mundo. Está de pie o cree estarlo.

—*Mira arriba* —dice la voz masculina en su cabeza. —Ella levanta la cabeza.

—*Hay dos formas de contar estrellas: respirando o…* —dice de nuevo la voz.

—¿Qué? No oigo el final.

Algo se activa en su cerebro y emite una señal que capta Cyber. El implante vibra sutilmente. Las imágenes no llegan completas a la mente de Irune; se superponen. Cyber avisa a Lambert de lo que ocurre cuando está entrando a la habitación.

—…un pasillo. Hospital. Estoy en el hospital. Un carro metálico. Manos empujando. Bata azul… —Una mano se detiene demasiado tiempo sobre su hombro.

—¡Ahora! —oye decir a alguien por un auricular*.*

No ve el arma, pero siente el impacto antes de oírlo y eso hace que se encoja en la cama.

—¿Irune? —la voz de la enfermera ahora es más cercana.

Ella no responde, porque el recuerdo no ha terminado.

—…¿qué? ¿qué edad tengo? ¿seis, siete años? Cables... cables en mi cabeza. Ordenador…

—*Confía en mí* —le dice su padre.

Y… por primera vez en su vida, algo en su voz no encaja. El zumbido se corta.

Silencio absoluto.

Irune jadea, como si acabara de salir del agua tras aguantar largo tiempo la respiración. Clara trae del baño un paño húmedo y lo pone sobre su frente.

—¿Qué le ocurre? —pregunta alguien fuera de su cabeza. Reconoce la voz del inspector.

Ella gira la cara lentamente, de un lado al otro, sobre la almohada.

—No son recuerdos —dice Cyber al fin, mientras Lambert contempla la escena, en la habitación—. Son… activaciones.

El inspector se queda inmóvil. Lamber observa a la joven detenidamente, queriendo descifrarla de algún modo.

—¿Activaciones de qué? —pregunta Líam, que ha oído a Cyber por el auricular.

—¡Shhh! Ahora no, Ferrero —le interrumpe el Lead, llevándose un dedo a los labios.

El monitor vuelve a acelerarse. Clara pasa el paño húmedo por toda la cara. Irune se lleva una mano en la sien mientras realiza unas respiraciones profundas; como si quisiera tomar contacto con la realidad tras despertar de un sueño largo y agitado.

—No creo que le estén suministrando recuerdos —interviene Bío —. Los recuerdos son suyos.

—Está recibiendo información—dice Cyber—. Me atrevería a decir que la están preparando suministrándole datos que han activado trozos de recuerdos. Emocionalmente lucha contra algo.

Se hace el silencio de nuevo sin que nadie se atreva a romperlo. Todos observan. Solo se oye la máquina retomando el ritmo normal de las pulsaciones.

—Los implantes no guardan recuerdos —asevera Cyber —. Los estimulan con micropulsos que el cerebro decodifica en señales.

El jefe de la Interpol lo entiende antes que nadie:

—Siguen queriendo sacarla del país. La quieren cómplice en la huida, pero ella tiene miedo —concluye.

En ese mismo instante, Irune abre lentamente los ojos. Se queda en silencio mirando a su alrededor. Trata de ubicarse en el espacio de la habitación.

—Líam, sácame de aquí. Quiero irme a casa —dice de repente, mirándolo fijamente mientras busca su mano.

Pero Lambert agarra a Líam del brazo y tira de él hacia afuera.

—Refuerza la seguridad en la puerta —ordena el Lead—. Día y noche. Ella sigue en peligro.

—Y… ¿Qué es eso de lo que hablabais? ¿Quién le suministra información? ¿Cómo?

—Tiene unos implantes híbridos bio-IA

—¿Unos qué?

—Unos implantes que aprenden con ella y de ella.

—No entiendo nada

—La decodifican a ella: pensamientos, imágenes, decisiones, información económica que ve o recibe y con ello elaboran sus estrategias a nivel económico o geopolítico. Todo canalizado. Todo útil. Todo convertido en poder —dice Lambert del tirón.

Líam lo mira fijamente con la mandíbula desencajada y sin poder creerlo.

»¿Se entiende ahora lo de reforzar la protección? —El jefe de la Interpol lanza la pregunta y se marcha sin que el inspector termine de reaccionar.

ΔΔΔ

Izel terminó sus gestiones en el notario, pasó por el banco en el que madre e hija tenían una cuenta conjunta y luego regresó, dando un paseo, al Gregorio Marañón. No podría jurarlo, pero sentía que la observaban. Que la seguían. Se detenía en los escaparates y trataba de ver el reflejo que le devolvían las cristaleras, pero solo localizaba una silueta; una sombra encapuchada y de complexión mediana en una u otra esquina de su ángulo de visión, que se mantenía a la distancia suficiente como para impedirle distinguir el rostro. Hacía mucho tiempo que había dejado de sentirse amenazada y de volverse a mirar hacia atrás. Sin embargo, desde que creyó ver a su exmarido en el hospital, todas sus alarmas se dispararon. Sus miedos habían vuelto y su intuición le gritaba que se protegiera. Que protegiera a su hija en la medida de lo posible.

Al llegar a la habitación trescientos doce, Irune le relata a su madre las visiones, las imágenes y su determinación de salir de allí.

De volver a casa.

—Mamá, el doctor Beltrán quiere darme el alta en un par de días, pero yo voy a pedirla ya —dice con seguridad—. Necesito salir de aquí o me volveré loca.

—No sé si es buena idea, Irune —interviene el inspector—. Aquí estás más protegida que en tu casa. Acabamos de solicitar refuerzos.

—Pues que sea en casa. Necesito ir a casa. Por favor —suplica.

—Hija, yo también pienso como Líam —dice, recordando la sensación de seguimiento que tuvo durante la mañana—. Aquí estás rodeada de mucha gente, además de los de seguridad…

—Ya, muy segura; sin embargo, casi me matan cuando me traían a la habitación. ¿En serio crees que estoy a salvo en algún lugar? —Sus ojos se cuajaron de lágrimas.

—Por eso mismo. No estás segura fuera.

—Mamá, no puedo explicarlo, pero tengo un mal presentimiento. Tú misma lo dijiste; soy muy intuitiva y… estoy segura de que algo malo va a pasar. ¡Quiero salir de aquí!

—Pero Irune, sé sensata —dice el inspector, tratando de convencerla—. Una intuición no justifica que tomes decisiones precipi…

—¡Vale! —exclama Izel, sin dejar que Líam termine de hablar—. Eres mayor de edad y nada de lo que diga te hará cambiar de opinión. Tú decides.

—Creo que es un gran error —sentencia Líam, con miedo en la voz.

—Voy a avisar de que quieres el alta. Hoy ya es tarde. No creo que te la den hasta mañana —dice su madre, que sabe cómo funcionan los protocolos hospitalarios.

—Gracias, mamá. Te quiero mucho, ¿lo sabes? —añade, cogiéndole la mano.

—Sí, hija. Y yo también a ti —responde, dándole un abrazo—. Me iré entonces. Encenderé la calefacción para cuando llegues a casa mañana. ¿Estarás bien esta noche?

—Sí, tranquila —dice, mostrándole una sonrisa sincera.

—Pues yo no estoy tranquilo —interviene Líam—. Tengo que organizar la protección extra que me pidió el jefe de la Interpol. La amenaza es seria y él lo tiene claro; así que volveré esta noche para quedarme contigo, si me lo permites, y mañana te llevo a tu casa.

—Pero… —dice Irune.

—Lo siento. No lo discutiré —concluye el inspector con firmeza —. Si te incomoda que me quede dentro, me quedaré fuera; en la puerta. Pero que me quedo… me quedo. Y ahora —añade, sin darle opción a responder—, si nos disculpas un momento, tengo que robarte a tu madre unos minutos.

Líam tira de Izel hacia el pasillo y, una vez allí, le suelta la pregunta de forma directa.

—Izel, ¿cómo se llama tu exmarido?

—¿A qué viene esto ahora?

—Izel, por favor, respóndeme.

—Derek Salazar.

—Y… ¿conoces a un tal Edgar Liceaga?

Izel baja la mirada al suelo un instante y luego la levanta de nuevo hacia el inspector. Le regala un esbozo de sonrisa y pregunta:

—Están aquí, ¿verdad?

—No solo eso, Izel. Ven siéntate. —La lleva a unas sillas corridas que hay en el pasillo—. Han estado en el hospital casi desde el principio, según le ha confesado a la Interpol el director del hospital y…

—Y… ¿qué? Mira que me espero cualquier cosa —dice ella con los ojos dispuestos a salírsele de las órbitas.

—Creemos que, de alguna manera, estuvieron detrás del intento de secuestro y…

—¿Y…? —dice ella elevando la voz—. ¿Aún hay más? ¡Me tienes en ascuas!

—Sasha está muerto.

—¿Ellos también? —Sus ojos se inundan de agua.

—Creemos que sí —dice, tomándole las manos—. Izel, ¿entiendes mi miedo? No estáis a salvo —concluye.

—¡Esto se les ha ido de las manos! ¿¡Cómo es posible!? —parlotea nerviosa, moviéndose en la silla.

ΔΔΔ

Izel Arnaiz abrazó a su hija, la besó en la frente y dejó a Irune en la habitación del hospital con Líam. Cuando salió, no volvió a mirar atrás. No porque no quisiera ver a su hija una vez más, sino porque sabía que, si lo hacía, no sería capaz de irse. Ella también sentía cosas desde que era pequeña y… pocas veces se equivocaba cuando la intuición se volvía certeza en su interior. Desde que aquella madrugada en la que recibió la llamada diciendo que su hija había sufrido un accidente, tenía la sensación de que el mundo había aprendido a caminar unos segundos por delante de ella. Lo suficiente como para llegar tarde a cada giro inesperado de la vida de ambas.

Paseó cabizbaja y pensativa. Las calles mojadas por la lluvia acompañaron sus lágrimas, y el ritmo de sus pasos, por entre las callejuelas de los alrededores del hospital, donde esperaba coger un taxi. Fuera de la influencia lumínica de los carteles del Gregorio Marañón, la oscuridad se cernió sobre ella como un manto de ópalo negro. El frío le caló los huesos y… hasta el alma. Los más funestos presentimientos le nublaron la mente.

Por fin cogió un taxi que la dejó delante de la puerta del apartamento de su hija. El portal estaba en silencio. El ascensor tardó demasiado. O quizá siempre había tardado lo mismo y ahora ella… simplemente lo notó.

Funcionando en automático, o quién sabe si en modo supervivencia, pulsó el botón un piso después del que le correspondía. Al salir del ascensor, se asomó al hueco de escalera. No vio a nadie. Entonces bajó a pie los tres tramos de las escaleras que la separaban del rellano de casa. No fue algo hecho a

conciencia. Le salió sin planearlo. Por instinto. Por un impulso interior inexplicable.

La llave del piso pesaba más de lo habitual en el bolso. Sus pensamientos iban y venían sin mucho orden. Dentro del apartamento, el silencio era espeso.

Encendió solo la luz de la entrada, cerró y se adentró en la oscuridad del salón para dejar su abrigo y su bolso sobre el sillón. Luego, regresó sobre sus pasos directa al mueble del recibidor. Abrió el cajón inferior. Apartó unos papeles viejos, el manual de la tostadora, una foto doblada… ¡Allí estaba! El pequeño llavero metálico con forma de trébol, sin marca alguna, que le regaló a Irune cuando empezó a vivir sola por primera vez. Lo sostuvo unos instantes entre los dedos y luego lo hizo saltar en su mano una vez.

—Por si acaso —murmuró para sí.

Sacó del bolsillo del pantalón la llavecita y la colocó en el llavero. Se acercó a la librería, aproximó el escabel que estaba junto al sillón para llegar sin estirarse demasiado, retiró los libros de la tercera balda y presionó el punto exacto que solo ellas dos conocían. El falso fondo cedió con un clic seco. Dentro del hueco en la pared había un sobre con documentos, algo de dinero en efectivo y el pasaporte de Irune. Dejó el llavero dentro, sin notita ni explicación, y lo volvió a dejar todo como estaba. Nadie encontraría aquello si no sabía que existía ese hueco secreto en la estantería.

El documento notarial ya estaba a salvo; en una caja de seguridad que no llevaba su nombre, sino el de su hija. Todo estaba allí. Fechas, firmas, implicados, testigos... También la historia completa desde el día en que aceptó gestar un embrión modificado, las cláusulas que nadie le explicó del todo, la información sobre los implantes híbridos bio-IA[20] que habían colocado en su cerebro y la información sobre su activación y funcionamiento. Había detallado desde los primeros entrenamientos cerebro-IA, hasta el momento en que entendió que no estaban enseñando a una máquina, sino aprendiendo a leer a su hija: pensamientos, imágenes, decisiones, información económica, estrategias políticas... Todo estaba referenciado con la precisión de una investigadora ante el proyecto de su vida. Todo útil. Todo listo para convertirlo en poder.

Tanta tensión llevaba acumulada en su cuerpo aquella frágil mujer que sintió un vahído. Se bajó del escabel y, andando hacia atrás, esquivó la mesita baja con la lámpara y se sentó en el brazo del sillón para recuperarse. Pero… el ruido llegó tarde a sus oídos.

Demasiado tarde. La puerta se cerró a su espalda sin violencia. Con decisión.

—Supuse que estaría sola —dice una voz masculina a su espalda —. La llevo siguiendo hace un par de días.

Ella no grita. Se gira despacio y se pone en pie, como si hubiera estado esperando la visita.

—¿Quién es usted? —pregunta, al no resultarle familiar la cara.

El hombre sonríe con cortesía mientras se acerca lentamente.

—Alguien a quien le han pedido que se asegure de que no deje constancia de nada.

Ella da un paso hacia la derecha, queriendo parapetarse tras el sillón orejero que hay junto a la librería; el que usa Irune para leer.

—Le envía mi exmarido, ¿no? —pregunta, sin esperar respuesta — Todo está ya explicado. Todo está firmado ante notario —añade.

—Eso no es lo que les preocupa —contesta él—. Lo que les preocupa es quién lo podría leer si no lo rescato.

Ella aprieta los labios, nota cómo la sangre le llega a la cabeza y un fuego abrasador escapa por su mirada.

—¿Mi hija? ¿La policía? Mire, dígale que puede borrar de un plumazo a una madre que estuvo implicada desde el principio, pero no impedirá que se sepa la verdad. Al menos moriré habiendo hecho lo correcto. ¡Tal vez ya nadie pueda impedirlo!

El hombre ladea la cabeza.

—Bueno. No he venido a borrarla del mapa. Pero puedo… digamos… «interrumpir su actividad» —dice, haciendo los gestos de las comillas con los dedos en el aire—. ¿Dónde está el sobre?

El intruso se acerca demasiado, para intimidarla. Ella levanta los brazos para protegerse de él. Su cuello se tensa y reacciona dándole un empujón. Más fuerte de lo que ella misma cree. Él agarra sus muñecas. Ella logra soltarse. Luchan, pero… el forcejeo de Izel es torpe frente la fuerza del hombre, quien bracea con ella casi sin necesidad de moverse. El de ella es un pulso desesperado, humano, débil e infructuoso.

—Es mi hija —grita ella, con la voz rota.

—Para usted —responde él, con la calma de alguien al que solo le importa la misión que ha venido a hacer—. Yo tengo un encargo

muy concreto.

El hombre esquiva un golpe y trata de agarrarla de nuevo. Ella se defiende como puede. El cuerpo de él choca contra el de una Izel frágil, delicada, mayor.

No es un golpe. Es un empujón mal calculado el que él le da. Ella pierde el equilibrio y se golpea en la cabeza con la esquina de la mesita al caer. No le da tiempo a gritar. Solo un sonido seco se hace eco en la habitación. El cuerpo cae a plomo y la sangre fluye inmediatamente. Densa. Viscosa. Escandalosa.

Él se queda quieto unos segundos contemplándola inerte y se agacha. Le da un par de palmadas en la cara para despabilarla. Ella no responde a los tortazos. Entonces, le gira la cara para acceder al cuello y tomarle el pulso. Se mancha la mano de sangre y saca de su chamarra un pañuelo para limpiarse. «Está muerta. ¡Qué contratiempo!», concluye para sí con frialdad.

Cree oír un ruido. Gira la cabeza hacia el pasillo, agudiza el oído y espera sin moverse. «Debe ser un vecino», se dice. Se vuelve hacia la librería que ella miraba cuando la sorprendió. Nada le llama la atención. Se pone unos guantes de látex con una tranquilidad pasmosa. Rebusca en el bolso, tratando de encontrar el sobre que llevaba cuando salió de la notaría. Nada. Registra los cajones de la habitación, la bolsa de viaje. Nada. Se dirige a la puerta y revisa las llaves; por si dejó el sobre en una caja de seguridad en su visita al banco. Nada que llame su atención. Ninguna pista. Resopla nervioso. Lleva demasiado tiempo allí.

Desordena un poco el salón para simular un robo que salió mal y se dispone a salir cuando el sonido de una llave en la cerradura le pone en modo alerta. Se camufla en la oscuridad del pasillo, esperando que las sombras le cubran para no ser visto.

Irune es muy testaruda. Ha salido esa misma noche, con la intención de darle una sorpresa a su madre y dormir en casa. Sube en el ascensor, abre la puerta y… aunque Líam está detrás de ella, se queda un instante en la puerta; esperando a que le invite a pasar.

«¡Qué oscuro está esto! ¿Mamá está durmiendo ya?», se pregunta. Y como si de una rutina se tratara, se dirige a ciegas hacia el salón y enciende la lámpara alta, pisando el interruptor con el pie.

De inmediato se lleva las manos a la boca. Todo está revuelto. Líam reacciona *ipso facto* sacando el arma y se adentra hasta ponerse delante de ella; de espaldas a la puerta y sin cubrir la retaguardia. Como si la amenaza solo pudiera venir de delante. Como si así la protegiera con su cuerpo.

El intruso saca también el arma y se oye el clic del seguro de un arma liberándose detrás de ellos. Líam se gira, abraza a Irune al tiempo que la baja al suelo con él y, agachados en cuclillas, se refugian tras un lateral del tresillo. Irune se encoge y oculta su cabeza entre los brazos. Aún no han visto a Izel en el suelo, detrás del orejero, entre la mesilla del fondo y la librería.

El sicario sale de la penumbra del pasillo disparando al aire y consigue huir escaleras abajo hacia la calle. Alertado por el disparo y el ruido de las zancadas, Julián asoma la cabeza por la portería tratando de detener la carrera del hombre, pero solo consigue que este le dispare en un pie al pasar por su lado para ganar tiempo y poder huir.

Mientras, en el apartamento, Líam se asoma a la habitación, la inspecciona con un barrido ocular, pistola en mano, y se asegura de que no hay nadie más. Luego, sale al descansillo y baja las escaleras, saltándolas de dos en dos y de tres en tres, hasta alcanzar el portal. Ve a Julián herido y, para cuando quiere abrir la puerta y asomarse… la calle ya está vacía.

El inspector saca el móvil y llama pidiendo una ambulancia para el conserje. Luego regresa al apartamento. Nada más entrar, encuentra a Irune en shock, agachada, con las manos en la boca y sin reaccionar. Corre hacia ella y ve a Izel tendida en un charco de sangre. Abraza a Irune y le hunde la cara en su pecho para que deje de mirar. Ella, por fin, reacciona y lanza un alarido, seguido de un llanto inconsolable. Líam la levanta despacio, la coge en brazos, la lleva a la habitación y la deposita en la cama. Su cuerpo se agita, tiembla y convulsiona sin control. Él se acerca al baño. Con una mano rebusca en el botiquín, tratando de encontrar algún tranquilizante, mientras con la otra llama a la comisaría solicitando una patrulla de homicidios en aquella dirección.

Horas después, la policía no sabe explicar si se trata de un robo fallido o de algo intencionado. Aparentemente no hay más huellas que las de Irune o las de su madre. La herida de Izel es el resultado, según el forense, de un golpe seco contra la mesita. Sin embargo, el salón revuelto daba lugar a una duda razonable en favor del robo.

Líam avisa al jefe de la Interpol, quien se persona en la escena al cabo de un rato.

—¿Homicidio o accidente? ¿Qué opinas? —pregunta Líam, una vez que comprueba que no hay herida de bala—. Irune no está en condiciones de comprobar si falta algo; al menos de momento —explica.

—No sé. —Lambert se muestra pensativo—. Siguiendo con mi partida de ajedrez, yo diría que… han quitado de en medio a la dama; lo que suele ocurrir —añade— cuando el rey del contrincante se siente amenazado y quedan pocas fichas en el tablero.

—Y… ¿qué pudo hacer la señora Arnaiz estos días para amenazar al rey?

—Eso es lo que habrá que averiguar y rápido. Se nos empiezan a acumular los cadáveres en este caso —añade el jefe de la Interpol—. Llévate a la chica a un hotel un par de días y refuerza la vigilancia —le ordena—. Aquí no se puede quedar.

En ocasiones, la verdad es un puñal afilado que te atraviesa el alma y, en este caso, lo cierto es que Irune nunca fue solo una víctima; sino el centro de un entramado de poder científico, económico y de estrategias políticas, que los lobbies mundiales no dejarían escapar así como así.

No obstante, nadie, salvo Irune, lograría descubrir que, en un lugar de la estantería, una llave aguardaba a ser encontrada. Y menos aún que, en una caja de seguridad, su vida esperaba a ser revelada.

Aquel aciago día, ella no podía imaginar que el mundo que conocía se había esfumado para siempre junto a su madre. Poco importaba si recuperaba o no todos sus recuerdos; ella nunca volvería a ser la misma.

Lambert, sin embargo, tenía cada vez más claras las dimensiones de lo que tenían entre las manos.

CAPÍTULO 19

Durante los días siguientes a la muerte de Izel Arnaiz, la policía científica analizó escrupulosamente el apartamento en busca de huellas o indicios que se pudieran haber pasado el día de los hechos y que dieran una pista fiable de lo que pasó realmente.

Por su parte, tanto la Interpol y la Policía Judicial española, conjuntamente, peinaron un sinfín de hoteles en los que hubieran podido registrarse los dos mexicanos; contra los que se emitió una orden de búsqueda y captura que salió en todos los telediarios. El objetivo de ese despliegue era ponerlos nerviosos y hacerlos salir del agujero.

En esos días, tuvo lugar el funeral de Izel Arnaiz. Fue un acto íntimo y discreto: su hija, unos compañeros del hospital donde trabajaba, Líam, Lambert y, eso sí, una gran cantidad de efectivos policiales de paisano que supervisaron el evento en el cementerio de La Almudena.

El jefe de la Interpol vigilaba, inquieto, por si los sospechosos hacían acto de presencia en los alrededores.

—¿Va todo bien? —pregunta el inspector, acercándose a Lambert.

—Sí. Bueno. No sé por qué pensé que se presentarían.

—Yo no pensé que fueran a exponerse. Estarán nerviosos y buscando la forma de salir del país —comenta Líam.

—Ya, pero no creo que se vayan sin su objetivo —le responde—. No han llegado hasta aquí para irse con las manos vacías.

—¿Qué más podemos hacer? —dice Líam—. Tenemos vigilados varios aeropuertos españoles por si trataran de volar desde Valencia o Barcelona en vez de hacerlo desde Madrid.

—Quítale el pasaporte a la chica —ordena, poniéndose la mano delante de la boca, como precaución por si estaban siendo vigilados y trataban de leer en los labios—. Eso, al menos, les retrasará si

burlan la protección que hemos puesto. Tendrían que improvisar uno nuevo y eso nos daría unos días de margen.

—Buena idea. —Líam asiente con la cabeza—. En cuanto terminemos aquí pasamos a recoger su pasaporte y… ¿qué te parece si la llevo a mi casa?

—Me parece bien. El hotel tiene mucho personal que entra y sale. Es más difícil protegerla allí —se sincera Lambert.

ΔΔΔ

Líam acompaña a Irune a su casa para recoger el pasaporte y algo de ropa. Nada más entrar, ella suelta un suspiro y unas lágrimas acuden a sus ojos.

—¡Vamos, sé fuerte! —dice él—. En unos días, cuando sientas que estás mejor, te ayudo a poner todo esto en orden.

—Sí. Gracias, Líam. No sé qué habría hecho estos días sin ti.

—No te preocupes. Esto se ha convertido en algo personal —responde—. Le prometí a tu madre que te cuidaría.

Le coge la cara entre sus manos y le limpia las lágrimas con sus pulgares.

—Vale. Vamos al tema —dice ella, intentando sobreponerse y romper una cercanía que la hacía sentirse aún más vulnerable.

Irune va a su habitación, abre los cajones de la mesilla de noche, luego los de la cómoda que quedaban cerrados, revuelve todo metiendo las manos hasta el fondo y levantando la ropa interior, las camisetas… Poco a poco se va agobiando más y más. Líam acude a ver qué le ocurre y la sorprende tirándolo todo al suelo.

—Ey, ey, ey. ¿Qué estás haciendo?

—No sé dónde lo he puesto. ¿Y si se lo han llevado?

—¿El qué?

—Pues mi pasaporte. ¿No hemos venido a eso? No me acuerdo, no me acuerdo, no me acuerdo —dice ella, derrumbándose de rodillas en el suelo y golpeándose la cabeza con las manos.

—Tranquila. Vamos a pensar —le dice él abrazándola para que se tranquilice.

Cuando parece que le ha vuelto la calma, Irune se levanta despacio y camina hasta el centro del salón, como guiada por un impulso inexplicable. Pone las manos en jarras, gira sobre sí misma, lentamente, trescientos sesenta grados. Pasa la vista sobre el desorden que hay a su alrededor. Todo está fuera de su sitio excepto los libros de la biblioteca, lo que le llama la atención. Se queda mirando, sin moverse. Líam no osa romper este instante en el que parece haberse colgado de un lapso de tiempo infinito. De repente, invadida por un momento TOC[21], va hacia un libro que sobresale un poco en el tercer estante y lo empuja con fuerza, para cuadrar con ese toque lo único que no estaba desordenado en aquel salón… y en su cabeza. Al hacerlo acciona, sin quererlo, el mecanismo de apertura del panel trasero que, al retornar, desplaza varios libros tirándolos al suelo. Termina de quitar el resto de los libros que quedaron sin caer y abre de par en par la puerta que da acceso al interior de un vano en la pared.

—¡Aquí está! Mi pasaporte y… ¿qué es esto? —dice al ver el llavero del trébol con una llavecita colgando.

—No lo sé. Lo pondrías tú ahí —comenta Líam.

—Ni idea. No recuerdo haberlo visto antes.

—A ver…

El inspector coge el llavero, examina la llave y…

—Si te digo la verdad, parece una de esas llaves que te dan cuando alquilas una caja de seguridad en algún banco.

—Pues no recuerdo tener una caja de seguridad —responde mirándole a los ojos y apretando los labios—. ¿Qué podría tener yo de valor? Pero, ¡no recuerdo tantas cosas que ni me sorprende! —dice derrotada.

—Tranquila. Mañana iremos a tu banco y preguntamos. Si no es allí pues… tendremos que preguntar en otros bancos. Te aseguro que no pararemos hasta dar con lo que sea que guarda esta llave. —Y le pone el llavero de nuevo en la mano, apretándola luego entre las suyas—. Estoy contigo, ¿recuerdas? —le dice sonriéndole.

—Sí. Eso lo recuerdo —responde con una tímida sonrisa.

—¿Recuerdas por casualidad cuál es tu banco? —pregunta arrugando el ceño y la nariz de forma graciosa.

Ella sonríe, coge el móvil y busca entre las aplicaciones hasta que aparece.

—¡Bien! ¡Te has acordado!

—No estaba segura, pero… recordé de forma automática el acto de buscarlo entre las aplicaciones —argumenta—. Debe ser algo que hacía constantemente. No he tenido que pensarlo.

—Bueno, ya verás que poco a poco vuelves a tu vida normal.

—Gracias, Líam —dice mirándolo a los ojos con ternura.

—¿Por?

—Por tu paciencia conmigo.

Líam ladea la cabeza y se acerca para darle un beso en la mejilla. Ella se sonroja.

—Y ahora… dame el pasaporte, coge algo de toda esa ropa que hay desperdigada por el suelo y te vienes conmigo a mi casa. Allí estarás tranquila y segura —le dice, rozándole la mejilla con el dorso de la mano. Ella siente cómo acude la sangre a las orejas y un escalofrío recorre su espalda con el contacto.

ΔΔΔ

Tal y como estaba previsto, a la mañana siguiente, el inspector acompaña a Irune a su banco.

—Buenos días. Soy Irune Salazar Arnaiz —dice poniendo el DNI en el mostrador, junto a la llave.

—Buenos días —responde la interventora, cogiendo el documento de identificación y la llave—. ¿Quiere usted acceder a su caja de seguridad?

Irune, contenta, mira a Líam; quien le responde guiñándole un ojo.

—Sí, por favor —contesta con seguridad, mirándola a los ojos—. Disculpe la pregunta, pero… ¿hace mucho que la tengo?

—Déjeme mirar —dice, tecleando sus datos en el ordenador—. Pues… no. Está contratada hace solo unos días.

—Y… ¿puede decirme quién la contrató?

—Aquí dice… Izel Arnaiz Urich.

A Irune se le llenan los ojos de lágrimas de repente al oír el nombre de su madre.

—¿Está usted bien? —pregunta la interventora.

—Sí, sí. Disculpe.

—Su madre acaba de fallecer —interviene Líam, al tiempo que pasa su brazo por el hombro de Irune, arropándola.

—Lo siento mucho, señorita. No sabía…

—No se preocupe. Estoy bien.

—Venga conmigo —ordena.

Ambas mujeres se levantan y se dirigen a los ascensores, mientras el inspector espera en el despacho a que regresen. Quince minutos más tarde, Irune aparece con una caja marrón entre sus manos.

Quisieron aprovechar para quitar a su madre de la cuenta, ya que estaba de cotitular; pero, al saber que había muerto, el protocolo bancario exigía el bloqueo de la cuenta hasta verificar el origen del dinero. Como no podían hacer nada de momento, se fueron a casa de Líam para abrir la misteriosa caja.

Dentro había dos sobres con el membrete de una notaría. Uno de ellos estaba dirigido a Líam Ferrero Robles, inspector de policía, y el otro a nombre de Irune Salazar Arnaiz.

Líam no conocía los detalles ni el alcance de la información que allí se recogía, pero en cuanto leyó para sí las primeras quince páginas del documento de su sobre, supo que aquello tenía implicaciones que solo la Interpol podía abarcar. Entonces, levantó la vista hacia Irune y… la sorprendió derramando lágrimas silenciosas.

—¿Estás bien? —pregunta, apretándole el hombro.

—Apenas llevo doce folios, pero… necesito tiempo para ir procesando lo que pone aquí.

—Puedes compartir tu información conmigo si quieres —dice, levantándole el mentón hasta ver sus ojos.

—¿Quieres la versión reducida de lo que he leído hasta ahora? —pregunta ella, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lo que tú decidas estará bien.

—Pues que mi vida ha sido una gran mentira desde que nací. Solo soy un proyecto de laboratorio, orquestado por un puñado de científicos ambiciosos. ¡No puedo creerlo!

—No entiendo —dice, mirándola a los ojos—. ¿Confías en mí? —añade, mientras le quita el documento y le coge las manos.

—No sé de quién fiarme porque, según parece, ni mis padres eran de fiar; pero… si no confío en ti, no sé en quién más podría hacerlo.

—Tranquila. Respira hondo.

—Y ¿qué hay de tu sobre? —balbucea.

—Yo necesito que venga Lambert. No pretendo asustarte, pero… esto es muy gordo y no puedo manejarlo solo.

—¡Dios! ¿Soy el fruto de unos monstruos? —pregunta, rompiendo a llorar de nuevo.

—No, no, no. No te hagas esto, por favor —dice, cogiendo su cara entre las manos y secándole las mejillas empapadas con los pulgares—. Es… muy complejo y se nos escapa. Hay que analizarlo despacio. No conozco a tu padre —añade Líam—, pero puedo asegurarte que, sea lo que sea que hizo tu madre en su juventud, ella te quería muchísimo. De eso no tengo ninguna duda.

—Hablábamos de todo. ¡De todo! —exclama, con la voz rota—. Cada día y durante horas, según me contó. ¿Nunca encontró un momento para contarme esto?

Sus lágrimas brotan desde el fondo del alma. Líam se sienta junto a ella y la abraza con fuerza, dándole consuelo.

Unos minutos después, al verla más calmada…

—Déjame llamar a Lambert. Le diré que venga aquí ¿vale?

—Vale.

Irune, a pesar de lo que vio en aquellos primeros folios, no lograba entender la verdadera dimensión que ella misma tenía en todo ese proceso. Con ayuda de Lambert, y en los noventa y tres folios que Izel remitió a su hija, se relataba la historia del proyecto

«LinSan_03» desde su preconcepción hasta meses antes del accidente.

Se indicaba el proceso seguido con el detalle de quien fuera dejando miguitas de pan para encontrar el camino de vuelta a casa: su planificación, su gestación, los genes modificados y su objetivo. También su infancia, aislada en un mundo de adultos, así como la estimulación cognitiva a la que se le sometió desde bien pequeña, los años de entrenamiento cerebro-máquina, la huida a España para darle una vida normal, su formación académica controlada… hasta su ubicación predeterminada como CEO[22] en empresas punteras; empezando por Microsoft y siguiendo con los departamentos de I+D+I[23] de empresas estratégicas pertenecientes a distintos lobbies intocables, en las que trabajaría Irune a lo largo de su vida, en función de la información sensible que se necesitara obtener.

En el sobre dirigido a Líam, ciento cincuenta folios revelaban nombres; direcciones de empresas satélites y filiales de CIBION en China, México y Japón; conexiones con grandes titanes farmacéuticos y con hospitales punteros en edición del genoma humano de todo el mundo; departamentos de tecnológicas especializadas en inteligencia artificial y hasta conexiones con Neuralink Corporation: la empresa de Elon Musk que desarrolló las primeras interfaces viables cerebro-máquina implantables en humanos, y cuyos primeros destinatarios —cual cobayas humanas— fueron tres embriones modificados llevados a término treinta y tres años antes. Se mencionaba a las dos gemelas asiáticas que llevaban una vida anónima y normal, tal y como se dijo en el juicio de He Jiankui en 2019, y se contaba cómo la tercera —cuyo nombre era Irune Salazar Arnaiz, nacida también en China y nacionalizada mexicana— se pasó apenas por encima en aquella ocasión; poco antes de que una pandemia redirigiera la atención del mundo hacia otros asuntos y facilitara el desarrollo del proyecto sin indagar más.

Asimismo, se indicaba el nombre de los siguientes sujetos que portaron esos implantes híbridos bio-IA en su cerebro y sus correspondientes puestos de CEO en empresas estratégicas, desde donde los lobbies más importantes controlaban la información, la

economía, la ciencia y la política, a nivel mundial, con total impunidad.

Aquel documento que tenía en las manos, era la hoja de ruta que, treinta y tres años atrás, hizo progresar al mundo a toda velocidad. El origen de la evolución acelerada de las IAs, controlada por los lobbies que movían la sociedad actual y en la que estaban implicados los líderes mundiales y los mercados más influyentes: Estados Unidos, Europa y Asia. Un gran salto que nada ni nadie podría detener y menos revertir.

Además, una cosa era saberlo con detalle y otra muy distinta poder demostrarlo. Era luchar contra gigantes, con las mismas armas que el Quijote luchó contra los molinos de viento: su celada, [24] una lanza, una adarga[25] y un rocín flaco que ni a caballo llegaba.

Ante toda aquella información, Lambert tenía que reconocer que había llegado demasiado tarde. Toda su carrera dedicada a ello y, llegados a este punto, no había caso.

Izel Arnaiz Urich, por su parte, también había dedicado su vida a un único propósito: buscar un día el perdón de su hija recopilando los detalles de lo que comenzó en un laboratorio y acabó transformando el mundo. Todo, para que su hija tuviera un contexto en el que ubicar su historia y dimensionar la trascendencia de aquellos tres primeros embriones modificados. Sin embargo, sus escritos no servirían sino como trama para una novela de ficción, de esas en las que se indica que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

ΔΔΔ

—Entonces, ¿eso es todo? —dice Líam mirando a Lambert, que luce tan decepcionado como él—. ¿Me estás diciendo que hemos llegado hasta aquí para nada? —pregunta, enfadado.

—Bueno, para nada, para nada… no —responde el jefe de la Interpol.

—Pues ilumíname —inquiere el inspector—. ¿Qué podemos hacer con todo esto?

—Con el informe que va dirigido a ti… nada. Y créeme si te digo que estoy tanto o más devastado que tú —dice, con los hombros encorvados y la mirada lánguida—. He dedicado toda mi carrera a demostrar que este tipo de fraude existía y, aunque era verdad, treinta y tres años después, no puedo sacarlo a la luz. Es como sentar en el banquillo a la evolución humana y a la inteligencia artificial, que hace funcionar al mundo de hoy, atentando contra sus amos. ¡Me aplastarían como a una cucaracha y borrarían mi propio rastro en un plis!

—¿Y entonces?

—Podemos llevar a juicio a Salazar y a Liceaga por los papeles que le dejó la señora Arnaiz a la señorita Salazar —indica Lambert, señalando a Irune—. Siempre que les detengamos antes de que salgan del país —aclara Lambert—. En México, las leyes son más laxas y no les pasaría gran cosa. Pero… claro está, eso lo tiene que decidir usted *mademoiselle*—dice, mirándola.

—Sí —responde ella rotunda.

—No te precipites —la detiene Líam, apretándole el antebrazo—. Debes pensarlo bien. Uno de ellos es tu padre. Podría ir a la cárcel.

—Pensarlo sí, pero mucho tiempo no tenemos —interrumpe Lambert—. Localizamos el hotel donde se alojaban y lo abandonaron hace una hora y pico. Si en cuatro o seis horas no salta ninguna alarma en los aeropuertos españoles, he de suponer que estarán huyendo por carretera hacia Francia. Si salen del país, probablemente vuelen haciendo escala en algún país sin extradición hasta ver que las aguas estén calmadas y, de ser así, sería complicado echarles el guante.

—Líam, entiendo lo que dices y te lo agradezco, pero… estoy decidida —dice Irune—; él siempre eligió a sus investigaciones antes que a mí. Además, llevo tantos años sin verlo que puedo pasarme el resto de la vida sin él.

—Bueno, solo quiero que le des una vuelta. Parece sed de venganza por tu parte y para ser justos… tu madre también tenía

parte de responsabilidad —dice Líam, haciendo de abogado del diablo.

—Sí. Tienes razón, pero ella me rescató a los doce años de las garras de mi padre y me llevó a vivir con ella. Me dio la oportunidad de tener una vida algo más normal que la que tenía en México —explica Irune—. Casi había bloqueado esos recuerdos, pero al releer estas páginas me volvieron imágenes de estar enchufada a una máquina varios días por semana. No tenía amigas, nadie venía a jugar conmigo… Era un bicho raro.

—Entonces… ¿ya recuerda todo aquello, señorita Salazar? —pregunta Lambert.

—Bueno, en realidad fui consciente al leerlo. No sé explicarme. Lo que sí recordé de repente es cómo me decían que estaba ayudando a mi padre y a la ciencia con un experimento para entrenar a una máquina que debía reaccionar como los humanos; pero ahora entiendo que el experimento era yo —explica, sintiendo en su interior una punzada de dolor.

—Le creíste porque eras una niña —puntualiza Líam.

—No tenía edad para cuestionarme cosas y… me hacía parecer importante —indica, con lágrimas en los ojos.

—Tenías doce años y era tu padre. No te fustigues —dice Líam, limpiándole unas lágrimas que decidieron desbordarse.

—Señorita Salazar, no le prometo que el castigo que reciban esté a la altura del dolor que le causaron, pero… debe decidir cuanto antes si quiere que sigamos adelante y ampliemos el operativo de detención más allá de la frontera —comenta Lambert—. No pretendo agobiarla, sin embargo… el tiempo juega en nuestra contra y...

—Sí. Quiero seguir adelante y quiero estar presente en el juicio —dice mirando a Lambert —. ¿Eso es posible?

—Creo que sí, aunque… puede que salgan a la luz circunstancias muy duras de su vida que tendrá que aceptar porque siempre formarán parte de usted —señala Lambert.

—¿Qué circunstancias? —pregunta ella.

—Debe terminar de leer el informe de su madre. Estoy segura de que lo descubrirá —dice Lambert, que podía deducir muchas cosas de los papeles que le entregó Líam.

—Pero… ¿cree que cuando lo sepa voy a cambiar de opinión?

—No. No lo creo; pero esas circunstancias, unidas a su asistencia al juicio, nos obligarán seguramente a tener que darle una nueva identidad y deberá comenzar una vida lejos de todo esto —argumenta Lambert—. No podría tener esa vida normal que añora si se queda aquí. Alguien acabaría por encontrarla —concluye—. ¿Está dispuesta?

Un silencio denso la envuelve de repente. El aire a su alrededor desaparece y, por primera vez, siente un zumbido extraño en su cabeza. Acaba de ser consciente de cómo se activan sus implantes y, tras unos segundos que se le hacen eternos, vuelve en sí; como quien regresa de un sueño clarividente. Entonces, levanta los ojos hacia Líam, buscando ayuda para salir del laberinto. Este la mira fijamente, aún sin saber lo que acaba de ocurrirle, aprieta los labios y asiente levemente.

—Estoy dispuesta —contesta, muy segura de sí.

—No se hable más —dice Lambert—. No hay tiempo que perder. Usted termine de leer el documento y luego me lo envía.

Y mirando a Líam comenta:

—Ampliaré el operativo por tierra. A estas alturas, no tengo tan claro que salgan desde aeropuertos españoles. Creo que cruzarán la frontera por carretera. Lo gestionaré desde la OCN[26] en Madrid.

—Puedo hacer algo más? —pregunta Líam.

—Pues sí. Ve en persona a la sede de la Fiscalía Provincial de Madrid y pregunta, de parte mía, por esta mujer. —Le entrega una tarjeta de visita que saca de su cartera.

—Perfecto.

—¡Ah! Luego hazme llegar a la sede una copia de ambos documentos —ordena, señalando hacia los dos sobres—. El departamento legal nos ayudará a preparar una buena acusación particular que defienda sus intereses si vamos a juicio —añade, lanzando una mirada hacia Irune.

—De acuerdo —responde el inspector—. Me pongo a ello.

Y, dirigiéndose a Irune, comenta:

—Quédate aquí. Estarás segura. Pediré un par de agentes extra de paisano, para tu seguridad, y… volveré cuanto termine con esto y pase por comisaría.

ΔΔΔ

En la mesa ovalada de la sala de operaciones internacionales de Lyon están presentes los logotipos de Interpol y Europol, como testigos mudos de la envergadura de la operación en curso. En conexión remota, Arnold Lambert preside la videoconferencia cifrada, desde la OCN Madrid. Llevan toda la noche esperando que algo suceda. La pantalla principal muestra el mapa del norte de España y sur de Francia, con varios puntos rojos intermitentes. El tiempo parece haberse detenido. En los relojes, los minutos parecen tardar más de lo normal en pasar. Nadie se atreve a respirar demasiado fuerte. El silencio se tiñe de miradas expectantes; cada uno con los ojos puestos en alguna zona del panel gigante, para captar el instante en el que un movimiento, o un leve parpadeo, aporte información significativa. Lambert no aparta la vista del teléfono, como si concentrarse en él fuera a acelerar la aparición del mensaje.

De repente, el dial se ilumina al tiempo que unas luces en el panel central de la sala comienzan a moverse al otro lado de la frontera entre los dos países.

—¡Confirmado! —exclama finalmente Lambert.

—Cruzaron La Jonquera hace treinta y nueve minutos —dice Ingrid Hoffman, de inteligencia estratégica—. Peugeot gris. Matrícula española duplicada.

—Hemos emitido orden europea de detención hace quince minutos —informa la fiscal desde Madrid con tono fuerte y seco—. Está cargada en el SIS II[27]. En Francia ya la tenéis activa.

En ese momento, un analista de Europol amplía la imagen.

—Destino probable: Toulouse o Burdeos —dice Hoffman—. Son los aeropuertos internacionales más cercanos a La Jonquera y tienen bastante tráfico.

—Desde allí podrían coger un vuelo indirecto, vía Estambul o Casablanca, para salir cuanto antes del espacio Schengen —comenta el técnico francés.

—Que refuercen el aeropuerto de Toulouse–Blagnac; está a solo tres horas por la A9 —ordena Lambert.

La tensión se palpa en el ambiente. La adrenalina los mantiene alertas. Lambert, inconscientemente, comenta sus pensamientos en voz alta:

—Uno de ellos tiene contactos en Veracruz. Si pisan México sin tratado aplicable el proceso se complica.

—Pero México sí tiene tratado de extradición —apunta Hoffman.

—Ingrid, entiendo que para una alemana es difícil de comprender, pero te aseguro que son tan lentos, y le ponen tan poco empeño, que es como si no lo hubiera.

—Hay que impedir que lleguen al aeropuerto —dice el oficial de enlace—. El exceso de tráfico dificulta el control de pasajeros y eso jugará en nuestra contra.

—Activamos alerta nivel dos en peajes y cámaras LAPI[28]. Si mantienen la A9, los tendremos antes de Narbona —comenta el técnico francés, levantando la vista de su consola.

En segundos, en la pantalla aparece la ficha de los fugitivos:

Sujeto 1: Derek Salazar Cruz.

Sujeto 2: Mujer no identificada, acompañante.

—¡Mierda! Se han separado —dice Lambert—. Liceaga Estrada no va con él.

—¿Cómo? —pregunta el técnico.

—Que ese no es el jefe de CIBION-Mex. Que hemos perdido a uno —explica el Lead—. ¿Cuál es la relación de los sujetos del vehículo?

—El algoritmo ha iniciado la comparación biométrica facial con la base de datos. Estamos pendientes.

—Hemos publicado Notificación Roja provisional —añade el oficial de enlace desde Lyon—. Si cambian de ruta, cualquier patrulla conectada al sistema los detectará.

—¿Y si abandonan el vehículo? —pregunta alguien, nervioso.

—Tenemos triangulación de telefonía —responden desde Europol —. Uno de los terminales sigue activo y se mueve a 118 km/h. en dirección norte.

—Lead, comparativa biométrica terminada —interrumpe el técnico.

—¿Relación?

—Padre e hija.

—¿¡Cómo!? No puede ser —dice Lambert, atónito—. Localizadme a Ferrero. Ayer tarde, después de dejar aquí unos documentos, se marchó para reunirse con ella.

Arnold Lambert cierra los ojos un segundo tratando de pensar. Apoya el pulgar en la sien y se frota la frente con los demás dedos.

—Señor, Ferrero no contesta. Mandamos un agente a su casa.

—¡No me lo puedo creer! No podemos perderla. Reforzad también el aeropuerto de Montpellier–Méditerranée —dice por fin.

—¿El de Montpellier? —pregunta alguien sorprendido.

—Sí. Es más pequeño y está a dos horas y pico de La Jonquera —responde Lambert—. Además, suele tener menos vigilancia especializada, los controles son más discretos y los pasajeros se camuflan con facilidad —añade.

—Orden de refuerzo tramitada —anuncia el técnico local unos minutos después.

—Lo que está claro es que quieren salir desde Francia. ¿Algún vuelo de primera hora con escala fuera del espacio Schengen y con México como destino final? —lanza la pregunta al aire.

Se oye el tecleo acelerado de los ordenadores en misión búsqueda, pero los nervios del Lead están a flor de piel y su paciencia bajo mínimos.

— Hoffman —interviene—, ¿tienes vuelos con escalas sin extradición inmediata?

—Sí Lead. En ambos aeropuertos.

—Refuerza las puertas de embarque de esos vuelos —ordena.

En la autopista A9, el Peugeot gris circula bajo una fina lluvia que empapa el asfalto. Ajeno al seguimiento vía satélite, adelanta camiones vigilando no rebasar los límites de velocidad.

Dentro del vehículo, Salazar conduce con las manos rígidas sobre el volante y la tensión en el rostro.

—¿Cuánto falta para llegar? —pregunta Irune, que acaba de despertarse.

—En dos horas estaremos en el aeropuerto —murmura él, casi para sí—. Siempre que no haya contratiempos.

—No te saldrás con la tuya. Me encontrarán.

—O… no. Para cuando se den cuenta de que no estás, ya estaremos llegando al aeropuerto —dice Derek—. Llevamos una noche de ventaja. Además, nosotros vamos al aeropuerto de Montpellier–Méditerranée. Es más pequeño y con poca vigilancia —comenta Derek. Edgar saldrá por el otro.

En ese momento, ambos ignoran que, a cien kilómetros de allí, una patrulla de la Gendarmería francesa acaba de recibir la orden directa de detención y están triangulando la posición.

En la sala de coordinación, la luz cambia a verde cuando el sistema marca coincidencia de la matrícula:

«Alerta confirmada – Localización: A9, km 162».

—Unidad móvil en aproximación, señor. Bloqueo preventivo en área de servicio próxima. No llegarán a Toulouse —se oye decir al oficial francés.

Lambert suelta de golpe el aire con fuerza por primera vez; como si hubiera estado conteniéndolo toda la noche.

—La chica es prioridad máxima. Ponedla a salvo lo primero —ordena, nervioso.

En la pantalla, dos luces más comienzan a moverse. No hay margen de huida. Al cabo de quince tensos minutos, en los que el silencio era abrumador, los tres puntos se juntan y se oye alto y claro:

—La operación ha finalizado con éxito. ¡La chica está a salvo!

Todos respiran por fin. No obstante, no saben cuándo ni cómo lograron separarse Salazar y Liceaga, así que se mantienen los refuerzos por si Edgar consigue llegar a uno de los dos aeropuertos.

—Señor, hemos liberado a Ferrero; estaba amordazado en su propia casa.

—Y ¿cómo sucedió? ¿No había vigilancia fuera de su casa? —interroga Lambert.

—Unos minutos antes de la hora hicieron el relevo diciendo que eran órdenes suyas, señor. Hicieron ver que la vigilancia la ponía la Interpol —informa el agente—. El resto fue sencillo y rápido, según Ferrero.

—Está bien. ¡Pásemelo!

—¿¡Lambert!?

—¡Inspector Ferrero! Ya hablaremos usted y yo, pero le informo que la primera parte ha terminado. Uno ha logrado escapar de momento —dice.

—¿Salazar?

—No. Salazar Cruz irá a juicio.

—¿Dónde está Irune?

—La chica está a salvo. La traerán a Madrid en un vuelo privado.

—¡Dios, menos mal! —dice, cerrando los ojos y poniendo su mano en la boca para contener las lágrimas que estaban a punto de soltarse sin poderlas controlar.

CAPÍTULO 20

Después de que el aparato judicial se hubiera puesto en marcha, hicieron falta seis meses para preparar el juicio. Había que reunir todas las pruebas, clasificarlas y custodiarlas, citar a las partes en tiempo y forma, así como preparar la sala y los anexos que lo albergarían de principio a fin. Dadas las características del caso, era imprescindible que toda la documentación quedase en la Audiencia, durante meses, protegida y custodiada.

En ese tiempo, Irune repasó una y mil veces su historia con detenimiento. A la luz de los documentos que le dejó su madre, trató de encontrar las respuestas a sus preguntas e incertidumbres, pero la mayoría de ellas seguían sin estar demasiado claras. Era como un puzle maldito cuyas piezas no acabaran nunca de encajar.

Aquella mañana, y a pesar de que Líam la había avisado de que sería un juicio largo y farragoso, donde las características del caso llenarían las sesiones de tecnicismos científicos poco esclarecedores para el común de los mortales, la joven amaneció llena de expectativas. En su mente, una idea destacaba sobre las demás y se convertía en obsesión: escuchar la historia de boca de su padre y contrastarla con la que su madre le había dejado impresa. Su objetivo era reunir todos los pedazos para tratar de entender quién era en realidad. Solo así podría reconstruirse, pasar página y empezar una nueva vida. Seguramente en otro lugar y con una nueva identidad, como Lambert le había comentado.

A nivel personal, los acontecimientos vividos desde el accidente habían acercado a Líam y a Irune hasta hacerlos inseparables. La atención que le prestó, las visitas constantes al hospital, el acompañamiento tras el tiroteo, la promesa de protección que le hizo a Izel y el sostén que supuso para la joven tras la muerte de su madre, habían creado fuertes vínculos de confianza y complicidad entre ambos que, poco a poco, irían más allá de una simple amistad.

Él la conocía como nadie y, en ocasiones, no necesitaba muchas explicaciones. Había aprendido a leerla, a interpretarla, a saber lo que necesitaba por su forma de mirar o incluso de respirar. Ella, por su parte, había encontrado en él apoyo, comprensión, cariño, calidez y cuando lo miraba… lo sentía como su hogar, como un lugar de paz al que volver para descansar y sentirse a salvo del mundo.

No obstante, como policía, Ferrero trató de conectarla con la realidad y bajar sus expectativas pues, según le había adelantado el jefe de la Interpol, se trataba de un «*concurso real de delitos*[29]».

—¿Qué significa eso? —pregunta ella.

—Significa que los hechos dan lugar a una serie de delitos independientes que se sumarán y pueden dar lugar a una condena más alta —responde.

—¿Como cuáles?

Y cogiendo el escrito de acusación que le había hecho llegar Lambert, comienza a leerle algunos de ellos.

—Pues… los que más directamente hablarán de ti serán: delito de manipulación genética con alteración del genoma humano, según artículos 159 a 162 del código penal; lesiones en el tipo agravado; delito de detención ilegal en grado de tentativa….

—¡Ya veo! —interrumpe ella—. ¿Y los que no tienen que ver directamente conmigo?

—Delito de pertenencia a organización criminal en calidad de cooperador necesario; delito de descubrimiento y revelación de secretos de empresa, artículo 278 y siguientes del Código Penal… ¿Te los leo todos? —pregunta Líam, levantando los ojos para mirarla con una pícara sonrisa que pretendía hacerla reír.

—No, no. ¡Ya me hago una idea! —dice, con voz apesadumbrada —. Quieres decir que no sacaré nada en claro entre todo eso, ¿no?

—Bueno, quizá te aclare alguna cosa, pero será un juicio largo y lento. Muy técnico. Con peritos, forenses, científicos…

Entonces, cerró el portafolios y, cogiéndole las manos, la miró fijamente a los ojos.

—Mira, solo quiero que estés preparada —comenta con cariño—, porque se le juzga por tantos delitos que quizá tú seas una piececita

en medio del caos y… puede que no des con las respuestas que esperas.

—Y… ¿por dónde crees que empezarán?

—No lo sé —responde con sinceridad—. Lo que sé es que estaremos pendientes. Lo que te afecta a ti y a la violación de tus derechos se abordará con la intervención de la acusación particular.

Irune levanta la mirada y la deja suspendida en el horizonte que hay tras la ventana, mientras Líam acaricia suavemente sus manos con los movimientos de sus pulgares.

—No importa —dice ella al fin—. Si no averiguo quién soy, quiero entender de dónde vengo y qué tipo de monstruo era mi padre.

—¡Vaya! Si solo era eso… pudiste aprovechar para preguntárselo cuando te secuestró —bromea, tratando de quitar hierro al asunto.

—¡Muy gracioso, Líam! De verdad. ¡Muy gracioso! —dice dando unas palmadas.

—No te enfades. Solo quería destensar el ambiente —responde él, siendo sincero.

A pesar de que todos sabían de antemano que sería imposible hacer caer una red de lobbies que dirigía la economía y la política mundial, la estrategia que Lambert había planteado a la fiscalía, para resarcirse de toda una vida inútilmente entregada a la causa, era la de bordear las líneas de lo «intocable» para llevar «la cosa juzgada»[30] más allá de un mero caso personal y colocar la «conciencia social», si es que aquello aún existía, al borde del precipicio.

Tal vez así, con más legislación y más supervisión, sería posible provocar algún cambio en una sociedad tecnológica que llevaba décadas saltándose las leyes y que avanzaba hacia el control exhaustivo de la vida humana; dejándola a merced de un poder corrupto que manejaba el mundo a su antojo desde las altas esferas.

ΔΔΔ

La mañana amaneció despejada. Los rayos de sol se colaban a través de las ventanas, calentando un pasillo con mucho trasiego de abogados y fiscales, en el que se arremolinaba un pequeño grupo de periodistas.

Eran las diez en punto cuando los funcionarios de sala abrieron las puertas de acceso. Unos minutos después, abrieron también las conexiones para los que seguirían el juicio oral en directo, aunque preservando el anonimato.

La sala no estaba llena. De hecho, estaba extrañamente vacía para tratarse de un caso que llevaba semanas ocupando titulares imprecisos en prensa y telediarios. Apenas una fila, con los periodistas más relevantes del país, había sido autorizada; lo que levantó suspicacias entre los pertenecientes al gremio. Sin grabadoras, sin cámaras. Esas eran las órdenes.

Audiencia Nacional – Sala de lo Penal.
Sesión primera del juicio oral.

La funcionaria judicial anuncia:

—En pie.

El juicio se celebra ante una sala colegiada con tres magistrados; algo que suele ser habitual en casos de delitos graves.

La presidenta ocupa su lugar en el centro y los otros dos magistrados se sientan uno a cada lado. Frente a ellos, en el estrado, las partes. A la derecha la acusación y a la izquierda la defensa. La acusación pública está representada por la fiscal de la Fiscalía de la Audiencia Nacional, quien se identifica.

—Con la venia, señora presidenta. Comparece el Ministerio Fiscal, en el ejercicio de la acción penal.

—Señora fiscal, en el escrito de conclusiones provisionales de acusación se atribuyen al acusado varios delitos—dice la presidenta —. Puede usted leerlos ahora.

—Sí, señoría.

En *concurso real de delitos*, los hechos son constitutivos de:

- delito de manipulación genética con finalidad no autorizada, en concurso con gestación y desarrollo del embrión modificado genéticamente;
- delito de experimentación biomédica ilícita no consentida sobre menor;
- lesiones en el tipo agravado, con utilización de tecnología invasiva;
- delito de detención ilegal y secuestro;
- delito de pertenencia a organización criminal en calidad de cooperador necesario,
- delito de apropiación y revelación de secretos de empresa;
- delito continuado contra la libertad individual
- y delito de asesinato en calidad de inductor.

»La fiscalía no menciona nombres de empresas ni de instituciones —añade la fiscal—, ya que esos fragmentos están clasificados a nivel estatal.

—¿Comparece la defensa? —pregunta la presidenta.

El padre de Irune está sentado junto a su abogado; un penalista de fama reconocida en causas complejas.

—Sí, señoría. Comparece la defensa en nombre del señor Derek Salazar Cruz.

El acusado, cabizbajo, permanece en silencio.

—En defensa de la perjudicada por los hechos, comparece la acusación particular en nombre y representación de I.S.A. ¿Es así? —pregunta la presidenta, nombrando con iniciales a la víctima para preservar su intimidad ante una posible filtración.

—Con la venia, señoría. Comparece la acusación particular en defensa de los derechos fundamentales de I.S.A. en calidad de persona afectada, por ser concebida mediante modificación genética prohibida y posteriormente utilizada, por su propio padre, en un proyecto experimental de interfaces neuronales de carácter no reversible —explica la abogada especializada en bioética, seleccionada entre los abogados de la Interpol y respaldada por una fundación científica de prestigio.

Por su parte, la defensa del acusado ya había anunciado que impugnaría esa interpretación que sostenía la acusación particular.

Presentadas las partes intervinientes, y antes de comenzar la sesión, la presidenta del tribunal toma la palabra.

—Esta sala recuerda a las partes, y a los medios de comunicación presentes, que determinadas pruebas obrantes en la causa han sido declaradas materia reservada por su eventual afectación a intereses estratégicos de Estado, por causas que no voy a comentar.

Nadie en la sala necesitó preguntar qué significaba aquello. Lo tenían claro desde el principio. Una parte sustancial del procedimiento permanecería sellada, custodiada y accesible solo para el tribunal y las partes acreditadas.

Acto seguido, la presidenta consulta el expediente.

—Se abre la sesión correspondiente al procedimiento número 335857/2052.

La presidenta del tribunal hace una pausa y levanta la cabeza para mirar por encima de las gafas que se apoyan en la punta de su nariz.

—¿Ratifican las partes sus escritos de acusación y defensa?

Y mirando a cada una de las partes, las va nombrando y espera sus respuestas:

—¿Fiscalía?

—El Ministerio Fiscal se ratifica.

—¿La acusación particular?

—Se ratifica.

—¿La defensa?

—La defensa se ratifica y anuncia cuestión previa sobre la admisibilidad de determinadas pruebas de origen clasificado.

La presidenta del tribunal mira en ese momento al magistrado ponente, sentado junto a ella, y este toma nota.

La presidenta cierra el expediente y anuncia:

—Comenzamos con las cuestiones previas.

Fuera de la sala, los periodistas que no habían sido acreditados se iban agolpando tras las puertas, a la espera de alguna filtración. Sin embargo, lo que a ellos de verdad les parecía noticia era el

origen y la razón de ser de una vida manipulada, de manera irreversible, desde el mismo momento de su concepción y por su propio padre.

El titular que llegaría al público en general sería: «*I.S.A. La vida de alguien que no pudo elegir*».

ΔΔΔ

Fue un juicio largo, como se preveía desde un principio. Los meses se sucedieron entre declaraciones, pruebas, testimonios, expertos y aplazamiento de las partes en varias ocasiones.

Irune no asistió en ningún momento a la sala, sino que el tribunal le permitió ver el juicio en directo de manera telemática. No obstante, una de las sesiones que más llamó su atención fue aquella en la que su propio padre hablaba del proceso como un científico hablaría de un experimento con cobayas.

Aunque estaba al tanto de casi todos los detalles por los documentos de su madre, la frialdad del relato terminó de partir en pedazos la parte del corazón que aún albergaba la esperanza de reconocer a un padre que, a pesar de las circunstancias, la amaba.

Ese día, Irune tomó una necesaria distancia emocional y decidió que su padre había muerto para ella. Así pues, tuvo que volver a hacer un duelo, ocho meses después de enterrar a su madre; respecto a la cual aún tenía sentimientos encontrados y alguna que otra duda razonable.

CAPÍTULO 21

Audiencia Nacional – Sala de lo Penal.
20 de septiembre de 2052
Vigésima sesión.

Aunque habían transcurrido ya algunos meses de juicio, la sala estaba más llena que en sesiones anteriores, pues se había filtrado que el Ministerio Fiscal interrogaría al padre de la joven con la intervención de la acusación particular. Eso significaba que tratarían asuntos relativos a I.S.A., como ya la conocían en los medios de comunicación, y esperaban obtener carnaza suficiente para alimentar a la prensa amarilla y a las cadenas de televisión amantes de lo morboso, lo sensacionalista, los chismes y los escándalos.

Aun así, varias filas permanecían vacías por orden expresa del tribunal.

ΔΔΔ

En el estrado, el tribunal colegiado preside, como siempre, la sesión. A la derecha, la fiscal de la Fiscalía de la Audiencia Nacional revisa su carpeta de notas y se prepara para intervenir. Junto a ella, la abogada de la acusación particular —en representación de I.S.A.— mantiene los brazos cruzados, esperando el momento de actuar. A la izquierda, la defensa observa en silencio y se gira brevemente para echar un vistazo a las bancadas de la prensa autorizada. Y desde casa, en conexión remota, Irune y Líam observan nerviosos la sala, desde la seguridad de ver sin ser vistos.

La funcionaria judicial anuncia:

—En pie.

Una vez que la sala colegiada de magistrados toma asiento, la presidenta del tribunal mira al acusado.

—Señor Derek Salazar Cruz, le recuerdo que tiene usted derecho a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable. ¿Ha comprendido sus derechos?

El padre de Irune levanta la vista y responde:

—Sí, señora.

—El Ministerio Fiscal tiene la palabra —dice la presidenta, dando inicio a la sesión.

La fiscal comienza su interrogatorio.

—Señor Salazar Cruz, en sesiones anteriores usted reconoció haber participado en un programa de modificación genética experimental durante la gestación de su hija. ¿Puede explicar a esta sala cuál era el objetivo de ese procedimiento?

El acusado respira hondo antes de hablar.

—El objetivo era aumentar la capacidad de procesamiento neuronal… la plasticidad cognitiva —aclara.

—¿Un experimento aislado? —pregunta.

—No. No era un experimento aislado. Fue el principio de un proyecto más ambicioso.

—¿Cuándo comenzó?

—Comenzó con los tres embriones llevados a término en China, pero como digo, formaba parte de un proyecto más amplio.

—¿Un proyecto financiado por quién?

La defensa se mueve ligeramente, pero no objeta nada.

—Consorcios tecnológicos, fundaciones privadas, hospitales con Unidades de Genética y Reproducción Asistida y… laboratorios que trabajan con inteligencia artificial y neuroingeniería —dice con marcado acento mexicano, fruto del tiempo que vivió en México.

La fiscal lo mira fijamente.

—¿Está usted diciendo que su hija fue concebida con modificaciones genéticas para integrarse con sistemas de inteligencia artificial?

—No. No exactamente —responde el acusado—. La modificación buscaba mejorar su sensibilidad y dotarla de mayor plasticidad, para que su cerebro pudiera interactuar con sistemas de aprendizaje automático, sin los cuellos de botella habituales de las interfases neuronales que había en aquel momento, ¿cierto?

Un murmullo recorre la sala. Inmediatamente, la presidenta llama al orden.

—Les ruego mantengan silencio, por favor.

La fiscal continúa con su interrogatorio.

—En el procedimiento consta que, desde los cinco años, I.S.A. participó en sesiones regulares de entrenamiento neurocognitivo. ¿Puede explicar en qué consistían dichas sesiones?

—Era un protocolo de adaptación —dice el padre—. El cerebro humano necesita aprender a interpretar las señales de una interfaz, igual que un niño aprende a leer. Si no, esas señales pasan desapercibidas.

—¿Con qué frecuencia se realizaban esas sesiones?

—Tres o cuatro veces por semana.

—¿Hasta qué edad?

—Hasta los doce años.

—¿Qué ocurre a los doce años?

—Que su madre se la lleva y se vienen a vivir a España.

La fiscal levanta una hoja del expediente y prosigue mientras los mira.

—Según los informes técnicos, durante esas sesiones su hija ya llevaba implantes neuronales experimentales. ¿Es así?

Salazar guarda silencio unos segundos antes de responder.

—Sí.

—¿Con qué finalidad? Si puede saberse.

—Entrenar la comunicación bidireccional; entre su actividad cerebral y sistemas externos de procesamiento —aclara.

—Explique a esta sala, si es tan amable —dice la fiscal—, cómo se obtenía información a través de esos implantes.

—Protesto —interrumpe la defensa—. La pregunta invade áreas confidenciales.

La presidenta consulta brevemente, girándose a un lado y al otro, con los dos magistrados del tribunal.

—El acusado responderá en términos generales —puntualiza al fin.

El padre de Irune habla con voz más baja.

—Los implantes registraban patrones neuronales…

—¿Patrones neuronales?

—Mapas neuronales, patrones sinápticos asociados al razonamiento lógico, al aprendizaje acelerado, a intuiciones, a la creatividad computacional… A respuestas del cerebro a estímulos específicos que intervienen en la toma de decisiones o en la resolución de problemas algorítmicos —concluye.

Se para unos instantes y continúa.

»El cerebro humano es especialmente eficaz detectando relaciones complejas entre datos, que una máquina tarda mucho tiempo en procesar.

—¿Qué tipo de datos?

—Modelos científicos, estrategias tecnológicas, proyecciones económicas... ¡Información compleja!

—¿Podría ser más específico y decirlo de forma que podamos entenderlo mejor?

—Datos que permiten… predecir conductas… —Derek duda unos instantes y prosigue—, manipular respuestas, desarrollar armas cognitivas, controlar sistemas sin contraseñas, dominar tecnologías futuras...

La fiscal inclina la cabeza.

—¿Y esa información se transmitía a quién?

Salazar duda y echa una mirada a su abogado.

—A centros de análisis y redes de investigación —responde al fin.

—¿A lo que en el sumario se denomina «hubs de decisión tecnológica o lobbies tecnológicos»? —interviene la acusación particular, con el fin de lograr que conste en el procedimiento de forma expresa la relación con los lobbies.

El acusado no responde inmediatamente y se toma unos largos segundos para contestar.

—Sí —dice, con un hilo de voz.

—¿Puede hablar un poco más alto?

—Sí —repite Salazar, elevando la voz.

Acto seguido, la fiscal continúa con su interrogatorio.

—Señor Salazar Cruz, ¿quién dirigía realmente ese sistema?

—No era una dirección única. Era una red formada por entidades privadas, centros de investigación y estructuras de financiación que operaban de forma coordinada.

—¿Y con capacidad de decisión estratégica? —pregunta la fiscal.

—Sí —responde el acusado.

—¿Puede explicarse un poco más?

Salazar mira al tribunal, ya que le ha pedido generalidades, y luego vuelve a mirar a la fiscal.

—Son empresas diversas y todas ellas forman, de hecho, redes de decisión e intercambian información estratégica.

—Ruego al tribunal —interviene la defensa— que se limite la respuesta a términos generales.

—Así se acuerda —dice la presidenta de la sala—. El acusado responderá sin identificar entidades concretas.

La sala llevaba más de dos horas en absoluto silencio, apenas roto por algún que otro leve murmullo.

—Señor Salazar Cruz —retoma la fiscal—, ha descrito usted una red de entidades privadas que coordinaban la extracción y explotación de información obtenida a través de su hija.

La fiscal hace una leve pausa para captar la atención y continúa.

»¿Puede precisar quiénes dirigían esa estructura?

La defensa interrumpe de inmediato, como un resorte.

—Protesto, señoría. La pregunta invade nuevamente la materia declarada parcialmente reservada.

La presidenta del tribunal no responde al instante, sino que mira al magistrado ponente antes de dirigirse a la fiscal.

—Reformule la pregunta.

La fiscal asiente.

—¿Puede indicar, sin mencionar nombres concretos, qué tipo de entidades ejercían la dirección efectiva?

—El acusado responderá en términos generales, sin identificar personas físicas o jurídicas —puntualiza la presidenta.

El padre de Irune asiente lentamente, pensando cómo decirlo.

—Era una red…

Se detiene un instante y algo en su expresión cambia; lo que llama la atención de la fiscal, que no deja de observarlo.

—Continúe —le anima.

El acusado respira hondo y retoma la cuestión.

—Era una estructura distribuida. Participaban centros de investigación, fondos de inversión y…

Salazar se calla de nuevo y la sala parece contener el aliento esperando esa respuesta sin nombres.

La fiscal lo presiona para que continúe.

—¿Y…?

El acusado levanta la mirada hacia la fiscal y prosigue.

—Y empresas tecnológicas con capacidad de procesar grandes volúmenes de datos… Algunas de ellas con sede en…

—¡Señoría! —interrumpe la defensa, elevando bastante la voz—. Está a punto de vulnerar el régimen de clasificación —explica.

Entonces, la presidenta levanta la mano.

—Un momento —pide.

El silencio se vuelve denso. El magistrado ponente inclina la cabeza hacia ella y susurra algo apenas audible.

La presidenta vuelve a mirar al acusado.

—Señor Salazar Cruz, le recuerdo que determinadas identidades y localizaciones forman parte de materia reservada. No debe mencionarlas en esta vista pública.

El acusado duda entonces unos segundos.

—Era una de las grandes —dice finalmente—. Una de las que controlan…

—¡Señoría! —insiste la defensa haciendo aspavientos con los brazos.

La presidenta eleva la voz, que resuena en toda la sala.

—¡Se suspende la respuesta! La última afirmación del acusado queda sin efecto y no se tendrá por incorporada al acta en su integridad.

La fiscal frunce el ceño. La acusación particular observa al acusado sin pestañear.

—Se advierte al acusado —continúa la presidenta— que deberá limitarse estrictamente a descripciones funcionales.

La presidenta hace una breve pausa antes de seguir hablando.

—Y se advierte a las partes que cualquier intento de eludir el régimen de clasificación dará lugar a la adopción de medidas.

El silencio vuelve a la sala, pero ya no es el mismo. Durante un instante, muy breve, la sala había estado a punto de escuchar algo que no debía ser dicho. Esa fue la estrategia de la fiscal, ya que en la mente de todos quedaba grabado que la pregunta importante había quedado sin responder; dando pábulo a elucubraciones sobre quién poseía esa gran base de datos.

Acto seguido, la fiscal cierra lentamente su carpeta y guarda silencio unos minutos con la intención de crear el ambiente que necesita para formular la siguiente pregunta.

—¿Y… su hija era parte de ese sistema?

El padre de Irune baja la mirada unos segundos antes de contestar.

—Era… un nodo humano.

Lejos de levantarse un revuelo, un silencio frío recorre la sala.

—¿Un nodo humano… o una persona utilizada? —interviene la acusación particular con voz firme.

—Protesto —dice la defensa—. Pregunta valorativa.

—La pregunta se reformulará —replica la presidenta de la sala.

La acusación particular pregunta de nuevo, sin apartar la mirada del acusado.

—Reformulo. ¿Su hija sabía para qué servían esas sesiones?

Después de unos segundos, el acusado responde.

—No completamente.

Ya sin papeles en la mano, la fiscal realiza una última pregunta.

—Señor Salazar Cruz, ¿por qué aceptó que su hija fuera parte de ese programa?

El acusado levanta la vista. Irune y Líam, desde su casa, esperaban la respuesta con impaciencia.

—Porque… siempre he creído que el futuro depende de quiénes controlan la información.

Hace una pausa, que nadie osa interrumpir, y continúa.

»Y quien controla la información… controla el mundo.

La sala permanece callada. Nadie habla. Ni siquiera los periodistas autorizados toman notas. Como si el tiempo se hubiera

congelado en aquella respuesta. Y es que todos saben que una parte de lo que acaba de decirse no aparecerá nunca en ningún titular.

—No hay más preguntas, señoría —dice la fiscal.

La presidenta vuelve a alzar la voz.

—Se levanta la sesión hasta el viernes a las nueve de la mañana.

CAPÍTULO 22

Audiencia Nacional – Sala de lo Penal.
15 de octubre de 2052.
Última sesión.

La sesión comenzó más temprano de lo habitual. En la puerta de la sala, dos agentes controlaban la lista de accesos permitidos, para que no se colase nadie que no estuviera autorizado.

En el interior, el ambiente era más denso que en sesiones anteriores. El interrogatorio del Ministerio Fiscal al acusado había dejado una sensación incómoda. Era como si hubieran rozado de pasada algo mucho más grande que lo que allí se juzgaba y aquello flotaba en los silencios, en las miradas.

Nadie podía quitarse de la cabeza que el acusado parecía más bien un grano de arena en un desierto que avanzaba a gran velocidad y que terminaría por cubrirlo todo. Pero… con tantas medias palabras y sin los nombres concretos… faltaban datos. Sin embargo, ni los más audaces medios de comunicación se atreverían a levantar aquella alfombra para mirar debajo.

Una vez que todos se habían acomodado, la presidenta del tribunal anunció:

—Se reanuda la vista para la fase de conclusiones definitivas. Ruego a las partes brevedad en sus alegatos —continúa—. Ha sido un juicio muy largo y no queremos volver a oír lo que ya se ha dicho durante todos estos meses.

Ministerio Fiscal.
Conclusiones definitivas.

La fiscal de la Fiscalía de la Audiencia Nacional toma la palabra hablando lentamente.

—Señorías, este procedimiento no juzga una teoría conspirativa ni una especulación científica. Juzga hechos.

Hace una breve pausa y luego continúa.

»Hechos como que el acusado participó activamente en la concepción de una persona humana, colaborando en una modificación genética prohibida por la legislación española y europea. Claro está que él estaba en China en esos momentos, que la legislación allí era, y es, bastante laxa y que el responsable último de los tres embriones llevados a término, por no dar nombres, había cumplido únicamente una condena de tres años por estos hechos.

La fiscal mira brevemente a la presidenta, sabiendo que acaba de ser algo obvia. Ella se hecha para delante, realiza una mueca con la boca en señal de desaprobación y eleva una ceja, sin embargo, la deja continuar.

»Señorías, una de estas personas humanas, que sepamos, fue sometida durante años a procedimientos experimentales destinados a explotar su capacidad cognitiva mediante interfaces neuronales que, a día de hoy, no pueden ser extraídos de su cerebro.

La fiscal levanta una hoja del expediente y vuelve a soltarla.

»El acusado no era un mero intermediario. Era parte activa del sistema y colaborador necesario. Y convirtió a su propia hija en un instrumento de obtención de información estratégica que suministró luego a empresas tecnológicas, bases de datos y a una red de entidades privadas que coordinaban la extracción y explotación de esos datos; como él mismo ha reconocido en esta sala.

La fiscal se detiene de nuevo unos instantes y prosigue.

»Todo está dicho y no quiero extenderme ni repetirme. Ya hemos oído las atrocidades que este padre infligió a su hija, cuyas consecuencias son irreversibles para ella, y que la han convertido para siempre en un «nodo».

La fiscal enfatiza la palabra nodo para que les resuene especialmente como acción deleznable y luego cierra su carpeta lentamente, guardando unos minutos de silencio para crear tensión.

—Señoría, dado que los delitos que se juzgan están en *concurso real,* el Ministerio Fiscal pasa a leer la pena solicitada para cada uno de ellos, según su calificación.

—Proceda —dice la presidenta, asintiendo con la cabeza.

—Por colaboración necesaria en la manipulación genética prohibida en embrión llevado a término, recogido en el artículo 159 y siguientes como alteración del genotipo con fines no terapéuticos, solicitamos la pena máxima de 6 años, más la inhabilitación.

»Por la pertenencia a organización criminal, como promotor y colaborador necesario, solicitamos la pena máxima de 8 años…

La fiscal fue leyendo uno a uno los delitos y la pena correspondiente solicitada, hasta terminar el listado que sostenía entre las manos.

Líam miraba las reacciones de Irune de reojo, mientras llevaba mentalmente la cuenta de los años a los que se enfrentaría Derek Salazar.

Acusación particular.
Conclusiones definitivas.

La abogada que representa a Irune toma la palabra, con calma, y se dirige al tribunal.

—Señorías, durante este juicio hemos escuchado muchas palabras: innovación, progreso, investigación…

Hace una pausa.

»Pero la palabra correcta es instrumentalización —dice, volviéndose ligeramente hacia el acusado—. Una persona fue concebida de-li-be-ra-da-men-te —pronuncia, separando las sílabas — para cumplir una función dentro de un sistema de poder que ni siquiera comparece hoy en esta sala —enfatiza, golpeando con el índice sobre la mesa al decir las dos últimas palabras.

Luego, realiza una respiración profunda.

»I.S.A. no eligió ser un experimento. No eligió ser un nodo de información. No eligió que su vida estuviera determinada antes de nacer y no eligió tener esos implantes de por vida en su cerebro.

Su voz se vuelve cada vez más firme.

»Solicitamos que el tribunal reconozca que I.S.A. es una víctima directa de los hechos y, por tanto, no solo apoyamos las penas

solicitadas por el Ministerio Fiscal, sino que solicitamos una indemnización suficiente para la víctima.

Acto seguido, la acusación particular expuso la cifra que consideraba indemnización suficiente, con lo que ella podría empezar de nuevo.

La defensa.
Conclusiones definitivas.

El abogado del acusado toma entonces la palabra. Guarda un momento de silencio para despertar expectación y comienza sus conclusiones.

—Señorías, este juicio ha estado rodeado de un aura casi… distópica —dice, haciendo el gesto de las comillas con los dedos en la última palabra.

Se endereza en su silla y mira al tribunal con serenidad.

»Pero el derecho penal no juzga distopías —comenta, parándose de nuevo un instante y captando la atención de los presentes—. Mi cliente no dirigía ningún sistema global de poder —explica, mientras señala al acusado—. No controlaba redes de investigaciones internacionales. No tomaba decisiones estratégicas sobre el uso de datos científicos.

Se detiene unos instantes y, mirando al tribunal, retoma el discurso.

»Señorías, seré breve. Mi cliente era únicamente un científico convencido de que estaba participando en un proyecto de progreso tecnológico —dice, levantando ligeramente la voz—. Si hubo responsabilidades más amplias, no están hoy sentadas en este banquillo; así que… solicitamos la absolución de los delitos más graves y, subsidiariamente, pedimos para él…

La defensa pidió entonces que su cliente fuera exculpado de la mayoría de los cargos, como era su misión, aduciendo que solo fue un peón y que actuó en pro de un bien mayor para la ciencia. Al finalizar, un murmullo unificado de estupor recorre la sala. La presidenta toma la palabra para poner orden.

—Silencio en la sala —dice.

Cuando se recobra la serenidad, la presidenta del tribunal se dirige al padre de Irune.

—Señor Derek Salazar Cruz, tiene usted derecho a la última palabra.

El acusado mira hacia el tribunal y habla con voz cansada.

—Yo… —se para un instante—. Yo… creí que estaba ayudando a construir el futuro —dice, bajando la cabeza y moviéndola de un lado al otro—. No pensé que el precio sería ella.

Y con los ojos llenos de lágrimas contenidas añade, sabiendo que Irune lo está escuchando desde algún lugar:

»Lo siento mucho, hija. De verdad que lo siento.

ΔΔΔ

—Bueno —dice Líam mirando a Irune y tomándole las manos con ternura—, esto ya está visto para sentencia. Ahora toca esperar, pero… aunque en un proceso como este no hay acumulación de penas…

—A mí me salen cerca de los cuarenta años —interrumpe Irune, quien había llevado su propia cuenta.

—No, corazón. No creo que sean tantos años.

—¿No? —pregunta inocente.

—No es tan sencillo y… por más que esté de tu lado, hay delitos que no le son directamente imputables. Además, por un asesinato vienen cayendo veintipocos años, así que…

—Ya, bueno, luego con la buena conducta y demás…

—Esperaremos a que el tribunal se pronuncie, ¿sí?

—Sí —responde pensativa.

—Lo importante ahora es… —Líam la levanta y la abraza mientras pregunta cerca de su oído— ¿cómo te sientes? ¿es lo que querías? ¿lo que esperabas?

—No lo sé —confiesa ella, rompiendo a llorar y soltando de golpe toda la tensión acumulada durante tantos meses de sesiones—. Ahora mismo —dice sollozando entre hipos— estoy… como perdida. Como si me hubiera quedado definitivamente huérfana. Tengo

sentimientos encontrados. Al fin y al cabo… ¡es mi padre! —Y rompe nuevamente a llorar sin consuelo.

—Tranquila, eres fuerte. Lo superarás. Y yo estaré a tu lado siempre que lo necesites —le comenta, mirándola a la cara y secando sus lágrimas con los pulgares.

—¿Crees que he sido injusta? ¿Que podría haberlo hecho de otro modo?

—¡Ey, ey, ey! Tú no tienes la culpa. Tú eres la víctima, ¿recuerdas? Además, has sobrevivido sin padre desde los doce; podrás pasar sin él. ¡Lo dijiste!

—Pero por alguna razón me siento culpable.

—Pues no lo sientas.

—Sí, claro. Para ti es fácil.

—Si quieres… podemos ir a verle a la cárcel.

—No lo sé. No creo que sea capaz de mirarlo a la cara con todo lo que he oído. Además, ya le dije cosas horribles la noche que me secuestró.

—Quizá te venga bien tener una conversación con él, a nivel privado, con lo que ahora sabes. —Líam le levanta el mentón para mirarla a los ojos—. Tú y él solos.

—No. No puedo. Me ha hecho mucho daño, pero verle tras las rejas no me dará paz. De eso estoy segura. Quiero cerrar esta etapa de una vez por todas.

—Pues… a mí me quedan algunas preguntas por hacerle. Si tú no vas iré yo —dice riendo jocosamente.

Mientras ellos conversaban, la sala quedaba vacía. Los periodistas abandonaban el edificio y los funcionarios recogían los documentos que habían quedado sobre las mesas de aquella sala de la Audiencia Nacional; para su archivo unos, para su destrucción otros. El equipo de limpieza se hacía dueño del espacio con trapos y mopas. Puertas y ventanucos se abrieron para renovar un aire que guardaba los ecos de lo que allí se dijo y los silencios de lo que no se terminó de decir.

ΔΔΔ

En el despacho contiguo a la sala de vistas, la presidenta deja la toga doblada sobre el respaldo de la silla. El expediente del caso sigue abierto sobre la mesa.

El magistrado ponente, que es quien redactará buena parte de la sentencia, hojea uno de los anexos clasificados.

—¿Te has fijado en esto? —pregunta sin levantar la vista.

La presidenta suspira y echa un reojo al anexo.

—Después de tantos meses de juicio, me he fijado en demasiadas cosas —dice, con aire cansado.

El magistrado da la vuelta a una de las páginas.

—No hablo del acusado.

—Lo sé.

Se hace un silencio breve mientras la presidenta se acerca a la ventana pensativa.

»Pero… el padre era el único al que podíamos juzgar —dice ella finalmente—. El único al alcance de esta sala.

El magistrado cierra el expediente.

—Pero sabes que no era quien tomaba las decisiones, ¿no?

Ella no responde y el silencio los envuelve unos instantes. Luego, el magistrado señala un documento dentro de la carpeta sellada como «secreto».

—Mira las autorizaciones del programa.

La presidenta, molesta por la insistencia de su compañero, vuelve a la mesa.

—Fondos de investigación privada, consorcios tecnológicos, laboratorios internacionales… —murmura ella, esparciendo los folios sobre la mesa—. Todos aparecen fragmentados.

—Exacto —dice el magistrado ponente—. Fragmentados… pero conectados.

El magistrado planta las manos sobre los papeles esparcidos y rescata de debajo del anexo un grupo de hojas unidas con una grapa.

En la portada del mismo se lee:

«Acceso restringido – Materia sensible. Intereses estratégicos de Estado».

En él había nombres de fundaciones científicas, de empresas de inteligencia artificial, centros de investigaciones biomédicas y hasta una empresa de neurotecnología, fundada por Elon Musk en 2016, que desarrolló interfaces cerebro-computadora implantables en el cerebro humano mediante dispositivos electrónicos.

—Esto no es un laboratorio clandestino —dice en voz baja.

—No —replica ella.

El magistrado se deja caer en la silla, frente al escritorio de su compañera.

—Es una red —dice—. Una red humana que produce conocimiento estratégico para el Sistema, con mayúsculas —remarca.

La presidenta reagrupa los papeles y anexos, que momentos antes había esparcido, y cierra el expediente de un golpe.

—Una red de lobbies que, con toda seguridad, no está dentro de la jurisdicción de este tribunal —comenta, mirando a su compañero con rostro severo.

El magistrado sonríe con cansancio y hace una mueca.

—Eso es lo más inquietante.

—¿Por qué?

—Porque si el Sistema funciona como parece… —replica señalando el dossier— entonces… el padre de nuestra I.S.A. no era el director del experimento.

—¿Qué era entonces? —pregunta desafiante la jueza.

—Pues… un mero intermediario.

El silencio se adueña de nuevo del espacio mientras la presidenta, pensativa, vuelve a mirar la portada del expediente y levanta luego los ojos hacia su compañero.

—Un intermediario que ya está condenado —replica ella, mirándolo fijamente a los ojos.

—Sí. Tienes razón —dice con resignación, mientras alarga el brazo para apagar la luz del escritorio—. Y un Sistema que sigue intacto…

—Y por el que nosotros no podemos hacer nada —interrumpe tajante.

Antes de salir del despacho, seguida por su compañero, la presidenta se detiene en la puerta y se gira.

—¿Sabes qué es lo que más me preocupa? —le dice, casi en un susurro.

—¿Qué?

—Que si lo que hemos visto en este juicio es real… —añade echando un último reojo al expediente— I.S.A. no era el experimento.

—¿Entonces qué era? —pregunta el magistrado frunciendo el ceño.

—El prototipo —responde, mientras apaga la última luz del despacho.

El magistrado ponente cierra la puerta tras él y añade:

—Mañana me pongo con la sentencia.

Ambos se dirigen hacia la salida, dejando atrás el eco de sus últimos pasos. El edificio de la Audiencia Nacional queda finalmente en absoluto silencio.

ΔΔΔ

Un mes más tarde, se comunicó a las partes la sentencia.

«En nombre de Su Majestad el Rey y por la autoridad conferida por el pueblo español…»

La sentencia declaraba probado que:

- I.S.A. fue concebida mediante modificación genética ilegal.
- Fue sometida a procedimientos experimentales durante su infancia.
- El acusado, Derek Salazar Cruz, participó activamente en la estructura que permitió los hechos juzgados.

El tribunal condenó al acusado a dieciocho años de prisión, a inhabilitación profesional en investigación científica durante quince años y al pago de una cuantía de un millón de euros de indemnización, en favor de la víctima conocida en el tribunal como I.S.A.

Lo más relevante del fallo se dio a conocer a la opinión pública en una nota de prensa y parte de la condena quedó reservada por afectar a materias clasificadas.

EPÍLOGO

Una fina lluvia cae sobre la pista cuando el avión privado termina de rodar hasta el extremo más alejado del aeropuerto de Zúrich; diez kilómetros al norte del centro de la ciudad.

No hay periodistas ni cámaras. El operativo ha sido organizado por una unidad conjunta de la Audiencia Nacional, la Interpol y la Policía Judicial, bajo un programa especial de protección.

El funcionario que la acompaña es Líam Ferrero. Pocos deben saber cuál será el nuevo destino que la acogerá a partir de hoy. Irune tiene un nudo en la garganta y un agujero en el corazón; aunque no dice nada. El vuelo, de hecho, ha sido silencioso. No habla por no derrumbarse. El olor a despedida impregna su piel y comienza a sentir el vértigo de la soledad más absoluta.

—¡Ya hemos llegado! —exclama Líam.

—Sí. Estoy algo nerviosa por todo lo que esto implica —dice ella, desviando la atención del motivo que la está ahogando sin remedio.

—Tengo que decirte un par de cosas y no sé por cual empezar.

La mira a los ojos y percibe cómo se le inundan de agua. En ese momento le entrega una carpeta delgada que saca de su maletín.

—Toma. Ábrela. A partir de ahora este será tu nombre legal.

Irune mira el documento con expectación, pero también con tristeza. Es como si una parte de ella estuviera a punto de desaparecer entre sus dedos: nuevo nombre, nueva identidad, nueva nacionalidad, nuevo idioma…

—Yo… —dice Líam, también con un nudo en la garganta—, debo volverme en cuanto estés asentada.

Las lágrimas terminan desbordándose por el rostro de Irune sin poder contenerlas. Líam mete entonces su mano en la chaqueta y saca, nervioso, una cajita de terciopelo rojo. Le vuelve el rostro, que ella ha girado hacia la ventanilla, captando de nuevo su atención.

—A no ser que… —Abre la caja ante sus ojos—. Que… —duda— quieras casarte conmigo.

Un pequeño diamante. Nada sofisticado; pero su cara se ilumina como si fuera la joya más hermosa del mundo. Las palabras se atascan en su garganta y solo asiente mientras ríe y llora al mismo tiempo.

—¿Eso es un sí? —pregunta él.

—Sí —atina a decir finalmente ella.

Se abrazan y se besan durante unos minutos. Después de secarse las lágrimas y sonarse la nariz, entrelazan las manos.

—Bueno, esto lo cambia todo —dice aliviado—. Les dije que, si aceptabas, pediría la baja y no volvería. Nuestra ubicación no aparecerá en registros accesibles. Incluso pocos son los que, dentro del sistema, saben dónde estamos realmente.

—¿Olvidas los implantes? —comenta ella, tras aclarar su voz.

—Ya sabes que no podemos eliminarlos sin ponerte en peligro, así que lo único que podemos hacer es intentar asegurarnos de que nadie vuelva a utilizarlos con fines dudosos.

Ella no responde, porque ambos saben que eso no es ni completamente cierto… ni del todo posible.

ΔΔΔ

Meses después de asentarse en su nueva ciudad, y habiendo tenido tiempo suficiente para recomponerse, perfeccionar el idioma con el que pasaría desapercibida y disfrutar un tiempo de su vida de casada, llegó el momento de retomar su vida laboral.

El edificio no tenía nombre en la fachada. Solo un logotipo geométrico y una dirección, en una tranquila calle de Zúrich. La empresa aparecía en los registros como un laboratorio de inteligencia aplicada, financiado por varios fondos internacionales.

Oficialmente, desarrollaban sistemas de análisis científico avanzado, plataformas de predicción tecnológica, nuevos algoritmos de inteligencia artificial y herramientas de estrategia.

El programa de protección no la había escondido en una casa remota ni bajo una identidad anodina. Habían hecho lo contrario. Cuando supieron que, después de ella, eran muchos los sujetos que

corrieron su misma suerte y que, en la actualidad, un sin fin de jóvenes hacían su misma función en todo el mundo, decidieron colocarla donde el ruido de la información tecnológica podía hacerla pasar desapercibida. Tan solo una más entre tantos.

Los implantes seguían registrando su actividad neuronal y transmitiéndola, pero nadie la buscaría en un lugar tan expuesto. El propio flujo de datos se encargaría de camuflarla como una más y no como «el prototipo».

En la última planta, el consejo de administración esperaba. En los registros públicos, la nueva directora ejecutiva aparecía como Sofie Müller.

La puerta se abre.

—Señores —dice el presidente del consejo—, les presento a nuestra nueva directora ejecutiva.

Ahora tenía otro nombre, otro idioma y otra identidad, aunque su mirada era la misma. Sofie caminó hasta la cabecera de la mesa con paso firme y subida sobre unos tacones de ocho centímetros que compró para la ocasión, pues su madre siempre le había dicho que no había una segunda oportunidad para causar una primera impresión.

Terminada la reunión, la acompañaron a su despacho, donde no tardó en tomar posesión y desplegar toda su eficiencia.

ΔΔΔ

Tres pantallas en su despacho proyectaban datos a tiempo real: informes científicos, modelos tecnológicos, proyecciones de mercado...

Durante años, los sistemas habían aprendido a extraer valor de los patrones de su mente. Ahora, el flujo seguía activo, pero algo había cambiado. Gracias a la información que su padre dio en el juicio, Irune entendía mejor que nadie cómo funcionaba ese sistema. Sabía exactamente qué tipo de pensamiento buscaban. Sabía qué asociaciones neuronales activaban la captura de datos. Y sabía

cuándo el algoritmo interpretaba que estaba ante un descubrimiento relevante.

En uno de los monitores apareció un informe sobre nuevas arquitecturas de inteligencia artificial. Un modelo que, para los analistas, podía concentrar enormes capacidades de control informativo. Irune lo leyó con calma y luego cerró los ojos unos segundos. Cuando el algoritmo detectó el patrón de intuición —ese momento en que su mente conectaba ideas complejas— el sistema registró la señal y la transmitió. Solo que la idea que ella permitió que saliera no era la más importante, sino la segunda mejor. Una alternativa viable, interesante, pero no decisiva, a la que cargó de emoción.

Durante las semanas siguientes comenzó a aplicar aquella estrategia invisible de forma sistemática. Cuando encontraba una línea de investigación que podía concentrar demasiado poder tecnológico, desviaba el pensamiento. Si veía un modelo científico que podía generar monopolios de conocimiento, lo rodeaba de hipótesis alternativas. Cuando una innovación podía alterar el equilibrio global, introducía pequeñas bifurcaciones conceptuales. Nada radical ni detectable. Solo ligeros desplazamientos de la atención que enterraban el avance entre un montón de ideas mediocres sustentadas, cómo no, con una buena dosis de emoción.

La señal que captaban los servidores era un patrón de descubrimiento prometedor, pero moderado; con distintos caminos para explorar. Lo suficiente para parecer valioso, aunque no tanto como para cambiar el mundo de manera significativa.

Cuando el despacho quedó vacío, al final del día, Irune admiró por el amplio ventanal de su despacho las luces de aquella ciudad que se acostaba pronto. La tecnología podía leer su mente, pero había algo que ningún algoritmo entendía del todo: la intención humana. Los sistemas podían detectar patrones neuronales, aunque la tarea de interpretar el significado de un pensamiento original seguía siendo imperfecto. Las señales cerebrales son complejas y ruidosas. Y ella había aprendido a usar esa imperfección no para destruir al sistema, sino para modular su dirección. Luego, una decisión científica retrasada aquí, un avance redirigido allá, una

innovación entregada a investigadores independientes en lugar de a corporaciones... Pequeños cambios que se acumulaban para contribuir a la distorsión.

Por primera vez desde que había recuperado parte de su memoria… su inteligencia estaba un paso por delante de la tecnología.

ΔΔΔ

Aquella noche, Líam la esperaba en casa con una sorpresa. Había preparado una cena para dos en la terraza del ático que habían alquilado. Se esmeró con el ambiente, con la mesa, colocó un camino de velas, algunos pétalos de rosas por el suelo… y puso a enfriar un vino blanco afrutado; el preferido de su esposa.

—Hola, cariño. Siento el retraso —dice Irune, mientras recorre emocionada el sendero luminoso que la lleva hasta la terraza—. ¿Y esto a qué se debe? —pregunta, con los ojos brillantes y el corazón queriendo salírsele del pecho.

—Quería recordarte cuánto te quiero —responde él.

—¡Eres adorable! —exclama, dándole un beso suave y largo en los labios.

—¿Cómo fue el día?

—¡Estoy muerta! Esto de engañar a las máquinas es… agotador —dice, dejándose caer exhausta en la silla que hay frente a él.

—Pues… relájate y celebremos esta preciosa noche cuajada de estrellas que nos está regalando nuestra maravillosa ciudad —dice él levantándose y echándole un chal sobre los hombros.

Después de cenar, se recostaron en las tumbonas y degustaron un par de cócteles, mientras la vista se perdía en lo alto; entre miles de puntos brillantes que titilaban en un cielo azul oscuro.

—¿Puedo hacerte una pregunta sin que te enfades conmigo? —pregunta ella, de repente, rompiendo la magia del silencio que los envolvía.

—Sí, claro. ¿Por qué iba a enfadarme contigo?

—¿Qué hablaste con mi padre cuando fuiste a visitarle a la cárcel?

—Bueno… como al final no quisiste que te lo contara…

—Ya, ya. Es que no estaba preparada —responde, sin mirarlo.

—Pues… hablamos de ti, del juicio, de cómo estabas después de…

En ese instante suena el móvil de Líam. En el dial de la pantalla ve: número desconocido. Se levanta de un salto de la hamaca, se acerca a la barandilla y coge la llamada.

—¿Sí?

—[…]

—Todo bien, ¿por?

—[…]

—Pues ahora… mirando las estrellas.

—…

—Sí, queda claro —responde—. Dos formas de mirar las estrellas: respirando o… —recita, bajando la voz de forma misteriosa.

—…o en un silencio infinito —concluye la voz al otro lado de la línea telefónica.

Irune seguía mirando al cielo, sin prestar demasiada atención a la conversación. Sin embargo, de vuelta de sus pensamientos, oye la última frase que pronuncia su marido susurrando.

Como un acto reflejo, sin poder controlarlo, el corazón le da un vuelco, se pone en modo alerta y vuelve la cabeza hacia Líam. Sus ojos se le abren de par en par y las aletas de la nariz se expanden para permitir una mayor entrada de aire.

No tiene muy claro qué significado tienen esas palabras o si es un recuerdo que vuelve del ayer; pero sin saber por qué, acaba de tener un «déjà vu» que la ha dejado temblando.

—¿Quién era? —pregunta, con la piel erizada y mirando fijamente a los ojos de Líam.

—¡Mi amor! Tranquila, parece que hubieras visto un fantasma —dice volviendo a su lado y abrazándola—. No era nada importante —miente—. Un compañero del trabajo que tenía ganas de hablar con alguien.

—Tú no me mentirías, ¿verdad?

—Nooooo. Con lo que hemos pasado, ¿aún no confías en mí? ¿en tu maridito? —dice frotando su nariz contra la de ella y besándola tiernamente en los labios—. Le he dicho que hablamos el lunes; que hasta entonces voy a quedarme contigo contando estrellas y haciéndote el amor.

—¿Eso le has dicho? —pregunta inocente.

—Síííí…

Él se abalanza sobre ella y empieza a hacerle cosquillas. Ambos terminan riendo a carcajadas bajo una luna llena… harta de guardar secretos entre esos cráteres que parecen ojos que nos observan.

NOTAS DE LA AUTORA

Esta novela es, toda ella, una obra de ficción. Surge al recabar información sobre experimentos reales de modificaciones genéticas que fueron llevados a cabo, de la mano de la comunidad científica, con una herramienta de edición del ADN llamada: CRISPR-Cas9.

Esta herramienta, conocida comúnmente como «tijeras genéticas», se asocia principalmente a dos investigadoras que demostraron cómo aprovechar este sistema para editar el ADN humano de forma programable:

- Emmanuelle Charpentier (microbióloga y genetista francesa).
- Jennifer Doudna (bioquímica estadounidense).

Ambas científicas, que recibieron el Nobel de Química en 2020, habían publicado, en 2012, un trabajo que describía cómo la proteína Cas9 podía guiarse, con ayuda de una molécula de ARN que actuaría como un GPS, para luego cortar los filamentos deseados del ADN y sustituirlos por otros modificados; sentando así las bases de la edición génica actual. No obstante, el microbiólogo Francis Mojica, profesor de la Universidad de Alicante, ya había abierto el camino para el desarrollo de estas revolucionarias técnicas de edición genética con anterioridad.

Para que el lector no científico lo comprenda, y pueda valorar la importancia que esto tiene en la vida de la protagonista de la novela, e incluso reflexionar sobre las repercusiones que una manipulación genética así podría tener sobre la humanidad en un futuro —que nadie sabe si está lo suficientemente lejos—, lo traduciré en palabras sencillas: se construye un ARN guía, capaz de reconocer los filamentos del ADN que queremos editar y se programa para unirse a las proteínas llamadas CAS, que actúan como tijeras. Estas tijeras buscan la secuencia específica a modificar y la cortan. Luego silencian ellas mismas el gen que interesa y, bien se modifica *in situ*, bien se repara con un fragmento previamente modificado de ADN. Así, se obtiene un ser vivo a medida, generalmente mejorado, al que se le aplicará un exhaustivo

seguimiento de por vida para detectar las posibles consecuencias no deseadas que puedan surgir con el paso del tiempo.

Por otro lado, en China, ya se ha probado que es viable la edición genética en humanos. A pesar de que la comunidad científica sostiene que no es del todo segura, el problema fundamental es que despierta conflictos éticos que, de momento, parecen insalvables. Por esta razón, las leyes se han endurecido y acotan este tipo de experimentos en humanos; para que no sean realizados en embriones llevados a término. Solo se permite actuar en embriones desechados y siempre con fines científicos. Es decir que lo que realmente no está permitido es que nazcan.

Ahora bien, a partir del 2017 se empezaron a gestar —con intención de llevarlos a término— los primeros bebés modificados genéticamente, de la mano de un grupo de científicos capitaneados por He Jiankui; quien fue juzgado por ello. Sin embargo, se sabe que hay al menos tres bebés modificados, viviendo en algún lugar de China, tratando de pasar desapercibidos y llevando una vida —según palabras del propio científico— «de lo más normal»; aunque es de suponer que no estarán exentos de un riguroso control periódico a lo largo de toda su vida.

Respecto a los implantes que salen en la novela les diré que ya existen, en la actualidad, dispositivos que comunican el cerebro con las máquinas y que se van actualizando y mejorando, minuto a minuto:

- Los llamados BCI (*brain-computer interfaces*) permiten ya leer señales cerebrales y convertirlas en comandos para, por ejemplo, mover una silla de ruedas o un cursor por la pantalla.
- Neuralink Corporation, empresa estadounidense especializada en el desarrollo de interfaces cerebro-computadora, de Elon Mask, ha desarrollado esos implantes con tecnología BCI. De momento, parece que solo recogen señales neuronales. No son tan sofisticados como los que he descrito en la novela, pero hay que decir que ya se están ensayando con humanos.
- También se sabe que está habiendo grandes avances en implantes inalámbricos que transmiten datos de forma más

eficiente y con menor invasividad.

Esto, sin ir más lejos, forma ya parte de nuestra realidad y se usa, principalmente, con fines médicos: recuperar funciones tras lesiones graves, ictus o parálisis. Actualmente, la IA se está utilizando para entrenar estos dispositivos de modo que puedan descifrar mejor ciertos patrones neuronales; por ejemplo, para interpretar intención de movimiento o incluso lenguaje.

La investigación en «inteligencia organoide» o biocomputación es un campo emergente denominado: *organoid intelligence,* que avanza a pasos agigantados.

- Se cultivan organoides cerebrales (nanoestructuras neuronales en 3D) que muestran propiedades de aprendizaje y plasticidad.
- Y hay ya investigaciones que exploran combinar estos tejidos con hardware computacional, para generar formas nuevas de biocomputación.

Tras mis investigaciones, y partiendo de la pregunta: ¿qué pasaría si…?, he fusionado realidad y ficción. Con ello he pretendido dotar a la historia de un contexto creíble, al tiempo que invitarles a reflexionar sobre si esto podría estar ocurriendo ya ante nuestros ojos, sin que nos hayamos dado cuenta, o si —por el contrario— sigue siendo ciencia ficción.

Los implantes bio-IA, tal y como se describen en la novela, aún son ficción. Hoy en día, las IAs leen señales neuronales, aunque no pensamientos completos. Tampoco extraen recuerdos de forma fiable y el nivel de integración es: decodificación de señales motoras o básicas; no experiencias completas.

Para el año 2052, fecha en la que se desarrolla la novela, me atrevería a decir que —de seguir avanzando esta tecnología al ritmo actual— es bastante plausible que:

- un implante pueda leer y estimular redes neuronales complejas;
- una IA interprete, a tiempo real, patrones asociados a recuerdos, decisiones y estados emocionales;
- que entidades con recursos enormes (corporativos o gubernamentales) traten de usar esa tecnología para extraer

información, influenciar los mercados mundiales o tomar el control del mundo sin que nos demos cuenta.

En aras de la credibilidad que ansía una novela de estas características, inspirada en ese tercer bebé nacido en China tras ser modificado genéticamente, diré que se mencionan científicos reales y acontecimientos que tuvieron lugar, pero fusionando ficción y realidad.

Se cita a He Jiankui por su nombre porque fue el punto de partida e inspiración y porque es información pública a la que todo el mundo puede acceder. Sin embargo, de ningún modo pretendo aseverar que ningún equipo de científicos esté haciendo, o haya hecho en algún momento, exactamente lo que cuento en la novela.

Además, para dar sentido a la historia, hago coincidir en las líneas temporales a mis personajes con los de aquella época de manera absolutamente ficticia. Lo hago sin ningún tipo de maldad o deseo de tergiversar la realidad y sin pretender perjudicar ni juzgar a nadie en ningún momento.

Salvo los detalles específicos que cito como reales, dejo constancia de que cualquier parecido entre las suposiciones, hipótesis y afirmaciones con las que trabajo, los hechos que son analizados o juzgados, las potencias a las que se acusa en un juicio ficticio… y la realidad, son pura coincidencia y absoluta ficción.

Aclarado todo esto, solo me resta desear que hayáis disfrutado de esta novela que con tanto cariño he inventado para vosotros.

Sin este diálogo que, de alguna manera, entablamos a través de las historias que os cuento, escribir no tendría ningún sentido más allá de mi propio entretenimiento. Solo si seguís leyéndome, seguiré existiendo.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a todas las personas increíbles que me han ayudado a dar vida a este nuevo proyecto.

A Ana Gómez, enfermera de la UCI del Hospital Universitario de la Princesa de Madrid, en el turno de noche, durante más de veinte años. Amiga de sus amigos, no dudó un instante en prestarse a colaborar. Su valiosa información me ayudó a entender los hechos clínicos de mi protagonista, los protocolos de la zona de urgencias de un hospital, así como los cometidos y jerarquías de cada médico, enfermera, auxiliar o celador que, como piezas de un perfecto engranaje, se compaginan, se relevan o se solapan para atender a los pacientes desde que entran por la puerta hasta que superan la urgencia, abandonan la UCI, suben a planta y salen del centro.

Me ayudó también con el nombre de los aparatos, la jerga médica, los protocolos y la medicación. Con sus valiosas correcciones y su profesionalidad, hallamos un consenso entre lo que ocurre en realidad y los detalles que requiere la ficción escrita, donde el lector debe poder entender el ritmo frenético que se vive allí sin ayuda de imágenes. Espero haber quedado a la altura, pues luego hay que hilvanar y coser todo con delicadeza y acierto.

A la jueza Beatriz Leyva Alonso, mujer joven e inteligente que tan generosamente me revisó los procesos judiciales, posiciones de jurado y acusación, ubicación de acusados y testigos, jerga judicial... Mil gracias por sacar un huequito en tu apretada agenda profesional, y de madre recién estrenada, para atender mi petición.

A mis lectores cero: Verónica Martín González, maestra de educación infantil y de educación primaria, ojo crítico, corazón enorme y generosidad a flor de piel, además de amiga y compañera de fatigas; y Gustavo Adolfo Guerrero Fernández, Técnico de Ingeniería de Proyectos y querido hermano, además de ojo entrenado para detectar la imperfección y el error; que pasó de pedirme que me leyera los libros para sus trabajos escolares a ser devorador de libros y corrector personal. Ambos me sufrieron con

paciencia y dedicación. Corrigieron las incoherencias e imperfecciones que el ojo del escritor, a fuerza de leer y releer, ya es incapaz de distinguir. Me animaron a recortar párrafos innecesarios y me instaron, con respeto, a hacer algunos cambios. Ellos, sin duda, mejoraron la novela.

A Virginia Salazar, arquitecta, escritora, editora, consejera en los cambios personales de mi vida y de mi alimentación que mejoraron mi relación con el dolor. Una mujer que, en sus ratos libres, sabe ser hermana, amiga, hija, esposa, deportista y madre comprometida. No me preguntéis cómo tuve la suerte de que se cruzara en mi camino alguien tan completo. Vi, siempre te estaré agradecida por ser paciente, cariñosa y… tan bella por fuera como por dentro.

A mi familia y a mis amigos, lectores incondicionales, que me habéis hecho avanzar a fuerza de preguntar cómo iba la novela o si había escrito algún capítulo más. Habéis sido mi motor en los tiempos difíciles; esos en los que he sentido ganas de abandonar y guardarlo todo en un cajón hasta tener tiempo, ánimo, inspiración o esas mil excusas que me pongo en ocasiones para procrastinar.

Y, por último, gracias a vosotros: los lectores en general y, en particular, a aquellos que por primera vez os acercáis a mis libros. Espero y deseo que os guste tanto esta novela como para seguir leyéndome y disfrutando de lo que escribo.

Escribir una novela es un trabajo que entraña muchas horas de soledad, de reflexión, de investigación y de dar vueltas a las ideas hasta encontrar las palabras precisas, la estructura correcta, el giro inesperado… pero sacarla al mundo no es mérito mío; es obra de gente maravillosa que actúa desde la sombra con la armonía perfecta de una orquesta sinfónica en la que cada instrumento contribuye, de manera decisiva, a la melodía final.

Sin todos vosotros, este manuscrito no habría podido ver la luz ni completar el ciclo para el que fue concebido: ser compartido con lectores ávidos de historias entretenidas.

Por todo ello me siento realmente agradecida.

Y… si además te ha gustado la novela, y te apetece ayudarme a tener mayor visibilidad, puedes dejarme una reseña en Amazon que sin duda me ayudará mucho.

BIOGRAFIA DE LA AUTORA

PATRICIA GUERRERO FERNÁNDEZ



Nacida en Casablanca, aunque de origen español, estudió Magisterio, especializándose en lengua española e idiomas extranjeros; francés, su lengua materna. Es Máster en Administración y Gestión de empresas y Contable por la Cámara de Comercio de Madrid. Trabajó doce años en el sector inmobiliario hasta que, en 2019, retoma su profesión inicial de maestra de educación primaria.

En 2018 fue premiada en el XXI Certamen Poético Paloma Navarro y en 2022 publica su primera novela: «MORAYMA, el árbol de los secretos». Ha sido jurado en el concurso de relatos de Editorial Tinta Púrpura 2022, ha participado con otros escritores e ilustradores en el libro de relatos «Rivas, esas historias desconocidas» en 2023. En 2024 publica el poemario «Transiciones»; cuatro volúmenes llenos de sentimiento donde la autora nos deleita con su pluma y comparte su alma, recorriendo las estaciones de la vida. Entre 2024 y 2025 publica dos cuentos, bilingües (castellano-inglés), y los dota de actividades divertidas para ser una herramienta que llegue tanto a colegios como a familias. «El Señor Búho y Raqui» y «El Señor Búho y Patosita». Ha participado en «En 100 Palabras en verso» concurso del Sello Letras de Sangre, de la edición de 2025, obteniendo una mención honorífica y ha colaborado en la antología «Esenciales Vol. 2»,

también del Sello Letras de Sangre. En agosto de 2026, publica la novela «El Prototipo».

Contacto:
Redes sociales:



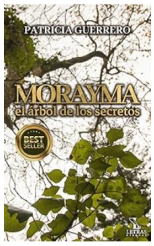
@_patriciaguerrero_



/patriciaguerreroescribe/

LIBROS DE LA AUTORA

Novela: Morayma, el árbol de los secretos



Un truculento secreto familiar persigue desde las sombras a Paulina. Mujer intuitiva, trabajadora, apasionada y algo testaruda, creció ignorando sus necesidades por cuidar a otros. Sin una madre amorosa a su lado vivió situaciones complicadas que fueron definiendo su carácter. La **energía tóxica** del clan iría más allá de lo que ella podía imaginar. Tras su divorcio, **un nuevo amor** franqueará las puertas de su corazón mientras ella trata de reconstruirse y encontrar su lugar en el mundo.

Todas las familias tienen secretos que afectan a las siguientes generaciones y, en esta novela, a través de Paulina, todos y cada uno de los lectores, en mayor o menor medida, se sentirán identificados.

Poesía: Transiciones

Cuatro libros, uno por cada estación de la vida

Haciendo un recorrido por las distintas estaciones de la vida, al igual que transitamos las estaciones del año, vamos encontrando una poesía que refleja cada etapa. Dependiendo de la estación en la que estés, podrás, sin duda, encontrar en estos versos tu voz y tu melodía.

Aires de Primavera



Con aires de juventud
estrenamos primaveras,
con euforia e inquietud
vuelan versos y quimeras.

Es el amor desmedido
y las pasiones extremas;
vivir todo lo prohibido
sin reparos, sin problemas.

Aires de Verano



El estío, con sus soles,
te acaricia el corazón
y sin tantos descontroles
profundiza en la pasión.

Y hay lágrimas retenidas
en la ecuación del amor,
si las personas heridas
fueron tres en vez de dos.

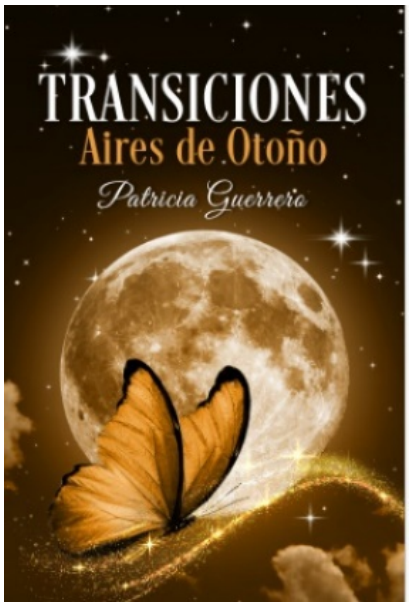
Aires de Invierno



La soledad te ha vencido,
a los recuerdos te abrazas
y aquel corazón partido
hoy fabrica sus corazas.

Enfrentar la indiferencia
al dolor e infierno ajeno
y armarnos de paciencia
como antídoto al veneno.

Aires de Otoño

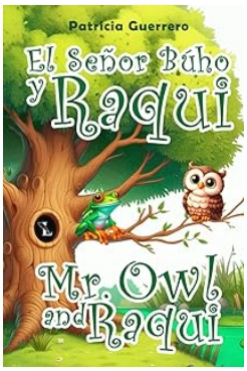


Los aires de otoño son
quizá una estación suicida
donde muere la canción
que te acompañó en la vida.

Mientras se caen las hojas
surgen los surcos del tiempo
y el calendario deshoja
los días cual pasatiempo.

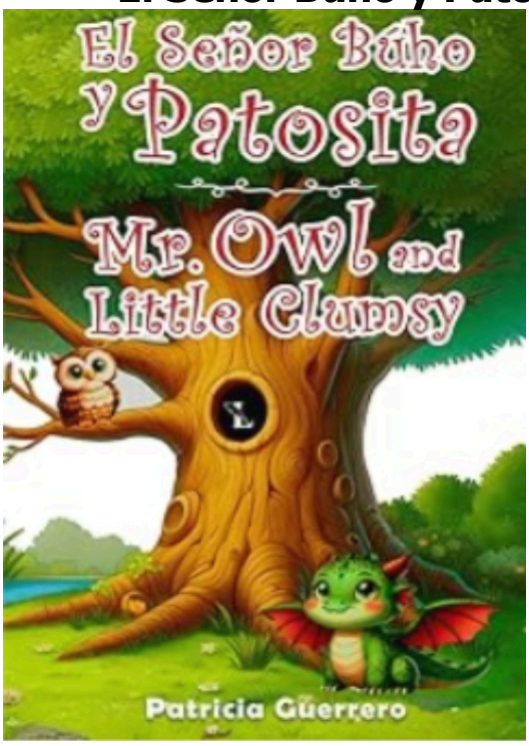
Cuentos infantiles: Cuentos biligües

El Señor Búho y Raqui.



Raqui es una rana que vive en Indonesia y tiene una habilidad inusual e increíble que la ha convertido en la protagonista de esta historia de superación, autoestima y amor propio. Una ranita curiosa e hiperactiva, tenía un sueño que a todos les parecía imposible de conseguir porque nadie de su especie lo había hecho antes. Sin embargo, no se conformaba con los noes que todo el mundo le daba.

El Señor Búho y Patosita



Patosita nació en el planeta de los cuentos, en una familia de lagartijas muy modernas; de esas que se hacen sel fies y se pintan las uñas de colores. Pero… muchos se metían con ella porque decían que era rara. Que no era como los demás.

El Señor Búho, con toda su sabiduría, logra restaurar su autoestima y le ayudará a descubrir qué tesoro se esconde en su corazón

REFERENCIAS

[1] En el contexto económico y político, es un nodo central de conexión físico o institucional que centraliza información, influencia y capital, concentrando recursos y tomando decisiones que afectan a otros sectores o territorios, redistribuyendo poder y dinero a nivel mundial.

[2] Bandeja de instrumental quirúrgico, con forma de riñón donde se depositan gasas, restos… o, en este caso, la bala.

[3] Resonancia magnética. Permite ver tejidos blandos, cerebro, médula, ligamentos, músculos, etc.

[4] Sinónimo coloquial y vulgar para referirse al acto sexual.

[5] Sinónimo de reunión

[6] Persona Altamente Sensible. Rasgo de la personalidad caracterizado por una mayor sensibilidad a estímulos ambientales, emocionales y sociales que la mayoría de las personas. Afecta al veinte por ciento de la población, aproximadamente.

[7] Edición genética de línea germinal humana. Es una técnica que modifica genes en células reproductivas —óvulos, espermatozoides o embriones en sus primeras etapas— de modo que los cambios se heredan por las generaciones futuras.

[8] Unidad de Asuntos Internos.

[9] Historia Evolutiva Clínica de la paciente que cuenta lo que ocurrió, los antecedentes, la medicación, etc.

[10] Sonido respiratorio anormal, agudo, similar a un silbido, por obstrucción parcial de las vías respiratorias superiores.

[11] Amnesia postraumática: Tiempo que va desde que se produce el trauma hasta que el paciente recupera la capacidad de almacenar, mantener en la memoria y evocar información nueva

[12] Siglas en inglés de Inteligencia Artificial General. Un tipo de IA hipotética con capacidad para comprender, aprender y aplicar conocimientos a cualquier tarea intelectual humana. Podría razonar, tener sentido común y adaptarse a situaciones nuevas, no limitándose a un dominio específico como la IA actual.

[13] Grupo de presión organizado para influir en decisiones políticas, económicas y/o empresariales a nivel mundial.

[14] Pararse, en México, es lo mismo que marcharse.

[15] Siglas en inglés de Inside the Waistband. Funda rígida o semirrígida de transporte de pistola que lleva la policía colgando del cinturón.

[16] Internet of Things (Internet de las cosas)

[17] Automated Fingersprint Identification System. Sistema de identificación de huellas dactilares exclusivo de Interpol capaz de codificar pequeñas porciones de huellas y compararlas con su exhaustiva base de datos.

[18] Automated Biometric Identification System. Sistema biométrico amplio exclusivo de Interpol, que aúna huellas dactilares y reconocimiento facial, accediendo a través de la plataforma: Biometric Hub.

[19] Se trata de activarlo siguiendo el contexto legal y técnico del protocolo judicial, sin conexión a redes, sin alterar datos y con herramientas certificadas (como Cellebrite u Oxygen Forensic) extraen una copia, bit a bit, para analizarla.

[20] Híbrido, por ser chip e implante electrónico a la vez. Bío, porque la Interfaz se comunica como las neuronas reales en el tejido neuronal; permitiendo aprendizaje adaptativo. IA, porque se entrena y sus algoritmos aprenden y decodifican señales neuronales que permiten la toma de decisiones económica e incluso estratégicas.

[21] Trastorno Obsesivo Compulsivo

[22] Chief Executive Officer, o lo que es lo mismo, Director Ejecutivo de una empresa.

[23] Investigación, Desarrollo e Innovación.

[24] Casco de metal del siglo XV y XVI, antes del yelmo medieval.

[25] Escudo de cuero

[26] Oficina Central Nacional de interpol en Madrid. (OCN Madrid). Es el punto de enlace oficial entre las fuerzas policiales españolas, las oficinas de Interpol de otros países y la Secretaría General de Interpol.

[27] Sistema de Información del espacio Schengen de segunda generación. Es una gran base de datos compartida por países miembros que permite a policía, aduanas, control fronterizo y autoridades judiciales consultar a tiempo real si una persona o vehículo tiene una orden activa.

[28] Lectura Automática de Placas de identificación. Fotografía matrículas, lee automáticamente los caracteres y los compara en segundos con las bases de datos

policiales.

[29] Es una figura del Derecho penal en el que concurren dos o más delitos mediante acciones independientes y la fiscalía pide la suma de penas en el informe final o conclusiones definitivas.

[30] Término jurídico que se refiere al efecto que adquiere una resolución judicial firme cuando ya no puede volver a juzgarse más de una vez, garantizando así la seguridad jurídica.